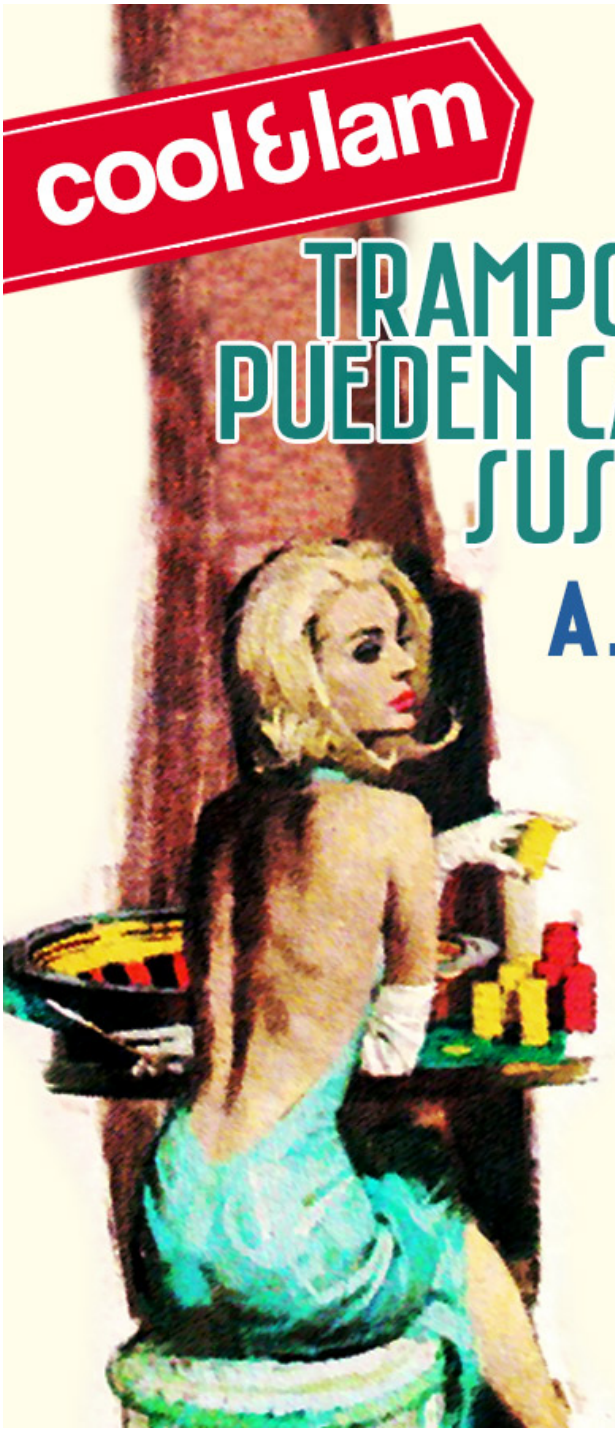
cool & lam

LOS TRAMPOSOS NO PUEDEN CAMBIAR SUS FICHAS

A. A. FAIR



Dinero en el banco siempre ha sido una factor de persuasión en la vida de Bertha Cool —y Lamont Hawley representaba mucho dinero. Y también representaba a una compañía de seguros que olía a podrido con una demanda de accidente de tráfico. El problema era que la demandante había desaparecido —una hermosa rubia que había sido cooperativa y ecuánime. De hecho, demasiado… casi profesional. A Donald Lam no le gustaba esto. ¿Por qué una gran compañía de seguros necesita un investigador externo? Pero los ojos de Bertha sólo ven $$$ y Donald se pone manos a la obra y sin perder el tiempo él es el primer sospechoso. ¿Qué demonios está haciendo un cuerpo en la cajuela del coche de Donald?

A. A. Fair

Los tramposos no pueden cambiar sus fichas

Cool & Lam-22

ePub r1.1
fenikz 03.09.15

Título original: *Shills Can't Cash Chips*
A. A. Fair, 1961
Traducción: Leticia Damm de Gorostieta
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
Digitalizadora: maperusa
ePub base r1.2

capítulo primero

CRUCÉ la antesala de
COOL
Y
LAM
,
INVESTIGADORES
, y abrí la puerta de mi oficina privada. Mi secretaria, Elsie Brand, levantó la vista, con una expresión que yo había terminado por reconocer.

—¿Qué pasa, Elsie? —le pregunté—. ¿Es bueno, o malo? Dime…

—¿Qué?

—Lo que quieres decirme.

—¿Cómo sabes que tengo algo que decirte?

—Por la expresión de tu cara.

—¿Es que no tengo secretos para ti?

Yo le sonreí. Ella se turbó un poco, y dijo:

—Donald, si tuvieras tiempo de ir conmigo al corredor, yo… podría mostrarte algo.

—Tengo tiempo. Vamos —le dije.

Salimos de mi oficina, cruzamos la sala de espera y el corredor. Elsie me condujo hacia los cuartos de almacenamiento, tomó una llave, abrió la puerta señalada con el número ocho, y encendió la luz. Estos cuartos estaban situados en una parte del edificio donde no había ventanas, y al nuestro, generalmente, iba a dar cuanta cosa debería ir a la basura. Pero ahora estaba cuidadosamente dividido por varios estantes llenos de carpetas.

—¡Diantre! —exclamé. Elsie me miraba con una expresión de orgullo apenas contenido.

—Quise darte una sorpresa —dijo.

—Ya me la diste. Ahora, dime de qué se trata.

—Bueno —me contestó—, me has hecho recortar todas las notas sobre crímenes, y me ha costado mucho trabajo hallar el modo de archivarlas.

—Yo no quería archivarlas —le dije—, sino tenerlas a la mano para poder encontrar las más recientes.

—Pues ahora puedes encontrar lo que quieras —me contestó—. Por ejemplo, aquí tienes el volumen «A», que es el de los casos de violencia. Los motivados por celos están en los cien primeros. Del ciento uno al doscientos, están los crímenes relacionados con robos a mano armada. En total, son diez divisiones.

»Ahora bien, acá, tengo un índice elaborado según las armas. Asesinatos con pistola, arma blanca o veneno.

»Y luego, este volumen que está al lado, el volumen «B», es el libro de los robos en grande. El volumen «C» es de raterías. El «D» es…

La voz seca y ríspida de Bertha Cool gritó detrás de nosotros:

—¿Qué demonios pasa aquí?

Elsie Brand se sobresaltó.

Me volví hacia mi indignada socia. Sus ojos centelleaban con la dureza del diamante, y su rostro estaba negro de rabia.

—Mi biblioteca de consulta —le expliqué.

—¿Para qué demonios quieres una biblioteca de consulta?

—Quiero hacer unas consultas.

Bertha gruñó:

—Me dijeron que tú y Elsie andaban tonteando por el corredor. Traté de imaginar qué andaban haciendo… Bertha tomó uno de los volúmenes, lo hojeó, y le dijo a Elsie:

—¡Conque es en esto en lo que has empleado todo tu tiempo!

Elsie empezó a decir algo, pero yo me interpuse entre ella y Bertha Cool.

—Eso es lo que ha estado haciendo en sus horas libres —dije—. Y por si acaso lo has olvidado, el hecho de tener a la mano información sobre crímenes sin resolver nos ha facilitado colaborar con la policía para salir de varios aprietos.

—¡Tú siempre te andas metiendo en aprietos! —exclamó Bertha —. Y después te pones a chillar como un ratón atrapado, y…

—… y dejo nuestra cuenta de banco en mejores condiciones que

al principio —le contesté, empezando a enojarme—. Ahora, si tienes alguna queja, regresa a tu oficina, ponla por escrito en un memorando, y dáselo a Elsie. Lo archivaremos en nuestro departamento de quejas, que, en caso de que te interese saberlo, viene a ser el cesto de los papeles.

—¡Vamos, Donald! —dijo Bertha—. No te pongas así.

—¿Cómo?

—Te estás enojando.

—¿Me estoy enojando? —grité—. Estoy enojado.

—No te pongas difícil, Donald. Te andaba buscando para tratar contigo un asunto, y me impaciente al ver que nadie contestaba el teléfono en tu oficina.

—Bueno, pues Elsie me estaba mostrando nuestro nuevo sistema de archivar.

Bertha siguió diciendo:

—Cuando tengo un cliente en la oficina, y quiero que venga mi socio para presentárselo, causa una pésima impresión que nadie conteste el teléfono. Ni secretaria, ni socio, ni nada; así es que vine a buscarte. Tenemos a un cliente sentado en la oficina, ¡y ustedes dos abrazándose aquí, en el cuarto de almacenamiento!

—No estábamos abrazándonos —le contesté.

—Bien podían haber estado haciéndolo —dijo Bertha—; a mí, por la manera como se miran…

—Óyeme bien —informé a Bertha—, si hay un cliente esperando impaciente en la oficina, será mejor que vayamos a atenderlo. Y si quieres hacer comentarios sobre nuestras relaciones personales, puedes ponerlas por escrito en un memorando y…

—¡Está bien, está bien! —contestó Bertha, irritada—. ¡Vamos! Elsie, tú cierra este condenado cuarto. Donald, debemos hablar con nuestro cliente. Ésta es la clase de empleo que nos gusta. Es un trabajo respetable.

Bertha se volvió y avanzó por el corredor caminando como pato; ciento sesenta y cinco libras de tenacidad de perro, mal genio, ambición y agudo sentido de observación. Una mezcla explosiva; pero su lealtad a la hora de la verdad hacía más llevaderas todas estas características.

En realidad, de no haber sido provechosa, nuestra sociedad se habría disuelto haría mucho tiempo. Tener dinero en el banco era

un factor decisivo en la vida de Bertha, y cuando llegábamos a un punto que amenazaba con la disolución de nuestra sociedad, siempre se las arreglaba para dominar su irascible carácter.

Al alcanzarla, ella me dijo:

—Es una compañía de seguros. Hace tiempo que nos echaron el ojo. Es la clase de negocio que deja dinero, Donald; no como esas locas aventuras de balazos en que te has estado metiendo.

—Hemos ganado bastante con los balazos —le recordé—. Bastante.

—Demasiado —dijo Bertha—. Me asusta; nos arriesgamos demasiado. Este trabajo que nos propone Hawley es el primero de muchos por el estilo.

—Está bien. ¿Quién es Hawley?

Bertha se detuvo frente a la puerta exterior de la oficina, para ponerme al corriente de la situación antes de hacer girar la perilla.

—Lamont Hawley —dijo—, encabeza el Departamento de Demandas de la «Consolidated Interinsurance». Él te explicará detalladamente de qué se trata. Y, Donald…, sé amable con él. Ésta es la clase de negocios que necesitamos.

—¿Cuánto nos va a dejar?

—Cien dólares diarios, más los gastos. Nos garantizan un mínimo de diez días, y va por cuenta nuestra el sueldo de los operarios que se necesiten para efectuar el trabajo.

—¿Y cuántos operarios podremos pagar con ese dinero?

—Uno —dijo, perforándome con la mirada—. Tú. ¡Y puedes estar absolutamente seguro de que es todo lo que necesitamos! Bertha —abrió la puerta de un tirón, e irrumpiendo en el recibidor, abrió la que conducía a su oficina privada. El hombre que se puso en pie cuando entramos era alto, delgado, de mirada sagaz y facciones alargadas. Tenía el tipo clásico del directivo de grandes negocios. Se notaba que podía coordinar hechos, cifras y personas, y encontrar soluciones acertadas.

—Mi socio, Donald Lam —dijo Bertha Cool—. Donald, te presento al señor Lamont Hawley. El hombre me estrechó la mano. Sus largos dedos la envolvieron. Su breve sonrisa, carente de significado específico, era una concesión que él hacía a los convencionalismos. Pero sus ojos no sonrieron.

—He oído hablar mucho de usted, señor Lam —me dijo.

—¿Bien, mal, o con indiferencia?

—Bien. Muy bien, por cierto. Estaba realmente impresionado. Esperaba ver a un…, un hombre más corpulento.

—No se moleste en andar por las ramas —dijo Bertha Cool, dejando caer su pesada humanidad en la silla giratoria, que rechinó detrás de su escritorio—, Donald engaña a toda la gente. Es joven y pequeño, pero tiene sesos.

»Bien, yo ya le dije a Donald de lo que se trata, y está de acuerdo. Yo manejo las finanzas del negocio. Puede informarle a él sobre el caso.

Hawley se había quedado mirándome, como si dudara un poco en aceptarme como yo era; pero a la larga se sentó, sacó un legajo de papeles de su portafolios, lo puso sobre sus rodillas y, sin recurrir a él, comenzó a recitar datos y cifras.

—Carter J. Holgate es un hábil corredor de bienes raíces —dijo —; un hombre que gana mucho dinero, y que tiene horror a que lo demanden en un accidente. Está asegurado con nosotros, con una póliza ilimitada contra toda clase de riesgos. El trece de agosto conducía su automóvil hacia el norte, por la ciudad de Colinda, cuando llegó a un semáforo.

»Admitió ante nuestra compañía que estaba cansado, y que pudo haberse distraído. Delante del suyo, iba un automóvil pequeño. Llegaron al cruce de las calles Séptima y Main. El semáforo cambió a luz roja y el automóvil pequeño se detuvo repentinamente. Eso dice Holgate, pero no hemos podido probar esto con ninguna otra evidencia.

»El auto de Holgate se estrelló contra la parte posterior del automóvil que iba adelante. Lo conducía Vivian Deshler, que vive en Colinda, California, en el número seiscientos diecinueve de los apartamientos Miramar. Edad: veintiséis años; rubia, de un metro sesenta de estatura; peso: cincuenta y seis kilos. Aparentemente, es una divorciada que vive de una cantidad que recibió al consumarse el divorcio, la cual está ya casi agotada. Su automóvil es de tipo deportivo, rápido, pero liviano y bajo.

»Ella presentó una demanda por lesión en el cuello.

»Por supuesto, usted debe de saber que esa lesión del cuello es la pesadilla de las compañías de seguros. No cabe la menor duda de que pueden llegar a tener graves consecuencias, y de que los

síntomas pueden no aparecer durante algún tiempo. Por otro lado, no existe ningún modo de averiguar la verdad. Si una persona dice: "Tengo dolor de cabeza", ¿cómo vamos a probar que no lo tiene? No es posible.

»No existe duda alguna acerca de la responsabilidad de nuestro asegurado. Estaba cansado y, confidencialmente, nos ha dicho que trataba de pasar la fila de autos que iba delante de él. Había aumentado la velocidad, pero se percató de que no podría hacerlo; volvió a la fila a una velocidad superior a la que corrían los otros automóviles, y no alcanzó a ver que cambiaba la señal del semáforo. El tiempo de sus reflejos fue más lento, y se estrelló contra la parte trasera del automóvil que estaba adelante; por supuesto, tenía que ser un auto liviano.

—¡Basta! —dije—. ¿Dónde entramos nosotros en este asunto?

—En casos como éste —dijo Hawley—, tratamos de averiguar ciertos antecedentes de la persona dañada. Nos gusta saber quién es, de dónde viene, qué hace; y en particular nos interesa averiguar la relación que puedan guardar sus actividades cotidianas con un cuadro de lesiones graves.

»En otras palabras, una mujer joven y atractiva sube al estrado y muestra bastante nilón al jurado. Sonríe, y empieza a describir sus síntomas. Su voz exterioriza su sufrimiento; su sonrisa indica que valientemente se enfrenta a una vida arruinada. Habla de sus jaquecas, de sus periodos de insomnio, de su creciente nerviosismo, y de todo eso…

»Ahora bien, es evidente que si podemos echar una mirada retrospectiva y decir: «Escojamos ahora un día típico de su vida, señorita Deshler. Digamos, por ejemplo, el trece de septiembre del año en curso. Usted se ha quejado de insomnio y, sin embargo, aquel día no recogió la leche ni el periódico, que estaban frente a su puerta, hasta las diez y cuarto. Y luego, a las once y diez, salió usted del apartamiento y se dirigió a la playa. Estuvo nadando en la orilla, por la tarde. Esa noche, usted y su acompañante fueron a un baile; después, usted salió con él y se fueron en automóvil por la avenida costera, se estacionaron en un lugar donde había una buena vista del mar, y permanecieron allí durante dos horas y media. Más tarde, su acompañante la llevó a su casa, entró con usted a su apartamiento, y no salió hasta después de una hora y cuarenta

minutos.

»Después podríamos proyectar una película que la mostrara en un traje de baño muy ajustado, corriendo por la playa, volviéndose para ver a su amigo, y sonriéndole insinuante. Podríamos mostrarla nadando en la orilla del mar, en la playa, exhibiendo su cuerpo. Todo ello desde el mejor ángulo posible.

»Cuando termináramos de proyectar las películas y de repreguntar a la joven, los miembros del jurado pensarían que su vida no ha sido indebidamente limitada; que nunca se han interrumpido demasiado sus actividades.

—¡Espere un momento! —interrumpí—. ¿Quiere que empiece yo a espiar a esta chica, tomándole películas cuando vaya a la playa, averiguando a qué horas abre la puerta de su apartamiento para tomar el periódico, vigilando a su amigo…?

—No, no —interrumpió Hawley—. Ése es un trabajo propio de especialistas. Nosotros tenemos nuestros propios métodos para obtener tal información, y tenemos nuestras cámaras especiales con objetivos de telefoto. También, señor Lam, quiero que recuerde la forma en que abordé el tema.

»Tome nota de que yo digo que al repreguntar, nosotros diremos: "Tomemos ahora un día típico de su vida, señorita Deshler…", y luego presentaremos una lista de las cosas que pasaron aquel día en particular.

»Ahora bien, note usted que no le preguntaremos si aquél fue un día típico de su vida. En lugar de eso, nuestro abogado dirá: "Tomemos un día típico de su vida", y comenzará a enumerar cosas. Daremos la impresión de que hemos estado al tanto de sus actividades, hasta el más mínimo detalle, desde el día en que presentó la demanda hasta que el caso fue a juicio. La verdad podrá ser que sólo tengamos dos días de vigilarla, y esos días pueden haber sido de inusitada actividad, pero nos anticiparemos diciendo: "Tomemos un día típico de su vida", para luego empezar a sacar películas y escritos voluminosos. Daremos la impresión deseada, y al mismo tiempo atemorizaremos a la demandante, porque ella desconoce qué tanto sabemos nosotros. En otras palabras, ella probablemente cree que hemos estado observando sus actividades día a día, minuto a minuto, noche a noche.

—Entiendo —dije.

—Espere, no ponga esa cara; parece que estuviéramos arrebatándole caramelos a un bebé, Lam —dijo Hawley con magnética sonrisa y ojos sagaces—. Nos encontramos frente a una mafia. Estos «accidentes» se han convertido en un negocio.

«Tomemos, por ejemplo, a esta Vivian Deshler. Puede muy bien ser un sujeto aislado en que trabajamos de momento; pero recuerde que no está realmente aislada. La respalda una organización entera. Tiene un apoderado que…».

—¿Quién es su apoderado? —le pregunté.

—No lo sabemos —contestó Hawley—. Todavía no se inicia el juicio. Por supuesto, nosotros quisiéramos llegar a un acuerdo que evitara ir a la corte. A lo que quiero llegar es a que ella tiene un apoderado, aunque hasta este momento no sepamos quién es él. Es alguien que se ha especializado en representar demandantes por accidentes automovilísticos, y que es miembro de una organización de ayuda mutua.

«En otras palabras, en el momento en que un abogado descubre algún pequeño truco para obtener del jurado un veredicto mejor, se lo comunica a los otros miembros de la asociación. En el momento en que alguien obtiene un veredicto favorable en el caso de una pierna rota, la información llega rápidamente a todos los miembros, y en esa forma se establece un nuevo proceso para piernas rotas. Y así sucesivamente…».

—¿Entonces ustedes tratan de combatir el fuego con el fuego? —le pregunté.

—Bueno, no es ése exactamente nuestro punto de vista —dijo Hawley—. Es sólo que tratamos de protegernos; de no ser así, no habría quien condujera un automóvil ni quien lo asegurara. Las primas subirían tanto de precio, que nadie podría permitirse el lujo de tomar un seguro.

—Volvamos a lo que usted quiere que yo haga —dije.

—Queremos que localice a Vivian Deshler.

—Me pareció oír que usted dijo que vivía…

—Sabemos dónde vivía, pero no sabemos dónde está ahora. Presentó la demanda, y se mostró muy responsable. Accedió a que nuestro médico la examinara, nos permitió tomarle fotografías, y dijo que de momento no deseaba fijar la suma que iba a, pedir; que tenía tiempo de sobra para hacerlo antes de que venciera el plazo

legal para que caducaran sus derechos; que quería ver cómo respondían sus lesiones al tratamiento, y todo eso.

—Parece ser una chica muy sensata —dije.

—Ya lo creo que es muy sensata. De hecho, tiene muy buena mano izquierda. Casi parece una profesional. Declaró que estaría dispuesta a aceptar un arreglo por treinta mil dólares, y ahí quedó el asunto. Después desapareció. No sabemos adónde se fue.

»Ahora bien, nos daría mucho gusto encontrarla. Nos es muy molesto que suceda algo así. Entiende usted, señor Lam, que nosotros aceptamos la demanda, Simplemente se trata de saber cuánto tendremos que pagar para llegar a un acuerdo.

»Pues bien, queremos que su agencia localice a Vivian Deshler.

—Ustedes tienen un departamento de investigaciones bastante bueno —le dije—. ¿Por qué no recurren a él?

—Estamos ocupados en otros asuntos y… Bueno, hablándole con franqueza, Lam, llevamos a cabo todos los procedimientos habituales, y no sirvieron de nada. No sabemos dónde está. No podemos encontrarla, y la necesitamos.

—Mire, éste es su negocio. Ustedes son especialistas. ¿Por qué piensan que nosotros encontraremos a la chica, si su propia organización no ha podido hallar ni una sola pista?

Hawley me contestó:

—Es que creemos que ustedes son mejores que nosotros.

Bertha sonrió de oreja a oreja.

—No deje de volver a visitarnos —le dije.

—¿Cómo? —preguntó Hawley.

Yo le contesté:

—Exprésese en términos que yo pueda entender.

Hawley se explicó:

—Bueno. Lo diré de este modo: tenemos una pista de Vivian Deshler. Tiene una amiga en Colinda y, casualmente, esa amiga vive en el mismo edificio de apartamientos; los apartamientos Miramar. Se llama Doris Ashley. Tiene veintiocho años, es morena, tiene buen cuerpo, y no hemos podido descubrir si tiene alguna fuente de ingresos.

»Doris Ashley es muy amiga de Dudley H. Bedford, un hombre de unos treinta y cinco años, que tiene fama de haberse enriquecido en la compraventa de bienes raíces. Aparentemente, él ha sido muy

hábil en eso.

»En nuestra organización los empleados progresan según su propio mérito, y por orden de antigüedad. Y como el puesto de un investigador requiere gran inteligencia y tacto, esos puestos no los ocupan hombres jóvenes.

»Todos los intentos de ponernos en contacto con Doris Ashley han fallado y…, bueno, pues tuvimos una junta de consejo, y pensamos que un hombre más joven y presentable, que no tuviera conexión conocida con nuestra compañía, podría conseguir la información que necesitamos.

Hawley me dirigió una amplia sonrisa. Bertha Cool intervino, diciendo:

—¡Santo Dios! ¡Con el encanto que tiene Donald para las mujeres! Lloran en su hombro; se desahogan por completo. Éste es el astuto hijo de… que puede hacerlo.

—Estoy convencido de que puede hacerlo —dijo Hawley.

—Creo que esto me va a gustar —comenté.

—¡Oh, te encantará! —exclamó Bertha—. Es un reto, Donald.

Yo no quité la vista de Hawley.

—Mire —le dije—, si me meto en esto, lo voy a hacer según mi propia técnica. Ustedes quieren localizar a Vivian Deshler, ¿no es cierto?

—Así es.

—No les importa cómo se logre, sólo que se logre.

—Hemos agotado todos los procedimientos obvios —me recordó.

—Yo entiendo todo eso, pero nos contratan con el objeto de localizar a Vivian Deshler. ¿Correcto?

—Correcto.

—Muy bien, pues le explicaré la forma en que haré el trabajo. Le echaré un vistazo por cien dólares diarios, más los gastos. Y si en algún momento creo que no debo seguir, estoy en libertad de dejarlo. ¿Le parece?

—Así no nos gustaría, Lam.

—A nosotros no nos gustaría de otra manera —le informé.

Bertha iba a decir algo. Mi mirada la obligó a guardar silencio.

Hawley suspiró.

—Está bien. Trato hecho.

—Bueno. Ahora, háble me de Doris Ashley.

Por vez primera, Hawley consultó sus notas.

—Conduce un *Oldsmobile* modelo del año pasado, placas RTD nueve-uno-tres. Es un *club cupé* de puertas anchas. Hace sus compras en el supermercado Colinda, y prepara ella misma sus comidas, a menos que alguien la invite. Pero esto último ocurre casi a diario.

—¿Dudley Bedford? —pregunté.

Hawley asintió.

—¿Y qué hay de los apartamientos Miramar? —pregunté—. ¿Tienen garaje?

—No. Hay un solar vacío al norte del edificio, y lo usan como estacionamiento sin que nadie tenga un lugar fijo. Más bien se guían con el sistema de «el que llega primero le gana a su compañero». Generalmente, se encuentra lugar para estacionarse en las calles adyacentes al edificio.

—¿Se levanta tarde? —pregunté.

—Muy tarde —contestó—. Se levanta siempre un poco antes del mediodía. Sale a hacer sus compras como a las dos y media de la tarde, aparentemente después del desayuno. No hemos podido averiguar mucho acerca de ella. En todo esto existe un ambiente de misterio que nos inquieta. Con franqueza, señor Lam, estamos dispuestos a gastar un poco más de lo que esperábamos ahorrarnos en el arreglo, porque no nos gustan estas cosas. No nos gustan los casos que no siguen un proceso común. Tenemos que llevar nuestro negocio sobre una base de promedios. Así es como calculamos el costo de las pólizas. Así es como nos gusta pagar nuestras pérdidas.

—Entiendo —le dije.

Hawley se levantó y me estrechó la mano.

—Ya le di el número de mi teléfono privado a la señora Cool —dijo—. Puede contar con la ayuda de nuestra organización para lo que necesite. Pero, por supuesto, debo advertirle que tiene que evitar cualquier contacto directo con nosotros. Suponemos que han advertido nuestra presencia, y que están al acecho de cualquier cosa que tratemos de hacer.

—Ya entiendo —le dijo—. Muchas gracias. Pondremos manos a la obra.

Se despidió de Bertha con una inclinación de cabeza, y fue a la

puerta. Ya para salir, se detuvo; luego añadió:

—Más vale que se lo diga, Lam; creemos que hay cierto peligro en esto.

—¿Personal?

—Sí.

—¿Cómo llegó a esa conclusión?

Sonrió y me dijo.

—Recibimos una advertencia anónima muy interesante, por teléfono. Será mejor que se cuide.

Salió cerrando la puerta tras de sí.

Bertha Cool era todo sonrisas.

—¿No es maravilloso, Donald? —preguntó—. Tienen una gran organización en el negocio de los seguros, con su propio cuerpo de investigadores, y cuando se enfrentan a un caso de veras difícil, recurren a nosotros.

Yo no dije nada.

—Por supuesto —agregó Bertha—, no somos tan tontos para que nos tomen el pelo con sus palabrerías de por qué están dispuestos a gastar dinero para obtener la, información que necesitan. Hay algo en este caso que los tiene preocupados. Le coquetearon a esa chica, ella les dio el esquinazo, y están asustados.

—De eso puedes estar segura —le dije—. Bueno, yo me voy a echarle un ojo al terreno.

—Mantenme informada —dijo Bertha—. Éste es un caso importante. Y no asustes al cliente con esas exorbitantes cuentas de gastos que tienes por costumbre presentar. Puedes disminuirlas.

Cerré la puerta tras de mí, cortando el hilo de lo que me decía.

capítulo dos

FUI a una agencia de automóviles de alquiler, contrate un convertible, y tras de bajarle el toldo me dirigí en él a Colinda.

Llegué a los apartamientos Miramar, e identifique el automóvil de Doris Ashley. Después busqué un lugar para estacionarme y me puse a esperarla.

Cerca de las dos y media, la morena salió del edificio. Caminaba con impaciencia, como si la acera estorbara a sus dos hermosas piernas. Abrió la portezuela de su auto, y subió a él.

La seguí hasta el supermercado Colinda.

Estaba tocando de oído, sin un plan determinado.

Tenía que enamorarla, pero no sabía cómo me las iba a arreglar para hacerlo. El viejo truco de hacer que mi automóvil chocara con el suyo y que las ruedas quedaran trabadas, podría no dar resultado. Dependía del humor de ella. Pero, aun si daba resultado, cuando ella recapacitara encontraría muchas cosas sospechosas acerca de mi aparición, y yo no podía correr ese riesgo.

Como alguien ha dicho, hay un millón de maneras de abordar a una chica, pero ninguna vale un centavo a menos que la chica esté de humor.

Los lugares para estacionarse cerca de la entrada estaban todos ocupados. La mayor parte de los lugares vacíos estaban en el extremo opuesto del estacionamiento. Doris iba despacio, estudiando la situación. Luego se dirigió hacia aquel extremo, y acomodó su auto cerca de la pared del lado derecho. Abrió la portezuela del lado izquierdo y salió, agasajando mi vista involuntariamente con sus bien torneadas piernas.

Cerró la portezuela tras de sí, de golpe, sin siquiera mirar atrás. Entró al supermercado con su paso corto y rápido.

Había un lugar desocupado al lado de su auto, y yo acomodé el

mío de manera que le fuera imposible abrir otra vez la portezuela izquierda. La pared, asimismo, impediría que abriera la derecha.

Un hombre alto, con tipo de granjero, puso un sedán junto a mi auto.

Quité las llaves, las puse en mi bolsillo y me fui a esperar a Doris a un lugar sombreado que había en la esquina.

No esperé mucho tiempo.

Salió con una bolsa de papel llena de comestibles. Se dirigió, apresurada, al sitio donde dejara su automóvil. Trató de pasar por el espacio que había entre mi auto y el suyo, se dio cuenta del problema que se le presentaba, vaciló, fue hacia el lado derecho y trató de entrar por allí, sólo para comprobar que la ancha portezuela no se abría lo suficiente para que ella pudiera subir.

Miró a su alrededor con el entrecejo fruncido. Pude ver que estaba bastante enojada.

Dejó la bolsa en el suelo, se acercó a mi convertible, lo recorrió con la mirada, y luego hizo sonar la bocina. Esperé unos minutos, y luego me aproximé lentamente, como si estuviera buscando a alguien. Al llegar frente a ella, volví la cabeza y me hice el sorprendido.

—¿Es éste su auto? —me preguntó.

—No, señorita —le contesté.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué? —le pregunté a mi vez—. ¿Sucede algo?

—¡Que si sucede algo! —vociferó—. ¡Mire el modo en que acomodó su auto este imbécil! No puedo abrir la portezuela del mío, y estoy de prisa.

—Pues, ¿qué le parece? —dije.

Me miró de arriba abajo y contestó:

—¿Que qué me parece? Le diré lo que me parece. Me parece que sé muy bien cuál es el tipo de hombre que estacionó este auto. Le puedo decir muchas cosas de él, pero lo más probable es que usted no crea que sé las palabras adecuadas. ¿Habrá algún modo de mover ese condenado auto? ¿Podremos empujarlo hacia atrás?

Yo le dije:

—Probablemente el dueño esté en el supermercado. Tal vez podamos encontrarlo.

—Claro. Podríamos entrar y llamarlo por el magnavoz —dijo—.

Pero no quiero hacerlo; hay mucha gente allí. Me…, me gustaría sacarle el aire a los neumáticos.

—Yo podría moverlo si…

—¿Si qué?

—Me molestaría bastante que me pescaran.

—¿Haciendo qué?

—Provocando un corto circuito en la marcha.

Ella me miró de pies a cabeza, y dijo:

—¿Cuánto tiempo le tomaría?

—Unos diez segundos.

Tomó una actitud suplicante.

—Bueno, ¿quién se lo impide?

Yo le dije:

—Si me pescaran…, tendría que regresar…

Me mostró sus rojos labios, sus dientes de perla y, haciéndome un guiño picaresco con los ojos, me dijo:

—Por favor…

Me aproximé al auto, miré furtivamente hacia los lados, y me situé detrás del volante. Saqué mi navaja, raspé la cubierta aislante de dos de los alambres, saqué un alambrito de mi bolsillo, e hice la conexión directa. Luego puse en marcha el auto, en retroceso, y le dirigí una sonrisa a ella.

—¿Basta con esto, señorita? —le pregunté.

Ella abrió la portezuela de su auto y metió la bolsa de comestibles; vaciló un instante, y luego, deliberadamente, se subió la falda al subir al automóvil, para deleite de mis ojos.

Puso en marcha el motor, y salió también en retroceso.

Yo volví a colocar el automóvil alquilado en su lugar, abrí la portezuela izquierda, y me bajé.

Ella me hizo una seña para que me aproximara.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Donald —contesté.

Sonrió seductoramente.

—Yo me llamo Doris —dijo—, y tú eres un encanto, Donald. ¿Cómo aprendiste a hacer eso?

—Lo aprendí en una escuela muy dura, señorita —le dije.

—Doris.

—Doris —repetí.

—¿Y te arriesgaste a hacer eso por mí?

—Sí.

—Eres un encanto —dijo una vez más, y me brindó el regalo de su sonrisa—. ¿Qué haces aquí, Donald? No andas de compras, ¿eh? ¿Esperas a alguien? ¿Está adentro tu mujer haciendo las compras?

—No soy casado.

—¿Tienes novia?

—No.

—¿Por qué no, Donald?

—No he tenido oportunidad de hacer amistades… aún.

—¿Y qué te ha detenido?

—Circunstancias ajenas a mi voluntad.

—Donald, tal vez pudiera ayudarte. Dime, ¿qué haces por aquí? La dejé pensar que dudaba antes de contestar, y luego dije:

—Es uno de los cajeros. Quiero hablar con él, pero no quiero hacerlo habiendo gente cerca; están ocupados allí adentro.

—Y lo estarán durante un rato más —dijo—. ¿Por qué no lo ves cuando salga del trabajo?

—Creo que tendré que hacer eso.

Sus ojos eran como dos pozos profundos que me invitaban a penetrar en ellos.

—¿Quieres que te lleve al centro?

—¡Cielos… Gracias!

Fui al otro lado del auto, abrí la portezuela y me subí. Doris hizo el ademán de bajarse la falda con el pulgar y el dedo índice, pero sólo la bajó no más de un dieciseisavo de pulgada.

—Yo voy a los apartamientos Miramar —dijo—. ¿Quieres ir allí?

—¿Dónde están los apartamientos Miramar?

—El tres-catorce de Chestnut.

—Creo que sí —le dije—. Por mí, está bien. Quiero decir que da lo mismo un lugar que otro.

Ella se echó hacia atrás, e hizo girar el volante. Más tarde se detuvo en la calle principal. Volvió a avanzar, internándose en el tránsito; me lanzó una mirada, y dijo:

—Mira, Donald, has tenido una mala racha. ¿No es cierto?

—Cierto.

—¿Cómo sabías lo del corto circuito en la marcha?

—Oh, sólo lo sabía —contesté.

—¿Lo habías hecho antes? Mantuve la mirada sobre los tapetes del automóvil.

—No.

—No tienes por qué mentirme, Donald. Tenías un alambrito en el bolsillo, y andabas vagabundeando en el estacionamiento. Ahora, dime el motivo.

Bajé la cabeza.

—Donald: ¿Has estado alguna vez en dificultades?

—No.

—Al cajero ese que querías ver, ¿lo conociste en alguna parte? ¿En alguna institución…?

Asentí con la cabeza.

—Donald, tú tienes experiencia, y sabes bien que te hubieras metido en un lío serio si el propietario de ese auto sale y te descubre haciendo la conexión. Te hubieras visto en un lío serio. Ya lo sabías, ¿verdad?

Lo admití, inclinando la cabeza.

—Muy bien. ¿Por qué te arriesgaste?

—Porque usted… sonrió.

—¿Tanto te afectan mis sonrisas, Donald?

—Sus sonrisas, su cuerpo y sus piernas —le contesté.

—¡Donald!

Me volví hacia atrás. El tipo alto del sedán, iba detrás de nosotros.

Rápidamente, aunque con torpeza, traté de abrir la portezuela.

—Si no es molestia, señorita, ¿quiere detenerse para que me baje aquí? —le supliqué.

—Me llamo Doris.

—Será mejor que me baje aquí, Doris.

—Yo voy a los apartamientos Miramar, Donald; allí vivo.

La luz roja de un semáforo se interpuso en nuestro camino. Oprimió el freno con su pie pequeño y de alto empeine.

—Allí vivo —repitió.

—Adiós, Doris —le dije—. Te portaste de maravilla.

Salté a la acera y cerré la portezuela de un golpe.

Ella comenzó a decir algo, pero la luz del semáforo cambió y el conductor del automóvil que iba detrás tocó levemente la bocina.

Doris me miró, casi anhelante. Luego prosiguió su camino.

El tipo alto del sedán buscaba un lugar para acomodar su auto, pero no pudo hallarlo. Siguió adelante con un gesto de disgusto.

Regresé al supermercado caminando, encendí la marcha del convertible con mi llave, y regresé a la ciudad. Allí entregué el auto y llamé a Bertha.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Ya estoy de regreso —le dije—; estuve en Colinda.

—Donald, hay algo que me huele mal en este asunto.

—¿Y ahora te enteras?

—Mira, no te pongas socarrón. Esa secretaria tuya, Elsie Brand, y esos recortes de periódico que le ordenaste coleccionar…

—¿Qué hay de eso?

—Ha estado repasando los avisos personales, tratando de hacer un trabajo minucioso. ¡Santo Dios, casi besa el suelo que pisas! ¿Qué demonios les das a las mujeres? ¿Qué vas a hacer? ¿Casarte con ella? Más te vale.

—Lo haré si tú insistes —le contesté—. Pero por supuesto que con eso tendría ella una parte en el negocio.

—¿Tendría qué? —gritó Bertha en el auricular.

—Una parte en el negocio.

—¡Vete al demonio! ¡No voy a permitir que una condenada secretaria entre en el negocio por la vía matrimonial!

—Muy bien. Entonces no me casaré con ella. ¿Descubrió algo?

—La compañía de seguros ha estado publicando un aviso anónimo.

—¿Qué dice?

—Es una oferta de cien dólares para cualquier persona que pueda atestiguar con respecto a un accidente automovilístico ocurrido en el cruce de las calles Séptima y Main, de Colinda, el trece de agosto pasado. Especifica que fue un golpe dado por detrás.

—¿Cómo sabes que es la compañía de seguros?

—Tiene que ser; nadie más tiene dinero suficiente para ofrecer cien dólares a un testigo.

Yo le comenté:

—¿Por qué había de necesitar un testigo la compañía de seguros? Van a aceptar los cargos. No pueden eludir su obligación; no tienen pruebas a su favor.

—Bueno, yo sólo te digo lo que salió en el periódico —dijo

Bertha—. Será mejor que verifiques si han publicado algo en el periódico de Colinda.

—Es una buena idea —le contesté—; lo voy a hacer. Por mi parte, tengo buenas noticias.

—¿Qué?

—Traigo «cola».

—¿Tú?

—Sí.

—¿Dónde has estado?

—En Colinda.

—¿Cómo sabes que te están siguiendo?

—Gracias a espejos de auto y algunas observaciones que he hecho.

—Donald, ¿qué demonios sucede en este caso?

—No lo sé —le dije—. Aún no.

—¿Tú crees que siguieron a Lamont Hawley hasta nuestras oficinas?

—No lo sé; pero él sí debería saberlo —le contesté.

—Entonces hay algo atrás de todo este asunto. Será mejor que andes con pies de plomo.

—¡Oh, no! Éste es uno de esos trabajos agradables y conservadores. ¿Recuerdas?

—Éste es exactamente el tipo de trabajo respetable que tú quieres que hagamos…

—¡La maldita verdad es que esto está cargado de dinamita, y tú lo sabes! —gritó Bertha—. ¿Por qué se detuvo ese tipo Hawley en la puerta, para decirte que había un elemento peligroso? ¿Qué demonios quiso decir con eso?

—Evitar que me fuera de bruces contra algo que tal vez no podría manejar yo solo —le contesté.

—¿Entonces por qué no nos advirtió eso cuando nos estaba poniendo al corriente de los detalles del caso? ¿Por qué no nos dijo desde entonces lo que era?

Esperé a que Bertha terminara su perorata, para que mi respuesta tuviera impacto. Entonces le dije:

—Porque si hubiera sido sincero con nosotros, tú hubieras fijado los honorarios de acuerdo con la clase de trabajo que era y el riesgo que se corría. Al hacerlo como lo hizo, te engañó para que fijaras

una cifra básica. A como estaban las cosas, te hubiera pagado diez mil con la facilidad con que hubiera pagado mil, y…

El rugido sin palabras, en el otro extremo de la línea, sólo podía significar una cosa.

Corté la comunicación, suavemente, antes de que los gritos de indignación de Bertha fundieran los alambres del auricular.

Recogí la chatarra que era el auto de la agencia, y la conduje a mi apartamiento. Conduje con calma, pendiente del espejo. No traía «cola».

Me propuse comprar los periódicos del día siguiente aquella misma noche, cuando salieran. Busqué entre los avisos personales y, por supuesto, allí estaba el aviso; pero en esta ocasión habían aumentado la oferta. El anuncio decía: «Pagaremos $250.00 al establecer contacto con testigo que haya presenciado un accidente automovilístico en Séptima y Main, Colinda, trece de agosto a las 3:30
p.m. Apartado 694-W».

Recorté el aviso, lo pegué en una hoja de papel, y escribí abajo: «Llamen a Mayview 6-9423 y pregunten por Donald».

Dirigí el sobre al apartado que indicaba en el aviso, y lo envié por correo. Mayview 6-9423 era el número del teléfono privado de Elsie Brand.

—Hola, Elsie. ¿Cómo van las cosas?

—Bien, Donald. ¿Dónde estás?

—En la ciudad.

—¡Oh! ¿Necesitas algo?

—Sí, Elsie. Si alguien llama y pregunta por mí, muéstrate un poco misteriosa. Dile a quien sea, que he estado entrando y saliendo constantemente, y que me deje el recado contigo. Si quieren más información, o si quieren saber mi apellido, diles que soy tu hermano.

—¿Y se supone que vives aquí, Donald?

—Tal vez.

—¿Y no sería un poco extraño que un hermano viviera en este apartamiento de una recamara?

—Bueno, diles que soy tu esposo —contesté.

—Eso sería bochornoso.

—Muy bien. ¿Entonces qué prefieres, que sea extraño o que sea

bochornoso? —le pregunté.

—¿Qué prefieres tú, Donald?

—Será mejor que lo dejemos en extraño —le dije—. Por respeto a tus sentimientos. Diles que soy tu hermano.

—Lo que tú digas —contestó.

—Sueña con los angelitos —le deseé, cortando la comunicacion.

Al día siguiente fui a la agencia de automóviles de alquiler, y saqué un sedán. Me fui en él a Colinda.

Por lo que pude observar, nadie tenía el menor interés en lo que yo hacía. La carretera estaba casi desierta. No iba a una velocidad constante, sino que la aumentaba y la disminuía a ratos. No descubrí que me siguiera nadie.

Llegando a Colinda, compré un periódico.

En la columna de los avisos de ocasión no aparecía ningún anuncio en el que se solicitara un testigo del accidente del trece de agosto.

Me dirigí al Departamento de Tránsito y a la estación de policía, y repasé los archivos.

Había una declaración del señor Carter Jackson Holgate, fechada un día después del accidente, en la que admitía haber golpeado a un auto en la parte trasera, en las calles Séptima y Main, a las tres y media p.m.; que el otro auto tenía placas TVN626 y que era propiedad de Vivian Deshler, residente en los apartamientos Miramar; que los daños se habían calculado en 150 dólares en su propio automóvil, y que los daños en el de la señorita Deshler eran «menores».

Me dirigí a los apartamientos Miramar. El automóvil de Doris Ashley estaba en el estacionamiento.

Pasaban de las dos, cuando ella salió del edificio y fue al estacionamiento con su paso característico, corto, y que recordaba el ruido de las castañuelas.

Esperé a que quedara de espaldas. Puse mi auto en marcha y me dirigí al supermercado. Minutos después, entraba en él.

Doris también entró. Cogió un carrito, echó varias cosas en él, y se encaminó hacia una caja registradora.

Yo me acerqué al cajero, y bajando la voz, le dije:

—Mire, amigo, quisiera abrir una cuenta de crédito.

Él sacudió la cabeza negativamente.

—Sólo aceptamos dinero en efectivo —dijo.

—Pero éste sólo sería un crédito a corto plazo. Sólo necesito…

Volvió a negar con la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Es que no damos crédito a nadie. No se lo daríamos al presidente de los Estados Unidos. Vendemos sólo al contado. Si quiere cambiar un cheque, eso ya es otra cosa… Puedo enviarlo al gerente; pero nada de crédito.

—¿Ni siquiera por cinco dólares? —le pregunté.

Una vez más negó con la cabeza, ahora con amabilidad.

Levante la mirada, y vi a Doris Ashley. Estaba de pie, frente a mí, mirándome fijamente, observando la escena. No pudo haber oído la conversación, pero vio que el hombre se negaba, y me vio retirarme.

—¡Donald! —exclamó.

—Hola —contesté con aire de abatimiento.

—¡Donald, espérame! ¡Quiero hablar contigo!

Rápidamente se acercó a la caja, y dijo:

—Haga la cuenta, por favor, y cóbrese de este billete. Dejó veinte dólares frente al cajero, me siguió y me tomó del brazo.

—Donald, ¿por qué te me escurriste ayer?

—Yo… Tenía miedo de salirme del carril.

—¿Qué quieres decir con «salirme del carril»?

—Dije algo que no debí decir.

—¿Qué? De tu pasado no me dijiste nada.

—No, de… tus piernas.

Ella rió.

—¿Y qué hay con mis piernas, Donald?

—Son maravillosas.

—¡Tontito! —me dijo—. ¿Creíste que no sabía yo que tengo bonitas piernas? Son parte de mí misma, las uso para caminar, y también cuando quiero impresionar bien a alguien. Bueno, te permití una buena ojeada, Donald, porque te portaste bien conmigo y moviste aquel automóvil.

—¿No estás enojada porque yo…?

—Me hubiera enojado si no lo hubieras hecho.

El cajero le dijo:

—Son tres dólares y doce centavos, señorita, y aquí tiene el cambio del billete.

Doris tomó la bolsa de comestibles.

Yo vacilé exactamente durante el tiempo justo, y luego dije:

—¿Me permite?

Llevé la bolsa hasta el auto.

—Échala atrás, Donald.

Lo hice, y después mantuve abierta la portezuela para que ella subiera.

—¿Qué vas a hacer ahora, Donald?

—Regresar a San Francisco.

—¿Viste a la persona que buscabas?

—Sí.

—¿Conseguiste lo que querías?

—No.

—Súbete.

—Yo…

—Súbete; te llevaré hasta el centro. Pero esta vez no te me vuelvas a escapar.

Subí al auto.

Doris llevaba la falda corta y se le había subido hasta el borde del dobladillo de las medias. En esta ocasión no hizo el ademán de bajarla.

Dio marcha atrás al vehículo, y al salir del estacionamiento, observé que allí estaba el individuo alto y de tipo de granjero que el día anterior conducía el sedán. Ahora llevaba un auto indefinido que, indudablemente, había visto mejores tiempos.

Nos internamos en la fila de autos que avanzaban. El hombre iba cuatro autos atrás de nosotros.

Doris dijo:

—Donald, te sientes solo, ¿verdad?

—Tal vez.

—¿Has estado hambriento de… compañía femenina?

—Pudiera ser.

—Y te vas a San Francisco, Donald, a meterte en un lío. ¿Qué buscabas en el supermercado? ¿Empleo?

—Pudiera ser.

—Y como no lo conseguiste, te das por vencido en tu intento de enderezar tus pasos. Vas a San Francisco… ¿Para qué?

—Allá conozco a alguien.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer.

—¿Joven?

—Más o menos.

—¿Atractiva?

—Sí.

—¿La conociste antes?

—¿Antes de qué?

—Antes de meterte en dificultades.

—Pudiera ser.

—Donald, tú sabes lo que va a pasar. Necesitarás dinero, y te encontrarás con tus antiguos amigotes. Para cuando te des cuenta, ya estarás de nuevo adentro.

—¿Dónde?

—En San Quintín.

Me miró de soslayo, con ojos escrutadores.

Yo bajé la cabeza y no dije nada.

—Donald, quiero que hagas algo.

—¿Qué?

—Ven a mi apartamiento.

—¿Eh? —dije incorporándome repentinamente.

—Sólo quiero charlar contigo —dijo—. Quiero averiguar algo acerca de ti. Tal vez pueda ayudarte. ¿Tienes hambre?

—No mucha.

—¿Pero tienes?

—Podría comer algo.

—Mira, tengo un magnífico filete miñón en la hielera —me dijo —. Lo voy a preparar, y mientras tú te me sientas y aflojas los nervios. Tienes algún problema, y eso me inquieta. Eres demasiado bueno para que te metas nuevamente en un lío.

—Das muchas cosas por sabidas —le dije.

—Hay veces que la gente debe tenerse una fe mutua.

No dije nada durante un rato; sólo la, observé mientras conducía.

—¿Te gustan hoy, Donald? —me preguntó.

—¿Qué?

—Mis piernas.

—Son maravillosas.

Sonrió, y siguió en silencio, hasta llegar al edificio de apartamientos. Acomodó su auto en el solar vacío.

Por el rabillo del ojo vi que el tipo alto estacionaba su auto junto a la acera, a media cuadra de distancia.

Me bajé, rodeé el auto y abrí la portezuela de Doris.

Ella giró en el asiento, para sacar las piernas de abajo del volante.

—Puedes bajar la bolsa de los comestibles, Donald.

—Sí, señorita.

—Doris —dijo.

—Sí, Doris.

Saqué la bolsa y cerré la portezuela. Entramos al edificio y subimos en el ascensor.

Doris se dirigió a su apartamiento, metió la llave en la cerradura, entró y me dijo:

—Estás en tu casa, Donald. ¿Quieres un trago?

—Será mejor que no.

—Es un poco temprano —agregó—. Voy a asar el filete.

—No —le dije—, no tiene que hacerlo. Yo…

—Calla —me ordenó—. Tú te sientas en esa silla y te pones cómodo; yo voy a asar la carne. Mientras queda lista, charlaremos.

Me senté en el cómodo sillón que ella me indicara.

Doris trabajaba rápidamente.

—No vas a comer mucho en lo que se refiere a verduras —dijo —; pero vas a, comer un buen bistec con pan y mantequilla, patatas fritas y café… ¿Cómo te gusta la carne, regular, bien cocida…?

—Casi cruda.

—Bueno.

—¿Y a ti? —le pregunté.

—Yo casi acabo de desayunarme. Además, siempre cuido mi figura.

—En eso puedo ayudarte —le dije, y luego me detuve como sorprendido por mi atrevimiento.

Ella rió, y contestó:

—Puedes hacerlo, Donald, a mí no me molesta. Conectó una cafetera eléctrica, metió el bistec en el asador y vino a sentarse en el brazo de mi sillón.

—¿Andas buscando quehacer, Donald?

—Sí.

—Tal vez podrías hacer algo por mí.

—¿Qué?

—Un trabajo.

—Me encantaría.

—Pudiera ser… Bueno, es un poco arriesgado.

—Por ti, me arriesgaría a lo que fuera.

—Donald, no sigas huyendo de mí; no te voy a morder.

—Tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—De lo que pudiera hacer.

—¿Qué podrías hacer?

—No lo sé.

—Donald, te sientes solo; te has visto privado de las mujeres durante tanto tiempo, que ya olvidaste cómo tratarnos. Pon tu brazo alrededor de mi cintura. Aquí…, así.

Tomó mi mano, y yo recorrí con ella su cintura. Ella sonrió, y yo apreté el brazo.

Se deslizó hasta quedar sentada en mis rodillas, y sus brazos rodearon mi cuello. Sus labios se apretaron contra los míos. Luego su boca se abrió lentamente, y ella pareció derretirse con mi calor.

Después de un rato, me dijo:

—Donald, eres maravilloso. Ahora pórtate como un niño bueno y déjame ir a ver cómo va la carne.

Se levantó de mis rodillas y fue a la cocina. Tomó un tenedor de mango largo, dio vuelta al filete y dejó el tenedor. Se dirigía otra vez al sillón, con los ojos brillantes y los labios entreabiertos, cuando sonó el timbre.

Durante un momento sus ojos se abrieron, sorprendidos e incrédulos. Luego murmuró a medias:

—¡No! ¡Oh, no!

El timbre volvió a sonar.

Corrió hacia mí. Me tomó de la mano y me sacó del sillón.

—¡Rápido, Donald! —dijo en voz muy baja—. ¡En este *closet*! Quédate aquí sólo unos minutos. ¡Rápido!

Aparenté estar atemorizado.

—¿Tu esposo? —le pregunté.

—No, no; no soy casada, tontito. Es… ¡Rápido, métete aquí

adentro!

Me llevó hasta una puerta y la abrió. Era un *closet* grande, que se prolongaba a todo lo largo de la habitación. En su interior, en uno de los lados, había una infinidad de vestidos y prendas femeninas. En el otro, una cama empotrada.

Me metí entre la ropa, y ella me encerró. Oí que se abría la puerta del apartamiento, y que una voz de hombre preguntaba:

—¿Qué hay?

—Café —dijo ella, seguramente sonriendo.

Primero le oí entrar y cerrar la puerta. Después se oyeron sus pisadas, y luego, otra vez, su voz que decía:

—Oye, este sillón está tibio.

—¡Claro que está tibio! Yo estaba sentada ahí, y yo soy muy ardiente; ¿o es que no te habías enterado?

—Ya lo sé —dijo el hombre.

Hubo un minuto de silencio. Luego preguntó:

—¿Qué has estado haciendo, Doris?

—He estado de compras.

—¿Alguna novedad?

—Aún no.

—Algo tiene que suceder, y pronto.

—Sí.

La oí trajinar en la cocina. Luego me llegó el aroma del café; oí chocar la taza con el plato.

—¿Ya te enteraste de que aumentaron la oferta?

—¿Qué oferta? —preguntó.

—El dinero que ofrecen a los testigos del accidente. Ayer eran cien dólares. En el periódico de hoy se informa que ya son doscientos cincuenta.

—¡Oh! —exclamó ella.

Hubo un largo intervalo de silencio, y luego el hombre preguntó:

—¿Has tenido noticias?

—No, claro que no, Dud. Te lo hubiera dicho inmediatamente.

Hubo un nuevo intervalo, al fin del cual oí que el tipo decía:

—Tengo miedo de esa condenada compañía de seguros. Si siguen metiendo las narices en esto, van a echar todo a perder.

—¿Y crees tú que seguirán investigando?

—Si les entra la curiosidad, seguirán investigando hasta que el

mismo infierno se congele —contestó—. Cuando la vaca se agota, no hay para qué seguir ordeñándola… ¿Qué demonios está quemándose?

—¿Quemándose?

—Sí. Huele a carne quemada.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Doris.

Oí sus rápidos pasos, y la voz del hombre que decía:

—¡Demonios! ¿Qué es esto?

El olor de la carne quemada llegaba hasta el *closet*.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó el hombre.

—Lo olvidé —contestó ella—. Estaba preparando un bistec; lo dejé en el asador, y se me olvidó cuando llegaste.

—¿Y para qué estabas preparando un bistec?

—Tenía hambre.

—¿A quién le quieres tomar el pelo?

—A nadie. Sólo estaba preparando un filete. ¡Santo cielo! ¿Es que no tengo derecho de comer un bistec en mi propio apartamiento?

Oí unos pasos decididos, pesados.

—Bueno, preciosa, sólo echaré un vistazo por aquí. Veré por mí mismo qué es lo que sucede.

Oí que abrían una puerta y volvían a cerrarla. Doris decía:

—¡No, Dud, no! —luego oí que un cuerpo se estrellaba contra la pared. La había empujado, evidentemente, para apartarla de su camino.

Los pasos se aproximaron al lugar donde yo estaba escondido.

Abrí la puerta y salí.

El hombretón se detuvo de repente.

—¿Me buscaba? —le pregunté.

—¡Con veinte mil demonios! ¡Claro que te buscaba! —exclamó, aproximándose a mí.

Yo me quedé quieto, mirándolo.

Doris dijo:

—Dud, no. ¡Dud, déjame que te explique!

Él tenía los ojos fijos en los míos, con un gesto de odio que le desfiguraba la boca. Vi venir el golpe, pero no hice nada por esquivarlo. El siguiente me hubiera llegado de todos modos. Me quedé quieto, y lo recibí.

Me sentí, impelido hacia atrás. El techo dio una vuelta en semicírculo, algo me pegó en la cabeza, y sentí que me apagaba, como un fósforo.

Cuando volví en mí, aún imperaba en el apartamiento el olor a carne quemada. Doris decía algo. Hablaba rápida y entrecortadamente. A mis oídos llegaban sus palabras, pero no parecían tener ningún sentido.

—¿Es que no entiendes, Dud? Éste es el hombre que nos hacía falta. Podemos utilizarlo. Quería asegurarme de él, y luego te lo iba a pasar. Ahora ya lo echaste todo a perder.

—¿Quién es? —preguntó Dud con un gruñido, Su tono aún era de desconfianza.

—¿Cómo voy a saberlo? Se llama Donald, y eso es todo lo que sé. Acaba de salir de San Quintín. Vino aquí tratando de conseguir empleo en el supermercado, porque uno de los cajeros de allí fue su compañero de prisión, y creyó que podría ayudarlo; pero el tipo no quiso saber nada de él. Yo vi cómo se deshizo de Donald malamente. Entonces fue cuando yo intervine y…

—¿Cómo sabes que estuvo en San Quintín?

—Ha estado a la sombra —contestó ella—. Se le nota. Lo niega, pero no cabe la menor duda de ello. Ha estado metido en líos, y no hace mucho que salió. Está hambriento de compañía.

—¿Y qué clase de compañía le ibas a dar tú?

—Muy bien, si insistes: iba a procurar que no se sintiera tan solo.

—Ya lo supongo.

—Iba a hacer indagaciones, y pensaba decírtelo si todo salía bien.

—¿Cómo sabes que estuvo en San Quintín?

—Por el modo en que lo conocí.

—¿Cómo fue?

—Mi automóvil tenía bloqueada la salida por otro auto, y él hizo una conexión en los cables de la marcha para poder moverlo. Creo que es un ladrón de autos profesional. Tenía en el bolsillo un pedacito de alambre, con el que conectó los cables.

Durante un momento, nadie habló. Después prosiguió el hombre.

—¡Con un demonio! ¡No trates de hacer las cosas tú sola! ¡Ya te

he dicho que en esta organización, yo soy el de los sesos! Está bien. Ve por una toalla grande y empápala en agua fría. Trataremos de hacer que vuelva en sí el tipo ese.

Sus voces aún parecían llegarme desde muy lejos. Era como si estuvieran discutiendo sobre algún asunto que no tenía nada que ver conmigo.

Oí los pasos del hombre; luego sentí correr agua por mi frente. Después, sobre la cara, una toalla fría como el hielo. Tiraron del cierre de cremallera del pantalón, me lo bajaron de un tirón, me levantaron la camisa, y de nuevo sentí la toalla fría y empapada, esta vez en el estómago.

Mis músculos se contrajeron. Aspiré profundamente, y abrí los ojos.

El hombretón se inclinaba sobre mí; en su cara había un gesto de curiosidad.

—Muy bien —dijo—, con eso tienes. Levántate.

Hice varios intentos, sin tener éxito, y él se agachó. Me tomó por los hombros y tiró de mí hasta que quedé sentado; luego prensó mi mano con la suya, que parecía un jamón, y, tirando violentamente, me puso de pie.

Me repasó con los ojos, y repentinamente se echó a reír.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

—Métete la camisa y abróchate el pantalón —dijo.

Tomó la toalla mojada que cayera al piso y la lanzó al otro lado del apartamiento, en la dirección del baño. La toalla cayó sobre el piso encerado con un húmedo golpe, y Doris corrió a levantarla. La muchacha desapareció dentro del baño, y regresó en un momento. Se detuvo, y se quedó mirándome expresivamente.

—¿Estás…, estás bien, Donald?

—No lo sé —contesté tratando de sonreír.

—Cálmate —me ordenó el hombre—. Me llamo Dudley Bedford. ¿Quién eres tú?

—Donald.

—¿Cómo te apellidas?

—Lam.

—A ver, otra vez.

—Lam.

—¿L-a-m-b? —preguntó.

—Lam —repetí—. L-a-m.

Bedford se quedó pensativo un instante, y luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Ya caigo! —dijo—. Andas «de lam[1]», ¿eh?

—No —le informé—. Ése es mi apellido.

—¿Tienes permiso para conducir?

—No.

—¿Cuánto hace que saliste?

Bajé la cabeza y guardé silencio.

—Vamos —insistió—, ¿cuánto hace que saliste?

Desvié la mirada.

—Nunca estuve adentro.

—Bueno, bueno, jugaremos a tu modo. Ahora dime: ¿qué demonios haces aquí?

—No sé —le dije—. Esta señorita tuvo la amabilidad de ofrecerme un bistec.

—Siéntate aquí —me ordenó Bedford—. Quiero hablar contigo un rato.

—Pero yo no quiero hablar con usted. Hasta aquí aguanto. Yo no sabía que ella era casada.

—No es casada —dijo Bedford—. Ella es mujer suficiente para ti y para mí, y para otros seis iguales a nosotros. No es de mi propiedad, ni yo de la suya. Yo simplemente trabajo con ella. Ahora, la pregunta es: ¿quieres trabajar con nosotros?

—No —contesté.

—¿Qué quieres decir con no?

—Quiero decir que no.

—Aún no sabes lo que te vamos a proponer.

—Claro que sé lo que es.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo usted.

—¿Qué dije?

—Me preguntó si quería trabajar con ustedes dos, y yo dije que no.

—Oh, ya entiendo —dijo—. Muy listo, ¿eh? ¿Conque ésa es tu respuesta?

—Ésa es —le dije—. Yo sé lo que no quiero.

—Bueno, entonces, ¿qué es lo que quieres?

—Quiero que me den una oportunidad en un empleo que sea honrado.

—¿Cómo sabes que no te ofreceremos un empleo de esa clase?

—Porque no me hicieron la proposición como si lo fuera.

Entonces, él me dijo:

—Muy bien. Volveré a empezar.

—Inténtelo —lo animé.

—¿Sabes quién soy yo?

—No. Dijo que se llamaba Bedford; eso es todo lo que sé.

—¿Sabes cómo entré aquí?

—Oprimió el timbre.

—Listo —comentó—. Muy listo. Demasiado listo. Te vas a ganar otra patada en el hocico.

—Es probable.

—Para tu información —agregó—, sucede que yo soy el dueño del auto con el que te metiste ayer. Te vi salir de él y subirte al de Doris. Y sucede que yo conocía a Doris, así es que vine a ver lo que andaba haciendo con el tipo que se metió con mi auto. Ahora, Donald Lam, te toca a ti. Puedes hablar un buen rato.

—¿De…, de qué quiere que hable?

—Puedes hablar de lo que te dé tu condenada gana —dijo Bedford—; pero si yo estuviera en tu lugar, empezaría a decir las razones por las que yo no debo ir a la policía a denunciar que te Vi en mi auto, metiendo las manos en el mecanismo, y que encontré que habían raspado el aislamiento de los cables para provocar un corto circuito. En caso de que no lo sepas, y creo que sí lo sabes, te diré que hacer eso con los autos ajenos es un hecho penado por la ley., Ahora bien, yo hablaría de eso.

Miré a Doris con el rabillo del ojo, y ella me guiñó. Le contesté a Bedford:

—Muy bien. ¿Qué iba a hacer yo? Su auto estaba bloqueando el de la señorita, de modo que no podía abrir la portezuela y meter los comestibles.

—Muy bien, todo lo que tenías que hacer era entrar en el supermercado y preguntar por mí. Yo lo hubiera movido.

—No había tiempo.

—Debía de tener una prisa del demonio.

—La tenía.

—No creerás que voy a aceptar esa explicación, ¿verdad?

—Es la única que puedo darle.

Pensó durante un momento, y dijo:

—¿Sabes? Podría utilizarte. Podrías hacer un trabajo para mí, y así estaríamos a mano. ¿Qué te parece?

—¿Qué clase de trabajo?

—Uno que requeriría un poco de audacia, un poco de tacto y un poco de discreción. Cuando acabes, estarás en paz con el mundo, y si haces un buen trabajo, tendrás cien dólares en el bolsillo.

—Esos cien dólares me caerían muy bien en el bolsillo —dije—, pero creo que no haré el trabajo.

—¿Por qué no?

—Es que me huele…

—¿A qué te huele? —me preguntó, al tiempo que vacilaba.

—A algo que tiene miedo de hacer usted mismo.

Lanzó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—No seas ridículo —dijo—; yo no le temo a ningún trabajo, pero mi posición no me permite hacer éste.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Así se habla; si así lo hubieras hecho desde un principio, no hubiéramos perdido el tiempo…

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó una billetera, y de ella un recorte de periódico bien doblado, que me tendió.

El aviso había sido enmarcado con lápiz rojo. En él se ofrecía una recompensa de doscientos cincuenta dólares a cualquier persona que hubiera presenciado un accidente el trece de agosto en las calles Séptima y Main, de Colinda, a las quince treinta horas.

—¿Y qué hay con esto? —pregunté. Él me contestó:

—Tú fuiste testigo de ese accidente.

—¿Yo?

—Eso es.

Negué con la cabeza.

—Yo no estaba ni siquiera cerca de aquí. Yo…

—Escucha —me interrumpió—, tú hablas demasiado cuando deberías estar escuchando. Ahora, aguántate y escucha. ¿Está claro?

—Bueno.

—Eso ya está mejor —dijo—. Tú estabas aquí, en Colinda. Ibas

por la calle. Viste el accidente. Un automóvil, un *Buick* grande, que conducía un hombre que no parecía poner mucha atención al tránsito, le pegó al auto que iba adelante. Éste era un auto deportivo liviano, uno de esos modelos pequeños, para carreras. Lo conducía una muñeca. No estás seguro de la marca del automóvil. El golpe sacudió violentamente la cabeza de la chica. Viste todo eso.

»La muñeca estaba sola en el auto deportivo. Era rubia, como de veintiséis años, y la viste bajar del auto. Era una chica muy linda, de la estatura y el peso que nos gustan, y bien vestida: una muñeca muy linda.

»Ella y el hombre se mostraron sus respectivos permisos para conducir. Tú seguiste tu camino. Aquello no te interesaba gran cosa. El accidente no parecía ser grave, y los interesados evidentemente pensaban lo mismo, porque cuando llegaste a la esquina siguiente, los dos automóviles pasaron frente a ti. El *Buick* tenía el radiador roto, e iba tirando agua. Pero el otro auto no parecía haber sufrido ningún daño, con excepción de un golpe en la parte trasera de la carrocería. La chica no parecía estar lastimada.

—¿Qué quiere decir con «no parecía estar»?

—No estaba alterada, y obraba de manera perfectamente normal.

—¿Yo iba a pie, o en auto?

—Ibas a pie.

—¿Qué hacía yo en Colinda?

—¿Qué hacías en Colinda? —repitió.

—Yo…, yo no sé. Tendría que pensarlo.

—Empieza.

Bedford se volvió hacia la chica.

—¿Tienes papel para escribir aquí? —le preguntó.

Ella abrió el cajón de un escritorio y sacó una hoja de papel para correspondencia.

—Dame algo para pegar.

—Sólo tengo cemento para uso doméstico.

—Está bien. Ensayemos con el cemento.

Ella se lo dio.

Cortó el trozo del periódico, lo pegó en la hoja de papel, y dijo:

—Vamos a necesitar un domicilio.

—Puede alojarse en el hotel Perkins —dijo Doris.

—Eso está bien —dijo—. El hotel Perkins.

—Necesito dinero para gastos —le aclaré.

Él afirmó con la cabeza, distraídamente.

—Eso es fácil… Bien, ahora escribe aquí lo que voy a dictarte.

Tomé la pluma que me ofrecía.

—Siéntate en la mesita.

Me senté.

—Ahora, escribe: «Me llamo Donald Lam. Presencié el accidente que menciona. Pueden comunicarse conmigo al hotel Perkins». Ahora, fírmala «Donald Lam».

—Espéreme un momento —protesté—, me voy a meter en líos por esto.

—Si haces exactamente lo que te digo, no.

—Y después de esto, ¿qué sucederá?

—Luego alguien se comunicará contigo.

—¿Y después?

—Después contarás la historia.

—Ahí es donde me van a pescar.

—Si te pescan en eso, te rompo todos los huesos —amenazó Bedford.

—Supongamos que mi versión no va de acuerdo con los hechos…

Él sonrió y me interrumpió.

—Los hechos concordarán con tu relato. Quiero que te acuerdes de lo que te dije. Viste al hombre que conducía el *Buick* grande. Se le veía un poco cansado. No prestaba mucha atención a lo que hacía. Había muchos vehículos, y él trató de salir de la fila, vio que no podía, y volvió a alinearse, pero iba más rápido que el auto de adelante.

»En la esquina de Séptima y Main hay un semáforo. La luz cambió, y los que iban adelante se detuvieron. Los reflejos del hombre eran un poco lentos, y fue a dar contra el auto deportivo.

»Ahora bien, lo que sigue es algo que viste claramente: viste que la cabeza de la chica se sacudió a causa del golpe; que se le fue hacia atrás, completamente hacia atrás. Te detuviste a mirar durante un momento, y viste que los demás autos seguían su camino dejando a los dos autos parados. Los dos se apearon, ji viste que intercambiaban sus domicilios tomándolos de sus permisos para

conducir; el hombre se acercó al frente de su auto, y calculó el daño que había sufrido. El radiador tiraba agua. Luego volvió a subirse a su auto, y la chica se subió al suyo. Entonces tú seguiste tu camino.

—¿Dónde estaba yo? —pregunté—. Querrán saber el sitio exacto.

—Vamos —me tranquilizó. Te mostraré el lugar exacto. Firma esta declaración.

—¿Y quién la lleva al correo? —pregunté.

—Yo me ocupo de eso —contestó—. Ahora, vámonos. Mientras caminamos, te mostraré exactamente dónde estabas y dónde ocurrió el accidente. Luego iremos al hotel Perkins. Pediré un cuarto con baño… ¿Tienes ropa?

—No.

—Bueno —dijo—, te podemos conseguir una navaja de afeitar, un cepillo de dientes, y la ropa limpia que necesites. Tú quédate en el cuarto.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que te diga que puedes salir.

—¿Puedo salir a comer y…?

—¡Oh, sí, demonios! —exclamó—. Puedes salir a comer, y puedes salir a vagar por ahí. Puedes venir a ver a Doris, si quieres; pero tendrás que comunicarte constantemente al hotel. Cada hora, más o menos, te reportarás para ver si te ha llamado alguien.

—¿Y cuando me llamen?

—Tú viste el accidente.

—¿A quién se lo digo?

—Al que pregunte.

—¿Y a mí qué me va a dejar eso?

—La tranquilidad de saber que no te denunciaré por meterte con mi auto —dijo Bedford—, además de un cuarto en el hotel y este dinero para gastos.

Sacó un fajo de billetes de su bolsillo y me alargó uno de veinte y otro de diez dólares.

—Cuando hayas terminado, te daré cien dólares más.

—¿Y qué hay de los doscientos cincuenta dólares que ofrecen en el aviso?

—Ésos no tienen nada que ver contigo.

—¿A quién le tocan?

—A ti, no. Dejemos de andar entre las ramas. No tengo tiempo para cortesías. ¿Quieres tomar esto, o quieres que yo tome el teléfono, llame a la policía, les diga que tengo al hombre que andaba metiéndose con mi auto ayer y les enseñe el lugar donde raspaste la cubierta de los alambres para conectar la marcha?

—Firmaré el papel.

—Así está mejor —me dijo—. Pon tu nombre ahí.

Firmé. Él lo dobló y lo metió en su bolsillo.

—Vamos —dijo—. Voy a mostrarte dónde estabas tú cuando viste el accidente.

capítulo tres

BEDFORD me llevó por la calle Main. Luego prosiguió hasta que llegamos a la cuadra situada entre la Séptima y la Octava, y dijo:

—El accidente ocurrió en el próximo cruce.

Me detuve un momento a ver el lugar.

—No, no —me advirtió Bedford—; no pierdas el paso. Sigue caminando, Lam. Vamos hasta la esquina. Luego daremos vuelta a la derecha y cruzaremos la bocacalle. Después caminaremos hacia la izquierda, y seguiremos hacia la calle Sexta. Nos detendremos a ver algo en un escaparate, y luego regresaremos a la esquina de la Séptima y Main. Daremos vuelta a la derecha, luego a la izquierda, y caminaremos calle abajo, hasta llegar al hotel Perkins. Así podrás verlo todo.

»Ahora, recuerda: había dos o tres autos adelante del deportivo. No puedes recordar exactamente cuántos, pero sabes que el que fue alcanzado no era el que estaba hasta adelante.

»Habías visto el que conducía Holgate. Aunque, por supuesto, no sabías entonces quién era; pero, evidentemente, estaba nervioso. Viró hacia su izquierda para adelantarse a la fila de autos. Iba a hacerlo, cuando algo lo hizo cambiar de opinión. Seguramente vio que no podría lograrlo (tú no sabes exactamente por qué), así que Holgate viró nuevamente hacia la derecha, para meterse a la fila que iba junto a la acera, Pero iba demasiado aprisa. El semáforo cambió al rojo, la fila de autos se detuvo, y… luego…

—Según recuerdo —interrumpí—, la luz primero debió cambiar a amarillo. El auto que estaba adelante podía haber pasado antes de que apareciera la luz roja, pero el conductor prefirió pisar el freno.

Bedford puso una mano sobre mi hombro y me dio algunas palmaditas de aprobación, como un entrenador suele dárselas a un perro listo.

—Donald —dijo—. ¡Eres estupendo! ¡Eres un fenómeno! Ahora, sigue diciéndome lo que sucedió después.

—Bueno —agregué—, todos tuvieron que frenar rápidamente; pero aquel *Buick*, que era conducido por un hombre (creo que su apellido es Holgate), no se detuvo. Siguió y siguió, hasta que llegó a unos cuantos metros del auto que iba adelante. Al parecer, hasta ese momento se dio cuenta de que los autos que iban adelante se habían detenido. Pisó el freno tan rápidamente que oí el chirriar de los neumáticos durante un décimo de segundo; luego se oyó el ruido del golpe.

—¿Y qué sucedió después?

—Los otros automóviles siguieron su camino, y pasaron el cruce; pero estos dos se quedaron y la chica del auto deportivo se bajó y comenzó a sobarse el cuello. Parecía un poco aturdida, porque primero fue al frente de su auto y después regresó. Se encontró con Holgate, discutieron un minuto e intercambiaron nombres y domicilios mirando sus respectivos permisos para conducir. Luego, la chica subió a su auto y se fue.

»Holgate vio el frente de su auto, que tiraba agua. Hizo un ademán de disgusto, subió al *Buick* y pareció un poco sorprendido de que el motor funcionara. Después, también él se fue.

»Todo sucedió en un minuto, creo. No más de lo que tarde un semáforo en cambiar sus luces una, tal vez dos veces.

Llegamos a la bocacalle y esperamos la luz verde.

—Eso está muy bien —dijo Dudley—. Ahora bien, si los autos que chocaron ocupaban el tercero y cuarto lugares contando desde la esquina, el deportivo estaba…

—… frente a la entrada del teatro —dije—. Así lo recuerdo. Por lo menos…

—¿Y el otro auto?

—Bueno, el otro auto lógicamente debió de estar detrás lo que mide un auto a lo largo.

—¿Oíste el ruido del golpe?

—Oí el ruido, pero había muchos otros en la calle; el golpe debió de ser bastante suave, porque apenas destacó entre los demás ruidos. Tal vez porque no fue un choque de frente, sino que un auto chocó contra la parte posterior de otro.

—¿Atrajo mucha atención?

—Unas cuantas personas miraron, pero siguieron después su camino.

—¿Tú qué hiciste?

—Bueno, pues yo me detuve hasta que vi que el hombre se disponía a irse en su automóvil.

—¿Por qué?

—¿Por qué se fue?

—No. ¿Por qué te detuviste?

—No lo sé, fue sólo una cuestión de curiosidad natural, supongo. Y la chica, además, era muy atractiva. Me preguntaba si estaría bien, porque al momento del golpe vi que la cabeza se le fue hacia atrás. No tenía el cuello en tensión; su cabeza se fue hacia atrás fácilmente.

Cruzamos la calle hacia el lado derecho. Dudley Bedford me dijo:

—¡Diantre, Lam! No tienes por qué cruzar la calle junto conmigo. Regresa por este lado de la calle y detente al llegar al teatro. Veremos qué es lo que están representando en este momento.

Regresamos por el otro lado de la calle Main. Nos detuvimos frente a la entrada del teatro, vimos el anuncio, y Bedford me dijo quedamente:

—¿Tienes ya bien fija en la cabeza la escena exacta del accidente?

—Claro —le contesté—, lo vi todo. Fue en la tarde del trece de agosto, como a las tres y media.

Nuevamente me dio varias palmadas en la espalda.

—Donald —me dijo—. ¡Eres todo un tipo! Muy bien, iremos por aquí hasta el hotel Perkins; está como a una cuadra y media. Es de lo mejor que hay aquí… Te van a llamar antes de una hora, así que no dejes de estar atento.

—¿Y después de eso? —le pregunté.

—Después que recibas la llamada —dijo—, querrás hablar personalmente con ese hombre.

—¿Quién me va a llamar? ¿Alguien de una compañía de seguros? —pregunté inocentemente—. ¿O un abogado, o…?

—No —dijo Bedford—, más vale que lo sepas desde ahora. Él hombre que te va a llamar, es Carter J. Holgate. Es gerente de una

compañía fraccionadora de terrenos, y tiene un socio que se llama Chris Maxton.

—¡Ah! —dije—, he visto mucho su nombre. Es…

—Correcto —dijo Bedford—. Ahí va uno de sus camiones. Transportan su propia madera; la compran por toneladas.

Me quedé mirando el gran camión que tenía pintados los nombres

HOLGATE
Y
MAXTON

, el cual pasaba frente a nosotros.

—¿Están haciendo algo cerca de aquí?

—Por ahora están fraccionando unos terrenos a tres millas de Colinda —me informó. Después me condujo calle abajo, asiéndome por el codo.

—No queremos que nos vean vagabundeando por aquí, Donald —explicó.

Yo caminé a su lado, dando un paso y medio por cada uno de los que él daba.

—Lamento mucho haberte dado un puñetazo en la cara —me dijo—; es que me ofusqué.

—Olvídelo.

—Espero no haberte pegado demasiado fuerte.

—No fue *demasiado* fuerte —aclaré—. Creo que estuve inconsciente unos quince minutos.

—¡Diablos! No fue más de un minuto y medio; si acaso dos —dijo Bedford—. Pero lo siento verdaderamente.

—Está bien.

—Ya encontraré la manera de darte una satisfacción.

—Olvídelo.

—Ahora, te hablaré acerca de Doris. Perdí los estribos, lo reconozco; pero no quiere decir que quiera rodearla con una cerca. Quiero que tú y Doris sean amigos. Tú te sientes solo y… Bueno, tú puedes seguir adelante, tan pronto como termines con esta tarea. Ve a Doris todo el tiempo que quieras. Es probable que yo esté ausente durante varios días.

—¿Cuánto tiempo voy a estar en el hotel Perkins?

—Allí te quedarás hasta que Holgate te llame.

—¿Y luego, qué?

—Luego ve a verlo. Habla con él. Dile lo del accidente.

—¿Es él quien ofrece la recompensa para el testigo?

—Mira, Donald, estás haciendo demasiadas preguntas, y se supone que no debes hacerlas. Se supone que tú únicamente vas a narrar los hechos.

—Está bien.

—Entonces, puedes quedarte en el hotel esta noche y todo el día de mañana. Bien, ¿por qué no vas a ver a Doris? Tú le gustas, y ella es muy buena chica. Ella te dirá lo que quiero que hagas después de esto. Quiero que te mantengas en contacto conmigo. Por supuesto que no estoy cargado de plata, pero ya veremos si podemos conseguirte otro trabajo.

—Me caerá de perlas —le dije.

Avanzamos por la calle, hasta llegar al hotel Perkins.

Bedford me dio cien dólares.

—Muy bien, Lam —dijo—. Desde este momento, todo depende de ti. Este dinero es para tus gastos. Recibirás otros cien cuando termines. Me caes bien.

Me dio otra palmada en la espalda, y se alejó.

El empleado del hotel me recorrió de arriba abajo, calculadoramente. Yo le dije:

—Buenas tardes. Me llamo Lam. Vine a un asunto de negocios, y voy a tardarme más de lo que había supuesto. La verdad es que no podré ver a la persona que busco hasta más adelante. Quiero un buen cuarto con baño. Y quiero estar seguro de que me pasarán todas las llamadas que me hagan. No traigo equipaje.

Saqué algunos billetes del bolsillo.

—Está muy bien, señor Lam —dijo, después de meditar un momento—. Sólo tiene que firmar el registro; aquí, por favor.

Teníamos un afiliado en San Francisco, con el que intercambiábamos favores, así que escribí mi nombre y la dirección de su agencia. Me mostraron el cuarto, di la propina al botones, me quité los zapatos, me extendí en la cama y traté de descansar. Antes de una hora, sonó el teléfono. Contesté. Una voz varonil me dijo:

—¿El señor Lam?

—Sí, señor.

—Habla Carter Holgate, de «Holgate y Maxton».

—¡Ah, sí, señor Holgate!

—Tengo entendido que usted vio un accidente ocurrido en la esquina de las calles Séptima y Main, la tarde del trece de agosto.

—Vaya, pues es verdad, señor Holgate. Pero no sé cómo se enteró de ello.

—Me gustaría hablar con usted.

—Bueno, pues estaré aquí…

—Mire, señor Lam, no puedo ir personalmente, pero enviaré un auto por usted. Venga a platicar conmigo sólo unos minutos, y luego lo volveré a llevar a su hotel. ¿Qué le parece?

—Me parece bien.

—¡Magnífico! Un auto estará allá en veinte minutos, tal vez en quince.

—Lo esperaré en el vestíbulo —le contestó—. ¿Puede describir al hombre que vendrá en el auto?

—No será un hombre, sino una mujer: mi secretaria —aclaró Holgate—. Se llama Lorraine Robbins. Es una pelirroja de alrededor de… Bueno, será mejor que no diga nada acerca de su edad, porque está sentada enfrente de mí.

Miré mi reloj de pulsera, y le dije:

—Exactamente en quince minutos estaré en la puerta del hotel; la que da a la calle Main. Permaneceré allí hasta que llegue.

—Está muy bien —dijo—. Recuerde el nombre de mi secretaria: Lorraine Robbins.

—Lo recordaré.

Me refresqué la cara. Después de diez minutos, bajé en el ascensor hasta el vestíbulo, saludé al empleado, salí y caminé rápidamente por la acera. Luego, cuando supuse que el empleado se habría convencido de que yo tenía mucha prisa de llegar a algún sitio, regresé con paso lento hasta la entrada del hotel, me quedé a un lado de la puerta giratoria, para que no me viera.

La secretaria de Holgate llegó en menos de dos minutos. Conducía un gran Cadillac, lustroso, el que guiaba como si fuera un cochecito para bebés.

Se acercó a la acera haciendo girar el volante con un hábil movimiento de la muñeca. Aplicó los frenos hasta que el auto se detuvo, se deslizó sobre el asiento y abrió la portezuela. Iba a bajarse, pero se quedó inmóvil al verme. Sus pies habían alcanzado el asfalto.

Era todo un bocado.

Sentada en la orilla del asiento, lista para bajarse, con la falda bastante subida y un gesto perspicaz en el rostro, me miró a los ojos y sonrió. Al verme cruzar la acera volvió a su lugar.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Qué exhibición! Estas faldas modernas no saben comportarse en los autos bajos… Ahora, espere un minuto. Será mejor que primero aclaremos las cosas. ¿Es usted Donald Lam?

—Soy Donald Lam.

—Yo soy Lorraine Robbins. Si está listo, nos iremos.

—Estoy listo —dije. Subí y cerré la portezuela.

Echó una rápida ojeada al espejo, hizo una seña para dar vuelta a la izquierda, miró nuevamente para asegurarse de que podía arrancar, y salió disparada hacia la izquierda tomando lugar entre los otros autos.

Avanzó lentamente y pasó el crucero de la calle Séptima.

—¿Vive aquí? —me preguntó.

—No siempre —le dije—. Voy y vengo.

—¿Así es que usted vio el accidente?

—Así es.

—El señor Holgate va a querer que yo tome en taquigrafía lo que usted vio.

—¿Ahora?

—¡Cielos, no! Ahora voy conduciendo. Más adelante, cuando usted hable con él.

—Por mí, está bien.

—¿Usted qué hace, señor Lam?

—Casi de todo.

Ella rió de buena gana, y agregó:

—No quise decir eso. Quise decir en qué trabaja.

—De momento estoy desocupado.

—¡Ah!

Movió la palanca de las luces direccionales, se deslizó hacia la derecha por la calle Primera, y luego aceleró. Conducía el automóvil a altas velocidades, y parecía que nunca hacía uso de los frenos. Escogía huecos imaginarios entre los demás autos, y para cuando ella se aproximaba, ahí estaba el hueco real. Se metía en él con sólo oprimir el acelerador.

Era todo un espectáculo detrás del volante.

—¿Es usted la secretaria del señor Holgate?

—De él y del señor Maxton. Es una sociedad; bienes raíces y fraccionamientos.

—¿Mucha correspondencia?

—Correspondencia —me contestó—, llamadas telefónicas, contratos, opciones, recibos, cálculos de intereses, sistemas que sean funcionales para los pagos a plazos, mandados, y una promoción directa de ventas de vez en cuando.

—¿De qué tamaño es el fraccionamiento de aquí?

—Es un gran proyecto. De momento les está absorbiendo todo el tiempo. Pero así es como funciona esta clase de negocios. Un día trabaja una a toda máquina hasta donde se aguante, y al siguiente aumenta la intensidad del ritmo en un cincuenta por ciento. Al otro se trabaja lo doble. Y me gusta.

—Parece que usted es buena para eso.

Me miró durante un momento, y contestó:

—Trato de ser buena para todo lo que hago. Yo creo que una mujer se debe a sí misma… y a sus patrones. Vivimos en un mundo de competencia. Si va a hacer algo, hágalo de modo que resulte sobresaliente. Ése es mi lema.

—Es una buena filosofía.

—Gracias —contestó—. A mí me gusta.

Hizo girar el volante hacia la izquierda, luego hacia la derecha, y entramos a un camino que describía un semicírculo. Se detuvo frente al edificio de la compañía fraccionadora.

—Hemos llegado —me dijo.

Un gran cartel decía:

HOLGATE Y
MAXTON
,
FRACCIONADORES

Y abajo, en letras rojas subrayadas con una línea negra:

LOMAS DE
BREEZEMORE

Bajé del auto, y me quedé inmóvil en la acera durante un momento, mirando aparentemente los alrededores y aprobando con la cabeza. Pero la verdad es que trataba yo de ver si no nos había seguido alguien.

No vi a nadie.

En el estacionamiento había media docena de autos, y en dos lugares había vendedores que mostraban los planos del fraccionamiento a varios compradores en potencia. A unos sesenta metros de distancia, reunidos frente a los caminos semicirculares que había en la ladera de la colina, algunas personas visitaban los terrenos.

La oficina de bienes raíces estaba hecha con estructuras prefabricadas, que terminaban en altos picos. Evidentemente, habían sido llevadas por separado, en camiones, para luego ser unidas entre sí.

Lorraine Robbins se bajó del auto por el lado izquierdo, se acercó a mí, y dijo:

—¿Qué le parece?

—Muy bien —dije.

—Será la zona residencial suburbana más hermosa del país —dijo—. Es una lástima que no la hayan fraccionado antes; hay una gran demanda. Aunque no lo crea, el antiguo propietario, que era un esclavo de la rutina, mantuvo aquí una granja lechera durante cincuenta años.

—¿Quiere decir que nadie le propuso nunca…?

—Sí. Se lo propusieron —me contestó—; pero nunca quiso escucharlos. Tenía este lugar destinado para una granja lechera y, a como diera lugar, iba a seguir siendo una granja lechera. Cada vez contestaba: «¡Con mil demonios! ¿Pues qué creen que soy yo?».

La voz de Lorraine cambió de tono al tiempo en que, con una mímica perfecta, representaba los gestos de un viejo obstinado.

—Así fue hasta que murió. Y cuando los herederos se enteraron del valor de la propiedad, debido al elevado impuesto que tuvieron que pagar, vinieron corriendo a hablar con «Holgate y Maxton» para que la vendieran. La verdad es que se pusieron en contacto con tres diferentes compañías fraccionadoras. Pero nosotros hicimos la mejor oferta… ¿Quiere entrar?

—Es tan hermoso aquí afuera que…

—El señor Holgate lo espera. Ha suspendido sus citas para hablar con usted.

Yo sonreí, y le dije:

—Vamos.

Me condujo a una antesala donde los muros estaban cubiertos de fotografías y mapas. Había media docena de escritorios, y en tres de ellos había empleados que evidentemente estaban cerrando alguna operación, haciendo facturas y recibiendo cheques.

A derecha e izquierda estaban las puertas de las oficinas. En la primera podía leerse:

CHRISTOPHER R.
MAXTON
.

Y en la segunda:

CARTER J.
HOLGATE
.

En la parte de atrás de la antesala había tres escritorios con máquinas de escribir, teléfonos, y pequeños archiveros. Una morena muy guapa estaba trabajando en uno de ellos.

—Es mi asistente —dijo Lorraine por encima del hombro al volverse para entrar en la oficina del señor Holgate.

La asistente levantó su mirada de ojos obscuros, grandes y románticos. Luego, sus labios rojos se abrieron en una sonrisa que dejó ver sus dientes de perla.

Se incorporó y vino hacia nosotros.

Tenía las piernas largas. Era graciosa, y estaba muy bien proporcionada. Hubiera podido ganar, sin mayores dificultades, el primer premio en un concurso de belleza.

—¿Es éste…?

Lorraine la interrumpió.

—Viene a ver al señor Holgate —dijo—. Vamos a entrar.

Abrió la puerta sin anunciarse y dejó allí a la morena, de pie, mirándome y sonriendo con los labios, pero no con los ojos.

La oficina de Holgate era un cuarto grande en el que había una mesa llena de casitas construidas a escala, colocadas sobre terrenos imaginarios representados en una hondonada de cartón pintado de verde y atravesado por pequeñas carreteras, donde decenas de arbolillos crecían por aquí y por allá. Las casitas estaban sobre los terrenos planos, y podían ser movidas de un terreno a otro. Sus techos, de tejas rojas, brillaban bajo la luz artificial que desde lo alto lanzaba un potente reflector.

El escritorio de Holgate era enorme y estaba adornado con varias chucherías y unos cuantos papeles de oficina sueltos.

Holgate, que casi llegaba a los cincuenta años, era un individuo alto, de ojos grises, sonriente y sagaz. Arrastraba ligeramente las palabras, y tenía la afabilidad de un vendedor próspero.

Se levantó para saludarme.

En aquella posición, parecía un texano. Llevaba un pantalón claro y de piernas angostas, y unas botas vaqueras. Debía de medir bastante más de uno ochenta, y tenía el tipo de cara que sonríe fácilmente, con el menor pretexto.

—¿Cómo está usted, señor Lam? Fue muy amable de su parte al venir hasta acá. Por favor, siéntese ahí.

Tenía un bigote gris, bien recortado, que afirmaba su boca.

Nos dimos la mano, y yo le dije que me agradaba conocerlo; que tenía un fraccionamiento muy atractivo, y que me parecía que iba por el camino del éxito.

—Claro que sí, claro que sí —dijo Holgate—. Tenemos los mejores terrenos para residencias que hay en esta parte del país; pero tenemos algo más que eso, Lam. Tenemos aquí una oportunidad para que la gente gane dinero.

»Empezamos bien con este fraccionamiento, y lo estamos vendiendo bien. Estamos dividiendo las ganancias potenciales con nuestros clientes.

»No me importa decirle que trabajo rápidamente. Llego a un lugar, hago negocio, y me voy. No me gustan los fraccionamientos que se alargan y se alargan, y en los que a veces pasan una o dos semanas antes de que se haga una venta, o a veces hasta un mes; eso no es para mí. Yo compro las propiedades a buen precio, y luego divido las ganancias con los clientes, de manera que en poco tiempo vendo casi todo el fraccionamiento. Luego hago un trato con

alguna financiera para que se quede con los terrenos restantes, y sigo con otra cosa.

»De esa manera, es cierto, tengo un margen bajo de ganancia; pero gano tiempo. Yo… ¡Diablos, Lam! Parece que estoy tratando de venderle un terreno. No lo crea; aunque si usted quisiera invertir algún dinero en una de estas propiedades, sería el método más limpio y rápido de doblar, triplicar, o cuadruplicar su capital. Es el mejor de entre todos los que conozco.

»Vaya, aquí me tiene otra vez, hablándole con gran entusiasmo del negocio de bienes raíces. Quería hablar con usted acerca del accidente…

—¡Ah, sí!

—¿Quisiera usted contarme con exactitud lo que vio, Lam? —me pidió.

Yo empecé:

—Bueno, pues eran aproximadamente las tres y media de la tarde del trece de agosto…

Holgate le hizo una seña con la cabeza a Lorraine Robbins. Ella se sentó en una silla, sacó una libreta de taquigrafía, y su pluma pareció volar sobre la primera hoja.

—Si no le molesta —dijo Holgate—, le pediré a mi secretaria que tome algunas notas, de modo que todo salga bien. Suceden tantas cosas por aquí, que yo trato de tomar nota de todo; de no ser así, se me olvidarán… Creo que mi memoria no es tan buena como antes. ¿Y la suya, qué tal es?

—Parece que funciona bastante bien —contesté.

—Bueno, usted es joven —dijo—. Así es como debe ser. Veamos ahora. ¿Dónde estábamos?

—A las tres y media de la tarde del trece de agosto —le informó Lorraine.

—¡Ah, sí! ¿Quisiera proseguir, señor Lam?

Yo proseguí:

—Caminaba por la acera oeste de la calle Main, hacia la esquina de la Séptima. Noté una fila de autos que avanzaban en igual dirección. Eran unos cuatro o cinco. Bueno, digamos que cuatro.

»Bien, yo estaba pendiente de esa esquina porque pensaba cruzar al lado este de la calle Main. Quería aprovechar la luz roja del semáforo, de modo que estaba observándolo.

»La luz cambió del verde al amarillo. El auto que estaba más cerca de la bocacalle podía haber alcanzado a pasar, pero el conductor aplicó los frenos de repente. El auto que iba atrás estuvo a punto de pegarle. En el siguiente iba una joven muy atractiva… Pero, espere un momento, creo que era el que le seguía a ése. Puede ser que hubiera tres autos entre el de ella y la esquina; pero ahora recuerdo sólo a dos.

Cerré los ojos como tratando de visualizar la escena.

—Sí, sí, prosiga —dijo Holgate.

—Ese auto era liviano. No sé si era o no de marca extranjera. Era un auto deportivo, y llevaba el toldo bajado. Me acuerdo de eso, porque pude ver a la chica cuando le pegaron. Quiero decir, cuando le pegaron a su auto. Pude ver cuando se le fue el cuello hacia atrás. Quiero decir, cuando se le fue la cabeza hacia atrás.

—Sí, sí, prosiga —repitió Holgate.

—El que iba atrás era un auto grande —proseguí— esto es, no de los más grandes, pero sí de buen tamaño; un *Buick*, según recuerdo. Era grande y… Bueno, el hombre que lo conducía no reaccionó a tiempo. Venía del carril de la izquierda; evidentemente, estaba tratando de adelantarse a los otros autos, lo vi por primera vez, iba a tomar la fila de la derecha, y…

—Sí, sí, sí —dijo Holgate—. Ahora, dígame. ¿Vio a ese hombre bien, como para reconocerlo? Moví negativamente la cabeza.

—En aquel momento, no.

Frunció ligeramente el ceño.

—Pero poco después del accidente —le dije—, lo vi bajar de su auto.

—¿Y entonces sí lo reconoció?

—No, porque no lo conocía; pero ahora sí lo reconozco: es usted.

Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

—¿Y de quién diría usted que fue la culpa?

—¡Caray! No cabe la menor duda de quién tuvo la culpa —contesté—. Siento mucho decirle esto, señor Holgate, y siento más ser un testigo en su contra; pero usted tuvo la culpa en todo sentido. Usted se estrelló contra la parte posterior del automóvil. Quiero decir, yo vi que usted chocó. Empezó a aplicar fuertemente los frenos, como a metro o metro y medio de distancia, antes de dar contra el auto deportivo. Eso hizo que el golpe no fuera tan fuerte.

Por cierto que me sorprendió el poco ruido que hizo. Sin embargo, su *Buick* golpeó al auto pequeño con fuerza suficiente para que… Bueno, vi cómo la cabeza de la chica se fue violentamente hacia atrás.

—Sí, sí. ¿Y qué sucedió luego?

—Ella se bajó de su auto y usted del suyo. Se mostraron sus respectivos permisos para conducir y tomaron notas.

—¿Cómo actuaba la chica al bajarse del auto?

—Como atontada —dije—. Se llevaba constantemente la mano derecha a la nuca, y cuando usted le mostró su permiso para conducir, al tomar nota del nombre, lo siguió haciendo con la mano izquierda.

—¿Y luego qué?

—Luego se subió al auto y se fue.

—¿Sabe el lugar exacto dónde ocurrió el accidente?

—Claro. Fue en la calle Main, justo antes de llegar al cruce con la calle Séptima. Más o menos frente a la entrada del teatro que queda allí.

Holgate dijo:

—Lam, le voy a pedir un favor.

—¿Cuál? —le pregunté.

—Quiero un testimonio firmado por usted.

—Bueno, ¿por qué no?

Sonrió alegremente hacia su secretaria, y le dijo:

—Escríbalo, Lorraine. Use sus palabras exactas; hágalo *verbatim*.

Ella asintió con un movimiento de cabeza, se levantó y cruzó la oficina.

Cuando desapareció, yo le dije a Holgate:

—He ahí una joven notable.

—Es una de las secretarias más eficientes que he tenido —comentó—. Para mí, es indispensable la eficiencia.

—También ha de ser una de las más hermosas —agregué—. Y su asistente, por su parte, no es ningún adefesio, que digamos…

Holgate sonrió.

—Decorando el escaparate, Lam. Tengo que tenerlas hermosas. ¿Compró usted alguna vez un terreno en un fraccionamiento?

—No, que yo me acuerde.

—Bueno, siempre hay una primera vez, Donald. Le conviene

comprar uno en este fraccionamiento, y ganar dinero de veras.

«Usted comprenderá que yo no puedo darle dinero a cambio de su testimonio; eso lo haría carecer de valor. Pero podría proporcionarle información exclusiva sobre uno de los terrenos y… ¡Cómo hablo! No puedo contenerme, siempre termino promoviendo alguna venta. ¿De qué hablaba, Donald?».

—De secretarias.

—¡Ah, sí! —dijo—. ¿Sabe? Debería, ver a la otra; es una rubia muy hermosa.

—¿Tiene usted tres?

—Lorraine tiene dos asistentes. La rubia descansó hoy… Pero lo que yo iba a decir, Donald, es que si alguna vez le compró usted un terreno a un vendedor, y después entró en las oficinas a que las secretarias redactaran los papeles y se encontró allí con una vieja gruñona, de bigote y con cara de pocos amigos, pronto habrá perdido toda la disposición que tenía para comprar.

»Nosotros tenemos un sistema muy dinámico. Desde el momento en que el cliente entra por primera vez al fraccionamiento, tratamos de hacer que se sienta importante; tratamos de ponerlo en el estado de ánimo adecuado… Tomemos, por ejemplo, la manera en que las chicas se bajan del auto.

»No sé si haya visto alguna de esas películas en las que les muestran a las jóvenes cómo deben bajarse de un auto; una manera refinada, decente, como debe hacerlo una verdadera dama… ¡Al demonio con eso! Si se está tratando con una mujer, por supuesto que la situación es muy diferente.

—¿Y cuando es una pareja? —pregunté.

—Cuando es una pareja, el vendedor tiene que usar su propio juicio; averiguar quién lleva los pantalones en la familia. Entrever quién va a firmar las escrituras.

»Pero cuando los clientes ven a una chica bajándose de un auto… Si parece accidental; si sólo los deja ver un poquito…, usted sabe como un relámpago… ¡Vamos!, sólo la mitad de lo que logran ver cuando una chica está en traje de baño… ¡Caray! Eso hace que un hombre se sienta picarón. Cree que vio algo.

»Ahora, veamos cómo se comportan, por su parte, las mujeres. Dese cuenta de la psicología de la situación: si cuando llevan medias y falda de calle usted les mira las piernas más allá de donde

terminan las medias, se sienten ofendidas. Y por lo que se refiere a los calzones… ¡Cielos! ¡Ése es terreno sagrado! Pero si la falda es de las que usan, digamos, para hacer deporte, y los calzones son de la misma tela de la falda, ¿qué sucede entonces? Actúan como si quitarse la falda y exhibirse en calzones fuera de lo más natural, sólo porque los calzones son de la misma tela. Yo no lo entiendo. Es una especie de psicología femenina que… ¡Qué diablos!, yo la uso, Donald; yo uso todo. Aplico toda clase de psicología en el negocio de las ventas. Bueno, aquí está ya.

Dejó de hablar cuando se abrió la puerta. Lorraine Robbins entró con varias hojas de papel en las manos. Me entregó dos a mí, y la restante a Holgate.

La escritura era perfecta, limpia, pareja y regular, y estaba hecha con una máquina eléctrica moderna. Una imprenta no podría haberla hecho mejor. No había nada borrado, ni habían tachado nada. No tenía la menor irregularidad.

El escrito era una transcripción *verbatim* de lo que yo había dicho.

—¿Quisiera firmarla? —preguntó Holgate.

—Por supuesto.

Me extendió una pluma fuente. Firmé encima de la línea de puntos.

—¿Quiere jurarlo? Sólo para que sea oficial.

—Con mucho gusto.

Miró a Lorraine Robbins. Ella dijo:

—Levante la mano derecha, señor Lam.

La levanté.

—¿Jura usted solemnemente que las declaraciones que contiene este testimonio que usted acaba de firmar son verdaderas? Estamos ante la presencia de Dios.

—Lo juro.

Llevaba un sello notarial escondido en la mano izquierda; uno de esos artefactos niquelados que un notario público puede guardarse en el bolsillo cuando va a salir.

Tomó el documento, y en el lugar donde estaba escrito «Suscrito y juramentado frente a mí, hoy, cinco de octubre», ella firmó como notario público, imprimió el sello y le dio el papel a su jefe.

Holgate lo miró, afirmó con la cabeza, se puso de pie, y me dio

la mano haciéndome ver que la entrevista había llegado a su fin.

—Gracias; muchas gracias, Lam. Es maravilloso encontrar ciudadanos que se presenten voluntariamente a declarar sobre algún accidente que han presenciado.

«Ahora, Lorraine lo llevará de regreso a su hotel…, a menos que quiera echar una ojeada a algunos de nuestros terrenos. A ella le encantaría mostrárselos y…».

—Será en otra ocasión —le dije—. Yo… Bueno, no estoy en una situación en la que me interese hacer inversiones. No tengo capital.

Chasqueó la lengua y se esforzó por demostrarme que comprendía mi respuesta.

—¡Qué pena! ¡Qué pena! —exclamó.

—Así son las cosas. Ni hablar. ¡Cuántas veces, teniendo la oportunidad de hacer un buen negocio, no puede uno conseguir la cantidad necesaria para realizarlo! Nosotros tomaríamos un pequeño enganche, Lam, y…

Sacudí la cabeza.

—Bien, bien. No voy a insistir. Pero me siento tan obligado para con usted, que no puedo menos que ponerlo al encuentro de una ganancia segura; usted comprende, algo que yo puedo hacer legalmente… Lorraine, llévelo a su hotel… Pero, espere un momento, Donald. Creo que su domicilio no aparece en el testimonio…

—Está en el registro del hotel —le dije.

—Bueno, será mejor que me lo dé para que pueda anotarlo en este testimonio. ¿Dónde puedo localizarlo?

Dicté el domicilio de San Francisco.

Dio un rodeo a su enorme escritorio, puso una de sus manazas sobre mi hombro izquierdo, y con la otra tomó mi mano derecha y la sacudió.

—Gracias, Donald. Muchísimas gracias. Si necesita algo relacionado con bienes raíces, comuníquese con nosotros. Le diré lo que voy a hacer. No le voy a decir qué terreno es, porque no sería justo; pero voy a tomar uno de los mejores, y lo voy a conservar, de modo que si usted quiere pegarle al gordo en el término de…, digamos los próximos treinta días, nada más tiene que avisarme…

—Espere, no sea que haya un malentendido, señor Holgate —le dije—. Aquel accidente fue culpa suya.

—Ya lo sé; yo soy el responsable —dijo—. Yo tuve la culpa, y mi único deseo es que esa pobre chica no resulte con una lesión grave.

—Yo también —le contesté—. Es una chica muy guapa.

—Usted se percata muy bien de esa clase de detalles, ¿verdad, Donald?

Yo miré a Lorraine, y dije:

—Sí; muy bien.

Él rió, y dijo:

—Llévelo al hotel, Lorraine.

Ella sonrió hacia mí.

—¿Está listo, señor Lam?

—Listo.

Salimos a donde estaba su auto. Me dirigí al lado izquierdo para abrirle la portezuela, pero ella abrió la otra, se subió de un salto, y se deslizó hasta quedar frente al volante.

Di un rodeo, subí, cerré la portezuela, y ella presionó su lindo dedo del pie derecho contra el acelerador. Salimos por el camino semicircular.

—¿Qué le pareció el señor Holgate?

—Muy simpático.

—Es un hombre maravilloso. Un gran hombre; ideal para trabajar con él.

—¿Y qué tal es el señor Maxton?

El medio segundo que tardó en contestar pudo deberse a que se acercaba a un crucero peligroso; pero también a alguna otra cosa.

—Es bueno.

—El suyo debe ser un trabajo muy agradable.

—Lo es —me contestó—; es la vida. La inactividad es la muerte. La rutina puede matar. Yo quiero variedad. Quiero que surjan nuevas circunstancias cada día y a cada minuto; circunstancias donde yo pueda demostrar mi personalidad, mi propia iniciativa y los sesos que me dio Dios.

—Yo creo que es un buen trabajo para usted.

—Gracias, Donald. ¿Le han dicho alguna vez que es usted muy agradable?

—Holgate me lo dijo, pero creo que lo hizo porque quería venderme un terreno —le contesté.

Ella soltó una carcajada.

—¡Donald, usted dice las cosas más ocurrentes! ¿Cuánto tiempo se va a quedar aquí?

—No lo sé.

—¿Conoce a alguien?

—A unas cuantas personas.

—¿Hombres o mujeres?

—De los dos.

—Bueno, no vaya a ser que se sienta solo.

—No lo creo.

—Estoy segura de que no —me dijo mirándome—; pero, en caso de que así sea…, puede comunicarse conmigo. Mi número está en la guía telefónica.

—¿Trataría de venderme algo?

Ella volvió a reír, y me contestó:

—Probablemente.

Se quedó callada durante dos o tres minutos, y luego, al aproximarse a la entrada del hotel, sonrió y me dijo:

—Por otra parte, Donald, podría hasta llegar a *obsequiarle* algo.

Me tendió la mano con un gesto rápido e impulsivo, me lanzó una nueva sonrisa, y luego se volvió hacia adelante esperando que yo cerrara la portezuela.

La cerré, ella echó una rápida mirada al espejo lateral, y se perdió entre los demás autos que transitaban por la calle.

capítulo cuatro

EL empleado del hotel me informó que no había recados para mí. Le dije que iba a conocer el lugar, y caminé unas cuadras hasta llegar a un sitio de taxis.

Ordené que me llevaran al supermercado, y allí subí al auto que había dejado en el estacionamiento. Regresé al hotel, y me quedé por los alrededores hasta que anocheció.

Nadie parecía notar mi presencia. El tipo alto no apareció. A nadie le importaba si yo iba o venía. No había recados.

Poco antes de que anocheciera, llamé al apartamiento de Doris Ashley.

Nadie contestó.

Fui a una nueva cabina telefónica, y marqué el número de Elsie Brand.

—Hola, Elsie —la saludé—. ¿Cómo te va?

—¡Donald!

—¿Qué te pasa, nena?

—Un hombre te ha estado telefoneando, y me dio la impresión… Bueno, parece ser peligroso.

—Es muy fácil dar esa impresión —le dije tratando de tranquilizarla—. ¿Qué quiere?

—Es acerca de un accidente que tú viste, y parece muy…, bueno, muy molesto por lo que sucede.

—¿Conque es eso? ¿Cada cuánto ha estado llamando? —le pregunté.

—Ha llamado tres veces en la última, media hora. ¡Cielos! Yo ya no sé qué decirle. Le dije que me extrañaba que supiera el número de mi apartamiento, y que mi hermano estaba de visita; que lo esperaba de un momento a otro.

—Llegaré pronto. Tranquilízate.

—Donald, ¿es que esto es…, bueno, peligroso?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Estoy asustada.

—No tienes por qué estarlo. Llegaré pronto.

—¿En cuánto tiempo?

—Antes de una hora.

—¡Oh, Donald!, yo… ¿Tendrás cuidado? ¿De veras?

—¡Qué extraño! Generalmente me dices que me porte bien. Ahora me dices que tenga cuidado.

Su risa era nerviosa.

—¿Quieres que te prepare de cenar?

—Es una idea muy buena —le dije—. Eso dará a tu apartamiento un ambiente hogareño.

—¿Qué quieres?

—Champaña y filete miñón.

—¡Oye! ¡Yo sólo soy una empleada!

—Entrará en la cuenta de los gastos.

—Entonces tendrás champaña y filete miñón. ¿Lo quieres grueso?

—Grueso.

—¿Casi crudo?

—Casi crudo.

—¿Patatas?

—Asadas. Pero no te metas en líos. No trates de preparar una ensalada o un postre. Sólo vamos a comer carne con patatas asadas, y a beber champaña. Tal vez convenga también una lata de guisantes verdes. Yo coceré los filetes cuando llegue. Cuando este tipo vuelva a llamar, trata de sacarle su nombre. Dile que me entretuvieron, pero que llamé y te dije que iba para allá en una hora. Dile también que a esa hora cenaremos. Dile que vaya como dentro de una hora y media, empezando a contar desde este momento, y que entonces hablaré con él.

—Haz lo que tengas que hacer de manera que estés aquí antes de que él llegue, Donald.

—Llegaré. Compra la carne y el champaña, y no pierdas las notas para tener algo que enseñarle a Bertha.

—Ella —anunció— va a sufrir un ataque.

—Le hará bien. Tranquilízate, que ahora mismo voy para allá.

Colgué el auricular, me tocó mejor tránsito del que esperaba, y a los cuarenta y cinco minutos ya había llegado.

Elsie tenía el champaña en el hielo, y la carne lista para ser llevada al asador. Había papas en el horno encendido, y una lata de guisantes verdes. También había una gran pieza de pan francés rebanada y untada de mantequilla, lista para ser horneada. Sobre la mesa estaba un tarro de pasta de ajo, que le sería untada al pan mientras se tostaba.

—Vaya, esto es como estar en casita.

Empezó a decir algo, se detuvo, y se ruborizó hasta un rojo intenso, evidentemente por lo que había estado a punto de decir.

—¿Tienes las notas?

Me las entregó.

—¿Volvió a llamar?

—Llamó segundos después de que hablé contigo.

—¿Le dijiste que viniera?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Dijo que vendría, y que le dijera a mi hermano que esto no era cosa de chiste; que estuviera seguro de decir la verdad.

—¿Y tú, qué le contestaste?

—Le dije que mi hermano siempre decía la verdad, que era una cualidad de la familia.

—Muy bien, nena. Bueno, más vale que hagamos las cosas de tal manera que él no se sienta hostilizado.

Me quité la chaqueta, me desabotoné los puños, me enrollé las mangas, me aflojé la corbata y me desabotoné el cuello de la camisa. Buscaba algo en que ocuparme, cuando sonó el timbre de la puerta.

—Abre —le dije a Elsie—. Dile que tu hermano acaba de llegar, y que te dé su nombre. Cuando me lo presentes, trata de no dar el apellido, sólo di: éste es Donald. ¿Me entiendes?

—Te entiendo.

—Vamos.

Fue hacia la puerta.

El individuo corpulento y agresivo que vi tenía las cejas pobladas, y un pelo espeso que le caía hasta el borde superior de las orejas. Llevaba un traje fino, pero sus zapatos hacía mucho tiempo

que no veían una lustrada.

—Hola —dijo—. ¿Está su hermano? ¡Ah, sí! ¡Ya lo veo! ¡Eh!

Trató de entrar en el apartamiento, pero Elsie se interpuso, diciéndole:

—¿Me da su nombre, por favor?

—Harry Jewett —contestó, y se abrió camino hasta donde yo estaba.

—¿Usted es el hermano? —me preguntó.

—Yo soy el hermano —le dije. Tenía en la mano el largo tenedor de cocina con el que me disponía a ensartar la carne—. En mi tierra, la gente no se mete a un apartamiento a menos que la inviten.

—Lo siento, es que soy un poco impulsivo. Yo soy… Esto es de gran importancia para mí.

—Los buenos modales son de gran importancia para mí —le contesté—, y mi hermana es una dama.

—¿Quién dijo que no lo era?

—Usted obró como si no lo fuera.

—Vamos, hijo, cálmate; quiero hablar contigo.

—Yo no soy su hijo —le contesté—. Me llamo Donald, y se me larga por esa puerta, se queda en el corredor, y espera hasta que lo inviten a pasar; hágalo, o no va a hablar con nadie.

—Imaginé que sería algo así —comentó.

—¿Cómo así?

—Usted inicia algo, pero luego no se atreve a hablar.

—Me pareció que estaba hablando —le contesté—. Me pareció que le dije algo. Le dije que volviera al corredor.

Me fui hacia él, con el tenedor en la mano.

Él levantó los hombros, se preparó al golpe, y luego decidió que sería mejor no pelear. Se volvió, salió otra vez al corredor, y tocó a la puerta.

Elsie, que había observado todo como clavada en el suelo, se volvió hacia mí para recibir instrucciones.

Jewett dijo:

—¡Oh! Buenas noches, señorita. Me llamo Harry Jewett. Perdone si la molesto a estas horas de la noche, pero es un asunto de cierta importancia para mí.

«Tengo entendido que su hermano fue testigo de un accidente

automovilístico que ocurrió hace dos meses, y me gustaría mucho poder hablar con él».

Elsie le siguió la corriente.

—Vaya. ¿Cómo está usted, señor Jewett? —dijo—. Yo me llamo Elsie Brand. Pase, por favor. Mi hermano está aquí ahora; acaba de llegar.

—Gracias, de veras muchas gracias —dijo Jewett, y entró en el apartamiento.

—¿Qué le parece? —me preguntó.

—Así —le dije— está mejor. Llega usted temprano; aún no he cenado.

—¿No gusta sentarse? —le preguntó Elsie.

—Gracias.

Sus ojos me escudriñaban por debajo de las pobladas cejas.

—¿Tendría inconveniente en decirme lo que vio? —me preguntó.

—Creo que mencionaron una recompensa.

—Doscientos cincuenta morlacos —me contestó.

—No me gusta regalar nada cuando la otra persona le ha puesto ya un precio a lo que va a recibir.

—Y yo no quiero repartir dinero por algo que no puedo usar. Si usted me convence de que vio el accidente, yo le daré sus doscientos cincuenta dólares.

—Me parece justo.

—Muy bien. Empiece a hablar.

Yo empecé:

—Eran como las tres y media de la tarde. Yo estaba en Colinda y caminaba por la calle Main…; creo que así se llama: calle Main. Iba hacia el norte, por el lado izquierdo de la calle, entre las calles Octava y Séptima. De hecho, casi había llegado a la esquina de la calle Séptima, y observaba el semáforo tratando de aprovechar el cambio de luz para cruzar al lado este de la calle.

—Prosiga.

—Había una fila de autos, unos cuatro, que se aproximaban a la esquina. La luz cambió del verde al ámbar. El auto que iba adelante pudo haber cruzado fácilmente antes de que la luz cambiara a roja; pero el conductor no se atrevió a hacerlo y aplicó los frenos súbitamente. El auto se detuvo casi al punto.

«El auto que iba atrás se detuvo justo a tiempo para no dar contra el primero. El tercer auto era uno deportivo, pequeño, que llevaba la capota bajada. Lo conducía una chica bastante guapa. El auto que iba detrás de ella iba bastante rápido. Su conductor, evidentemente, había salido de la fila hacia la izquierda tratando de sobrepasar a los que iban adelante de él, porque…».

—¿Cómo sabe usted eso?

—Cuando lo vi, tomaba su derecha a bastante velocidad.

—¿Qué sucedió?

—Eso es casi todo. El hombre que iba en el auto de atrás, que era un *Buick* grande, chocó contra el auto deportivo en el que iba la chica. Le dio una buena sacudida. En el momento de ser alcanzado, el auto deportivo estaba parado. De hecho, hacía varios segundos que se había detenido.

—¿Parecía estar ella lastimada en alguna forma?

—No actuaba como si estuviera herida, excepto que parecía tener un dolor en la nuca. Se sobaba constantemente allí.

—¡Eso no lo creo!

Yo le dije:

—Ella recibió una buena sacudida, porque el golpe fue completamente inesperado. Yo vi cómo la cabeza se le fue hacia atrás.

—¿Se detuvo ella?

—Ella se había detenido antes de que el *Buick* le diera alcance.

—Muy bien. ¿Y qué pasó después?

—Bueno, los dos se bajaron y hablaron durante unos momentos. Luego, la chica siguió su camino. El hombre fue hacia el frente del auto, le echó una mirada, se encogió de hombros, volvió a subirse y se fue. El radiador se había roto, creo, porque iba dejando un hilillo de agua en el pavimento. Eso es todo lo que vi. Creo que mientras tanto el semáforo cambió una o dos veces.

—¿Tomó los números de las placas?

—No, no lo hice.

—¿Reconocería a cualquiera de esas personas si las volviera a ver?

—Claro, los observé lo suficiente…

—Describa al hombre.

—Bueno, él era un tipo alto y grande; parecía un texano.

Llevaba un traje café y una camisa deportiva.

—¿Qué edad parecía tener?

—Oh…, cuarenta… y dos o cuarenta y tres años.

—¿Alto?

—Uno ochenta y seis, aproximadamente. Era un tipo de buen carácter; lo vi sonreír, a pesar de que la parte delantera de su auto estaba muy abollada. Usaba bigote recortado.

—¿Qué hora era?

—Como las tres y media, minutos más, minutos menos.

—¿Y la fecha?

—El trece de agosto.

Jewett dijo:

—Le voy a mostrar un retrato. Puede o no tener algún significado. Por supuesto, sé que es duro reconocer a una persona por medio de una fotografía, pero quiero que haga el intento.

Sacó una billetera de su bolsillo y tomó una fotografía de Carter Holgate. Era una fotografía bastante buena, donde estaban Holgate y Jewett de pie a la entrada del fraccionamiento delante del letrero de:

HOLGATE Y
MAXTON
FRACCIONADORES
LOMAS DE
BREEZEMORE

.

—¿Reconoce a alguna de estas dos personas?

—Claro —le dije—, el de la derecha es usted.

—¿Y el de la izquierda?

—Ése —dije con firme convicción— es el que conducía el auto que chocó contra el de la chica.

—¿Está usted seguro?

—Estoy seguro.

Jewett volvió a guardar la billetera en el bolsillo, lentamente.

—¿Dónde puedo localizarlo a usted? —quiso saber.

—Por medio de Elsie. Yo siempre estoy en contacto con ella.

—¿Va a vivir aquí?

—No lo creo —contesté—. Ella me ha dado alojamiento por un par de días; pero me iré pronto.

—¿Adónde?

—No lo sé aún.

Jewett vaciló un momento, luego extrajo dos billetes de cien y uno de cincuenta de su billetera, y me los entregó.

—¿Qué debo hacer ahora, a cambio de este dinero?

—Ni una sola cosa —contestó—. Ni una condenada cosa más.

—Debería conocer el nombre del que está junto a usted, en la fotografía.

—¿Por qué?

—Para decirle que vi el accidente.

—¿De quién fue la culpa?

—De él.

—¿Cree usted que a él le gustaría tener un testigo que se presentara a jurar que él tuvo la culpa?

Yo acaricié los billetes, y le dije:

—Bueno, pues alguien está muy ansioso de tener un testigo.

—Usted contestó el aviso —dijo—. Ya tiene los doscientos cincuenta dólares. Ahora olvídelo.

—¿Qué quiere decir? ¿Olvídelo?

—Tal como se lo dije —repitió—. Olvídelo.

Se levantó del sillón con la gracia de un atleta que está entrenando, caminó hacia la puerta, se volvió, miró a Elsie Brand de pies a cabeza, y dijo:

—Gracias. Perdóneme por haberla molestado y por mi falta de cortesía. De veras lo siento.

Salió, y cerró la puerta tras de sí.

Elsie me miró. Se veía que le temblaban las piernas.

—Donald, ¿quién era?

—No lo sé. Lo que sí estoy dispuesto a apostar, es que sé quién no era.

—Bueno, ¿quién no era?

—No era Harry Jewett.

—¿Qué te hace pensar eso?

—La inicial en sus mancuernillas era una «M». Llevaba una «M» bordada en la corbata. La fotografía los mostraba a los dos bajo el letrero de Holgate y Maxton. El grandote que estaba junto a él era

Holgate. ¡Tengo la corazonada de que éste es Christopher Maxton!

—¡Oh! —exclamó.

Le extendí los doscientos cincuenta dólares.

—Ve a comprarte unas tobilleras, Elsie.

Pero, Donald…, tú que…

—Ésta es una ganancia extra —le dije—. Cómprate unas tobilleras.

—Pero, Donald, tendrás que entregar ese dinero.

—No veo por qué.

—Como un crédito.

—¿Un crédito de qué?

—A cuenta del dinero que te pagaron…, o contra lo que vayas a cobrar de tus gastos.

Yo sacudí la cabeza negativamente.

—Éstas son ganancias adicionales, Elsie. Cómprate unas medias de nilón finas y muy transparentes. Úsalas en la oficina, y sé lo más generosa que puedas.

Volvió a ruborizarse.

—¡Donald! —exclamó.

Yo aún le extendía los billetes, y después de unos segundos los tomó.

capítulo cinco

CUANDO estuve de vuelta en Colinda, eran ya las nueve cuarenta y cinco. Encontré un lugar para estacionar mi auto como a una cuadra del hotel, y lo dejé allí. Caminé hasta el hotel y entré. Saludé al empleado del turno de noche.

—¿Es usted el señor Lam? —me preguntó.

—Sí.

—Hay varios recados para usted. Los puse en el casillero, junto con su llave. ¿Los quiere?

—Claro.

Me alargó los dos recados. Uno de ellos lo habían recibido a las ocho de la noche, y decía: *Señor Lam, por favor, llámeme en el momento que llegue. Carter I. Holgate*.

El otro lo habían dictado a las nueve y media, y decía: *No importa a qué hora llegue; es absolutamente necesario que nos veamos. Estaré esperando en la oficina. Es un asunto de la mayor importancia. El número es Colinda 6-3292. No deje de llamarme. Holgate*.

El empleado me dijo:

—Parecía muy preocupado, señor Lam. Yo le aseguré que usted recibiría sus recados. La última llamada la hizo hace apenas cinco minutos.

—¿Cómo supo quién era yo? —le pregunté.

—Mi compañero del otro turno me lo describió. Dijo que le urgía recibir todos los recados tan pronto como llegaran.

—Muy bien, gracias.

Subí a mi cuarto, y llamé al número que dejara Holgate. No contestó. Llamé al número de Doris Ashley.

Tampoco contestó.

Bajé al vestíbulo, y le dije al empleado:

—Creo que saldré a tomar una taza de café. Si vuelven a

llamarme, dígales que regresaré dentro de… una media hora. ¿Quiere?

Fui hacia mi auto, y me dirigí a «Lomas de Breezemore». Tardé aproximadamente ocho minutos en llegar.

El ala derecha del edificio, donde quedaban las oficinas de Maxton, estaba a obscuras. Había luces en las salas de recepción del edificio, y también en el ala izquierda donde estaban las oficinas de Holgate.

Estacioné el auto, subí los escalones, entré en el recibidor, y grité:

—¡Yuuuujuu! ¿Hay alguien en casa?

El lugar estaba absolutamente silencioso.

Aquel silencio tenía una característica sepulcral… Todo en la moderna oficina guardaba silencio: los escritorios, las máquinas de escribir eléctricas, las luces del techo, los archiveros… Todas las máquinas tenían cubierta de plástico, excepto una a la que se la habían quitado. Una pequeña luz, arriba del interruptor, anunciaba que estaba encendida.

Abrí la puertecita de vaivén y fui hasta donde estaba aquella máquina, al fondo del cuarto. El motor ronroneaba suavemente. La toqué y sentí su calor, lo que significaba que el motor estaba funcionando desde hacía rato.

Me acerqué a la puerta de la oficina de Holgate, y llamé.

No hubo respuesta.

Dudé un instante, y abrí.

El interior de la oficina era un verdadero desorden. Una silla estaba volteada y rota; el modelo de cartón del fraccionamiento estaba en el suelo y todas las hermosas casitas desparramadas; algunas, evidentemente, habían sido pisadas, puesto que estaban hechas añicos. La ventana que daba a la calle estaba abierta, y la brisa movía las cortinas.

Los cajones estaban fuera del escritorio, y el archivero, evidentemente, se había volteado cuando sacaban el último de los cajones llenos. Con seguridad, alguien había estado buscando algo con mucha prisa.

Un bolso de mujer estaba en el suelo, con una correa rota y el broche de metal doblado. Una polvera yacía abierta, y las dos tapas estaban aplastadas y rotas.

En el suelo había pedazos de maquillaje sólido, y trocitos de espejo.

Levanté uno de los pedazos de maquillaje, y froté mis dedos en él. El polvo era rosa pálido y tenía perfume de claveles.

En el suelo, bajo el modelo de cartón, estaba un zapato de mujer.

Metí el dedo por debajo de la masa verde del fraccionamiento, y la levanté para sacar el zapato e inspeccionarlo.

Era un zapato de piel de cocodrilo con el sello de una zapatería de Salt Lake City.

Era angosto y estaba muy bien cuidado. A leguas se veía que era caro. Había costado bastante, y pertenecía, sin duda, a un piececito de empeine alto.

Fui a revisar los papeles tirados en el suelo, a un lado del archivero.

En su mayoría, estaban en sobres de papel color café; muchos, seguramente, habían sido extraídos de los sobres y tirados al suelo por alguien que buscaba uno en particular. Otros, cuando el contenido de los cajones del archivero se había volcado, se habrían salido de algunos de los sobres. Resultaron ser opciones, contratos y recibos de primeros pagos. Casi todos eran formas impresas.

Sin embargo, uno de ellos me llamó la atención. Era una hoja de papel delgado, escrito a máquina, con la tinta de papel carbón morado.

Yo conocía muy bien aquella clase de papel. Era del que se usaba en muchas agencias de investigaciones para dar informes a los clientes.

Hice a un lado los otros pedazos de papel, y saqué la hoja delgada. Al hacerlo, descubrí que a ella estaban unidos otros pedazos de papel.

El informe decía:

> *Siguiendo las instrucciones que nos fueron dadas, de mantener a la mujer bajo vigilancia, consideramos necesario observar su auto, para seguirlo cuando saliera del edificio de apartamientos, ya que no había ninguna manera práctica de mantener vigilado el apartamiento, a menos que un hombre se colocara en el corredor, y esto hubiera ido contra los intereses del*

cliente, que exigió una vigilancia subrepticia.

Por lo tanto, cuando nos pareció que otra persona también vigilaba este auto, el cliente fue notificado por larga distancia, y recibimos instrucciones de ordenar a un operario que siguiera a este nuevo sujeto para averiguar su identidad.

A las dos veinticinco, Doris Ashley salió de su apartamiento y abordó su auto para dirigirse al supermercado, de acuerdo con su rutina diaria.

El nuevo sujeto la siguió hasta el supermercado, y se estacionó tan cerca que la mujer no pudo entrar nuevamente en su auto. Más adelante, el nuevo sujeto fingió que ése no era su auto, e hizo una conexión directa de los alambres de la marcha, aparentemente como pretexto para entablar amistad con ella. En eso tuvo éxito, ya que ella lo invitó a subir a su propio auto.

Él fue con ella hasta la esquina de la calle Once y la calle Main, donde repentinamente se bajó del auto de la mujer. Nuestro operario no pudo encontrar su rastro. Al día siguiente, cuando fue visto nuevamente, nos dedicamos a seguirlo.

El auto de este hombre, del cual él mismo conectó los alambres, resultó ser un auto alquilado de la «Continental Drive-Yourself Agency» de esta ciudad, pero no hubo información inmediata acerca de quien lo alquilara.

El día siguiente, este hombre fue visto otra vez, y seguido hasta el supermercado. Allí se dirigió a uno de los cajeros, en el momento en que la mujer se acercaba a la caja para pagar los comestibles. Ella lo reconoció, y parecía contenta de verle. Al ser invitado, subió otra vez al auto de ella, llegando ahora hasta el apartamiento de la mujer. El nuevo sujeto conducía nuevamente un auto alquilado en la «Continental Drive-Yourself Agency», pero, en esta ocasión, pudimos averiguar su identidad.

El individuo es Donald Lam, socio de la agencia de investigaciones «
COOL
Y
LAM
».

Esta agencia es un tanto heterodoxa en sus operaciones, y poco se ha podido averiguar acerca de ella, ya que no trabaja para clientes regulares, sino que más bien se dedica a casos de

complicación extrema.

Donald Lam tiene localmente una reputación de ser muy ingenioso y de contar con numerosos recursos, de ser excesivamente arriesgado, y de hacer caso omiso de la ética profesional, algunas veces para obtener ventajas reales o posibles para sus clientes.

De acuerdo con sus instrucciones, informamos inmediatamente al cliente, por larga distancia, tan pronto como obtuvimos la comunicación. A esas horas, Donald Lam se encontraba en el apartamiento de la mujer.

Al conocer la identidad del nuevo sujeto, el cliente nos ordenó inmediatamente cesar todas las operaciones de vigilancia, cerrar el caso, y entregarle la cuenta de nuestros honorarios, así como descartar toda acción posterior.

De acuerdo con estas instrucciones, el operario fue llamado a nuestra oficina central y el caso fue cerrado.

J.C.L. Gerente, por
ACE
HIGH
DETECTIVE
AGENCY
Sucursal Los Ángeles

Estudié el reporte durante un momento. Luego lo doblé y lo metí en el bolsillo de mi chaqueta. Busqué, pero no pude encontrar el sobre del que seguramente había salido aquel reporte.

Vi una puerta a medio abrir, la cual conducía a un cuarto de baño. Fui hacia ella, y la abrí por completo. Iba a entrar al cuarto, cuando oí pasos fuera de la oficina.

Corrí hacia la ventana, y me asomé. Había un auto estacionado detrás del mío. No pude verlo muy claramente, pero era un automóvil grande y flamante.

Hice a un lado las cortinas de la ventana abierta, subí al alféizar, y brinqué hasta el suelo. Caminé hacia mi auto. Luego lo pensé mejor, y corrí.

Me subí, y tras poner en marcha el motor, lo hice avanzar tan silenciosamente como pude.

Alguien gritó.

Pude ver la silueta de un hombre enmarcada contra la luz del cuarto, en la ventana abierta por la que yo había salido.

—¡Ea! ¡Usted! —gritó—. ¡Regrese! ¡Quienquiera que sea!

Yo oprimí el acelerador.

Me quedó una visión borrosa de un hombre que saltaba por la ventana y corría por el prado hasta el otro auto. Derrapé al dar la vuelta en el camino, llegué a la carretera y oprimí el acelerador hasta el fondo.

Había avanzado casi un kilómetro, cuando me percaté de los faros que me seguían.

Hice desarrollar al auto toda la velocidad de que era capaz.

Me acercaba a un alto, en un bulevar. Lo crucé a toda velocidad y me las arregle para dar vuelta sin poder evitar un gran rechinido de neumáticos. Di con una vía libre, y alcancé a ver otro alto, delante de mí. Esta vez se trataba de una vía principal. Al llegar a la bocacalle pude ver unos faros que se acercaban, pero hice sonar la bocina y crucé al otro lado.

Durante un corto centésimo de segundo, las luces me deslumbraron por el lado izquierdo, desde no más de tres metros de distancia. Pero me escurrí, y quedé al otro lado, a salvo.

Esto me dio suficiente tiempo para dar vuelta en «U», disminuir la velocidad, y regresar lentamente.

Iba apenas llegando a la esquina, cuando el auto que me seguía atravesó la avenida también ignorando el alto. Pasó junto a mí como un bólido.

El conductor estaba demasiado ocupado en lo que hacía para notar los autos que pasaban cerca de él, y ni siquiera disminuyó la velocidad al cruzarse conmigo. Creo que no vio nada más que mis faros. Calmadamente, tomé el bulevar ye me uní a la fila de autos que transitaban en la misma dirección que yo.

Me dirigí a Los Ángeles por la carretera principal, y tan pronto como localicé una cabina telefónica llamé al apartamiento de Bertha.

Estaba furiosa.

—¿Y ahora qué te pasa? —preguntó—. ¿Por qué demonios no me informas de lo que estás haciendo? Nuestro Cliente ha estado preguntando si has descubierto algo, y yo tuve que salirle con el

cuento de que ibas progresando, y de que estabas muy ocupado de momento para pasar un informe por escrito.

—Está bien —le dije—. No es un cuento. Estoy progresando, y he estado demasiado ocupado para hacer un informe. Ahora tengo que hablar contigo.

—¿De qué?

—De mi progreso.

—Estoy en la cama.

—Bueno, pues levántate —le dije—. De todos modos, no deberías meterte a la cama tan temprano.

—¡Con veinte mil demonios, Donald Lam! —gritó en el auricular —. Ya sabes que me meto temprano a la cama, y que leo hasta quedarme dormida. Yo…

—Lee hasta quedarte despierta —le dije—. Estaré allí en menos de media hora.

capítulo seis

BERTHA Cool abrió la puerta de su apartamiento en cuanto toqué el timbre. Llevaba el pijama puesto, y la cabeza cubierta de rizadores. Estaba furiosa.

—¿Me vas a decir ahora de qué se trata todo esto? —me exigió cuando entré y tomé asiento—. ¿Por qué demonios no puedes ir a la oficina, deletrear lo que me vas a decir sobre una máquina de escribir, y dejarlo listo para que yo se lo enseñe al cliente por la mañana?

«O, por el modo en que te mira tu condenada secretaria, con ojos de estudiante enamorada, creo que probablemente agradecería la oportunidad de que la sacaras de la cama para que le dictaras. O también podrías…».

La interrumpí y le dije:

—Esto es demasiado delicado para hacer algo así, Bertha.

—¿Qué tiene de delicado?

—Nos han tomado el pelo.

—¿Quiénes?

—La «Ace High Detective Agency».

—¿Por qué demonios andan metiéndose en nuestro caso?

—No se están metiendo en nuestro caso. Tienen su propio caso. Fueron contratados para vigilar a Doris Ashley, y para ver todo lo que hacía. Cuando yo aparecí en escena y empecé a vigilar su auto, el operario de la «Ace High» me vio e informó a su cliente, al cual desconozco, por larga distancia.

—¿Alguien de aquí? —preguntó Bertha Cool entornando los ojos.

—Dije larga distancia, Bertha. Ya hay comunicación directa desde Colinda. Mira, échale una ojeada a esto.

Le di el reporte de la «Ace High».

—¡Que me hiervan viva! —exclamó Bertha cuando hubo terminado de leer—. ¿Crees tú, Donald, que Lamont Hawley tenía a otra agencia trabajando en el mismo caso y…? ¿Cómo obtuviste esto?

Le dije lo que había sucedido.

—Entonces, Hawley debe de estar traicionándonos.

—¿De qué otro modo hubiera estado la agencia «Ace High» metida en el caso? —le pregunté.

Los avariciosos ojos de Bertha Cool empezaron a echar chispas.

—Eso es, Donald —dijo—. Eso fue lo que ocurrió. Ese hijo de perra contrató dos agencias de detectives, la «Ace High» y la nuestra. Las puso a competir una contra la otra. La gente de la «Ace High» seguramente había estado trabajando durante varios días en este caso, y no había obtenido resultados, por lo que alguien le dijo de la «Consolidated Interinsurance», de ti y de tu modo de conquistar a las mujeres. Eso explica por qué terminaron el contrato con la «Ace High», cuando se enteraron de que tú ya habías entrado en contacto con Doris Ashley.

—Cualquiera que sea la razón —le dije—, vamos a aclarar las cosas. No me gusta que me tomen por tonto, ni me gusta que el cliente me dé sólo una parte de los datos. Vamos a localizar a Lamont Hawley en su oficina, y a echarle los perros encima.

—¡Así se habla, Donald! —repentinamente empezó a parpadear —. Espera un momento, Donald. No tenemos más fundamento para nuestra reclamación que este informe de la gente de «Ace High» y, por supuesto, Hawley va a querer saber cómo fue que vino a dar a nuestras manos…

—No le digas cómo lo averiguamos Déjalo intrigado.

Bertha meditó y luego, repentinamente, su cara se cubrió de sonrisas.

—Sólo me gustaría ver la cara del hijo de perra, Donald. Ahí lo tienes, poniendo a pelear una agencia de investigadores contra otra. Ha utilizado a la gente de «Ace High». No llegaron a ningún lado. Nosotros entramos, logramos algo de buenas a primeras, y en el primer informe que le damos, se entera de que por nuestra parte ya estamos enterados de la otra agencia y de las instrucciones dictadas por él. ¡Con eso se le va a erizar el pelo!

—Está bien —le dije—. Ahora surge la pregunta: ¿de dónde vino

el informe?

—Me dijiste haberlo encontrado en la oficina de Holgate.

—Muy bien. ¿Y cómo lo obtuvo Holgate?

—Él… ¡Que me hiervan viva! —exclamó Bertha, y se quedó callada.

—A él se lo dio una mujer que fue a su oficina. Poco después alguien entró allí, y empezó la lucha; Holgate y la mujer se vieron mezclados, o si no, el hombre que entró e inició la riña iba acompañado de una mujer.

—¿Cómo lo sabes?

Le conté lo del zapato.

—Habría regresado para recuperar el zapato —dijo Bertha—. Una mujer no puede caminar con un solo zapato de tacón alto.

—Tal vez se quitó el otro zapato, y caminó descalza.

—Pudo hacerlo —dedujo Bertha—, si por algún motivo pensó que sería peligroso regresar por el otro zapato. Bien, ¿y qué sucedió luego? Hubo una lucha. ¿Y quién ganó?

—Ganó el intruso.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque casi destruyó la oficina buscando algo.

—¿Este informe?

—¡No! ¡Ni de chiste! —contesté—. Este informe lo dejaron allí, y hay una muy buena probabilidad de que haya sido llevado por el intruso, quienquiera que sea.

—¿Cómo llegaste a esa conclusión?

Le expliqué:

—El intruso fue a la oficina y empezó a hablar con Holgate. Luego sacó este reporte del bolsillo, y se lo dio a Holgate para que lo viera. Eso fue lo que originó la riña. La oficina estaba bastante destruida. La chica estuvo mezclada, porque le pegó a alguien en la cabeza con el bolso. El broche se dobló y el contenido se desparramó sobre el suelo.

«Cuando se fue, dejó su bolso porque el broche estaba doblado y no cerraba, pero se llevó las cosas que quería. Probablemente las envolvió en una toalla».

—¿Por qué en una toalla?

—Hay un cuarto de baño junto a la oficina, y no había toallas en el toallero; sólo había una tirada en el suelo.

—Bueno —dijo Bertha—. No podrán mezclarnos en nada de eso.

—No lo sé —le dije—. Eso es lo que me inquieta.

—¿Por qué te inquieta?

—Porque cuando yo estaba allí, llegó un auto y un hombre entró en la oficina. Pudo ser un velador. Pudo ser un policía. No sé quién era. Salté por la ventana y huí. Me siguió, pero yo aceleré hasta que me alejé de él lo suficiente para dar vuelta y que me perdiera.

»¿Y, suponiendo que él logró ver el número de las placas del automóvil? —pregunté—. Yo ya había dejado el auto de alquiler, y conducía el de la agencia, que está registrado a nuestro nombre.

—¿Por qué demonios hiciste eso? —preguntó Bertha—. ¡Dios mío! ¡Si tomó el número de las placas…!

—Yo sólo estaba reduciendo la cuenta de gastos.

Bertha se enardeció. Después de un rato, dijo:

—Estamos obligados a informar de esto a la policía.

—¿Por qué?

—Cuando la oficina de un hombre ha sido allanada…

—¿Cómo sabes que fue allanada? —le pregunté—. La puerta de la oficina estaba abierta. Es un lugar público. Tal vez Holgate invitó a entrar a esa persona.

—Bueno. Pero el lugar estaba destruido, robaron papeles, y luego…

—¿Cómo sabes que robaron papeles? Alguien buscaba algo en los archivos, y fue un tanto descuidado en el modo de efectuar la búsqueda. No sacó los cajones del archivero uno por uno para meterlos después nuevamente en su lugar, sino que sacó uno después de otro, y cuando estuvieron todos fuera, el peso de los papeles cambió el centro de gravedad y el mueble se volteó. Al suceder eso, los papeles se desparramaron y la persona que llevaba a cabo la búsqueda volvió a levantar el gabinete hasta que estuvo nuevamente en posición vertical. Eso fue todo. ¿Cómo sabes que se llevó algo?

Bertha se puso a repasar lo anterior.

—En otras palabras —le dije—, no sabemos que se haya cometido un delito, y no hay motivo para que informemos de un delito, si no se ha cometido ninguno.

—Bien visto, no eres tan estúpido —dijo Bertha—. A mí no me importa meterme en este aprieto, pero si tú crees que puedes salirte

con la tuya, adelante.

—Hay un detalle —le dije—. Quiero saber lo que le sucedió a Holgate.

—¿Qué quieres decir?

—¿Habrá esperado él a los intrusos? Quienesquiera que fueran, se hubieran ido y…

—No los llames intrusos —dijo Bertha—. Llámalos visitantes. Me gusta tu idea de que es una oficina pública, y de que Holgate probablemente los invitó y trató de venderles un terreno.

—Muy bien —proseguí—. Cuando los visitantes se fueron, Holgate fue detrás de ellos…

—Claro, se fue detrás de ellos —dijo Bertha—. Su auto no estaba. Tú dijiste que cuando llegaste no había ningún auto.

Asentí con la cabeza.

—Bueno. Pues no habrá ido a pie a su oficina —concluyó Bertha —. Él tenía el auto allí. Se fue en él, y los visitantes en el suyo.

—¿Antes, o después de que me llamó? —le pregunté.

—Probablemente antes.

—Esperemos que así haya sido.

—¿Tú no lo crees?

—No lo sé, Bertha. Puesto que ya saben quién soy, esto puede ponerse color de hormiga. Creo que podemos llamar a Lamont Hawley. ¿Tienes un teléfono donde podamos localizarlo de noche?

—¡Diantre, no! —dijo Bertha—. No me dio ningún otro número que el de su trabajo, y se supone que se trata de un trabajo respetable. Me dio un número privado, pero no creo que…

»¡Santo cielo, Donald! No sé qué es lo que hay en ti, pero cada vez que empiezas a trabajar en un caso, el condenado asunto explota por algo imprevisto. De vez en cuando, por si fuera poco, aparece un cadáver.

—Bueno, esperemos que éste sea el «de vez» —dije— sin el «en cuando». Si hay un cadáver, podía ser un mal negocio.

Bertha parpadeó.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Estoy hablando de lo que sucedería de surgir un cadáver.

—¿Qué quieres decir?

—Holgate.

—No seas tonto.

—¿Qué tiene de tonto?

Bertha volvió a parpadear.

—¡Que me hagan picadillo! —hubo un momento de silencio, y luego me dijo—: Espera un minuto. Tú sólo hablabas de alguien que hubiera tomado el número de las placas del auto. ¿Pero qué hay de tus huellas digitales? Saliste de allí como alma que lleva el diablo; debes de haber…

—Dejé huellas digitales por todos lados —le contesté—. No seas tonta; voy a arreglar eso.

—¿Cómo? ¡No puedes volver para borrar todas las huellas! Ni siquiera sabes dónde pusiste las manos.

—Por supuesto que no —le aclaré—. Voy a regresar, y a dejar más huellas digitales.

—¿Para qué?

—Ése es uno de los trucos más viejos en nuestro medio —le dije —. Si no puedes borrar las huellas digitales que dejaste en la escena del crimen, busca una excusa para regresar llevando un testigo contigo. Luego tocas todo lo que haya a la vista. Cuando la policía encuentra huellas no hay nada que indique cuándo fueron hechas. El único elemento que puede perjudicarme, es el polvo compacto que cayó de la polvera. Lo cogí con los dedos, y luego toqué varias cosas. Quiero asegurarme de seguir el mismo orden cuando vaya por segunda vez.

—¿Y cuándo va a ser eso?

—Ahora mismo —le dije—. Fíjate bien, Bertha. Trata de localizar a Lamont Hawley. Ese tipo debe de tener un teléfono en algún lado. La compañía de seguros tiene su propio servicio de investigadores, que sin duda trabaja de noche y tiene teléfono. Localiza a Hawley y dile cómo van las cosas.

»Puedes quedarte con este informe de la agencia “Ace High”. No quiero traerlo encima. Es una pista. Fíjate cómo una parte de la segunda página ha sido arrancada; pero hay una cuenta de un dólar noventa centavos por una llamada de larga distancia, y el zapato de mujer que encontré allí fue vendido en Salt Lake City. Tengo la corazonada de que la llamada fue hecha a Salt Lake, y que allí es donde vive el cliente. Tan pronto como este cliente de la “Ace High” supo que yo era un investigador, ella tomó el avión y se dirigió a…

—¿Ella?

—El zapato —le aclaré.

—¡Oh! —exclamó—. Tomas muchas cosas por hechos consumados, Donald. Yo creo que fue Lamont Hawley.

—Yo empiezo a sospechar que fue una mujer de Salt Lake —le dije—. De todos modos, debemos informar a Hawley de lo que está sucediendo.

Bertha me dijo:

—¡Diantre! Y yo que estaba tan cómoda. Ya me quité la condenada faja, y ahora tengo que batallar para volver a metérmela. ¡Cómo demonios quisiera que trabajaras en tus casos igual que otras gentes! No hay una sola razón por la que no podamos montar una agencia respetable y decente, con la clase de clientes adecuada…

—Ahora tienes la clase adecuada de cliente —le recordé—. Eso fue lo que me dijiste cuando tú cerraste el trato con él.

—Bueno, ahora no tengo ni la décima parte de la seguridad que tenía hace dos días —dijo Bertha—. Si él contrata a una agencia de investigadores, y luego contrata a otra… ¡Que me hiervan viva! ¡Yo le arreglaré las cuentas!

—Muy bien, es todo tuyo, arréglale las cuentas.

Fui hacia el teléfono y marqué el número de la oficina de información.

—Quiero el número de Lorraine Robbins, en Colinda, por favor —dije.

La operadora de información contestó:

—Un momento, por favor.

Un momento después me dio el número:

—Es tres, dos, cuatro, nueve, dos, cuatro, tres. Puede marcarlo desde su aparato.

—Gracias —le respondí.

Marqué el número, y después de un momento oí la voz de Lorraine Robbins, que decía tranquilamente:

—¿Hola?

—Lorraine —le dije—. Habla Donald Lam.

—¡Ah, sí, Donald!

—Tengo que verte hoy en la noche para un asunto de mucha importancia —le dije.

—Oh, vamos, Donald —me dijo—. Cuando te tiré ese lazo hoy

en la tarde, sólo estaba bromeando.

—¿Qué lazo? —pregunté inocentemente.

—Te dije que tal vez te *obsequiaría* algo… Mira, Donald, ya es tarde y me voy a acostar, y… no me gustan los hombres que necesitan la mitad de la noche para animarse a… ya sabes…

—Estoy hablando de negocios —le dije—. Esto es algo que tiene mucha importancia para ti y para tus patrones.

—¿No puede esperar hasta mañana, a las horas de oficina?

—No puede esperar.

—¿Qué quieres?

—Quiero hablar contigo.

—Está bien —dijo—. Me tragaré el anzuelo. Pero ahora escúchame, Donald; te voy a hablar con la verdad. Si sólo es una broma para que te haga caso, estás perdiendo tu tiempo lamentablemente.

»No me gusta nada que alguien me llame a estas horas de la noche y me diga que se trata de un asunto de emergencia en el negocio para tratar de propasarse. Tienes cuatro horas de retraso con respecto a la hora debida para hacer proposiciones, y sin cena, ni cócteles… Si tienes la intención de enamorarme, dilo desde ahora y…

—Son negocios, Lorraine —le aseguré—. De otro modo, no te hubiera molestado.

—No me parece que ése sea un cumplido.

—A estas horas, quiero decir. Te hubiera llamado más temprano.

—Bueno, ¿y por qué no lo hiciste?

—Estuve ocupado.

—Ya vas mejorando, Donald. Me iba a meter a la cama. Te esperaré. ¿Tienes la dirección?

—No.

—Son los apartamientos Miramar, número doscientos doce.

—Allí estaré.

—¿En cuánto tiempo?

—Me tomará poco más de media hora; hablo desde la ciudad.

—Te esperaré.

Corté la comunicación, y vi la especulativa mirada de Bertha, que me observaba.

—¿Quién era?

—Lorraine Robbins —le dije—. Es la secretaria de «Holgate y Maxton», los fraccionadores.

Bertha sacudió la cabeza.

—¡Vaya que si abarcas terreno!

—Para eso me pagan.

—Con las mujeres —agregó secamente.

No tenía objeto contestar a eso, así que salí cerrando tras de mí la puerta del apartamiento.

capítulo siete

LORRAINE Robbins acudió al instante a abrir la puerta. Llevaba un traje sastre bien planchado, y parecía exudar negocios.

—Hola, Donald. Pasa. ¿Qué sucede?

—Estos apartamientos Miramar… ¿Es que toda la gente de Colinda vive aquí?

—No. ¿Por qué?

—Conozco a otras personas que viven aquí.

—¿Quiénes?

—Oh, no tiene tanta importancia, pero sólo me intrigaba por qué parece que toda la gente tiene este mismo domicilio.

—Es el edificio de apartamientos más elegante del lugar, para chicas que trabajan —explicó—. Es nuevo, moderno, y el servicio es muy bueno. Lo calientan de veras en invierno. En verano tiene aire acondicionado; sin embargo, las rentas no son tan elevadas. Es difícil conseguir un apartamiento aquí. Tienen una lista de solicitudes del tamaño de tu brazo.

»Ahora dime, Donald. ¿Qué es lo que te preocupa? ¿No quieres tomar asiento?

Me senté y ella cruzó el cuarto para sentarse en otra silla. Mantuvo las piernas juntas y la falda baja.

Empecé:

—Quiero ver al señor Holgate hoy en la noche, y quiero que tú estés presente.

—¡Tú quieres que esté presente! —dijo con indignación—. Si el señor Holgate quiere que yo…

—Cálmate —le dije—. Éste es un asunto de suma importancia.

—¿Para quién? ¿Para ti, o para nosotros?

—Para todos nosotros.

—¿De qué se trata?

—De ese accidente automovilístico. ¿Crees que haya alguna probabilidad de que el señor Holgate haya estado mintiendo?

—En primer lugar —me dijo ella—, el señor Holgate no miente; en segundo lugar, no había nada sobre qué mentir. Él admite los cargos, y su versión del accidente coincide con la tuya.

—Bueno —dije—, tengo razones para creer que una agencia de investigadores trabaja en este asunto.

Ella se rió y dijo:

—Claro que sí, tontito. Está involucrada una compañía de seguros y tratan de averiguar la naturaleza y la gravedad de las lesiones de la chica con quien chocó. ¡Ah, conque pensabas en ella! Su dirección es ésta también: apartamientos Miramar. Quiero decir, era. Creo que ya no vive aquí.

—Bueno —le dije—, creo que sucede algo bastante anormal, y estoy muy alarmado.

—¿Exactamente qué te impresionó? ¿Y por qué vienes a decírmelo a mí?

Metí la mano a mi bolsillo, extraje un recorte adicional que había sacado del periódico, y dije:

—Supongo que ustedes están detrás de esto.

—¿De qué?

—De la oferta de doscientos cincuenta dólares que ofrecen a las personas que hayan visto el accidente.

Ella cruzó el cuarto para arrebatarme el recorte de la mano, antes de que yo hiciera el intento de acercarme a ella. Lo tomó, lo leyó y se quedó mirándolo.

—Nosotros no pusimos este aviso, Donald. No sabemos nada de él.

—Mi auto está abajo —le dije—. Vamos a hablar con Holgate.

—Tendré que localizarlo primero. Tengo dos teléfonos donde puedo encontrarlo de noche.

—Está en el fraccionamiento.

—¿Cómo lo sabes?

—Pasé por allí antes de venir. Estaban todas las luces encendidas. Por un momento pensé en entrar y decirle que nos esperara, que llegaríamos tan pronto como te recogiera. Luego me di cuenta de que sólo tardaría diez o quince minutos en venir por ti, y…

—Bueno, puede haber salido ya. Deberías haberte detenido para decirle que nos esperara. Espera un minuto, llamaré…

—No —le dije consultando mi reloj—. No hay tiempo para eso. Vamos para allá. Está allí, estoy seguro.

Durante un momento hubo una pausa cargada de sospechas.

—Donald —me dijo—, tú traes algo. No sé lo que es. Si esto es sólo una excusa para que yo vaya allá y encontremos que el lugar está apagado, y crees que me vas a meter a la oficina para acercarte a mí y tratar de lograr algo en alguno de esos sofás que hay allí, vas a recibir muchas sorpresas. Cuando un hombre se acerca a mí, me gusta que sea franco. No me gustan los acercamientos laterales.

—Está bien. Vamos —le dije.

Apagó las luces del apartamiento, y me dijo:

—Estoy lista.

Subimos al auto, y conduje en silencio. La veía mirarme cuidadosamente. A la larga se encogió de hombros para decir:

—¡Vaya diferencia!

—¿Qué diferencia?

—Cuando te llevaba al fraccionamiento, tú me mirabas especulando acerca de qué tan lejos podía llegar yo.

—¿Y?

—Ahora —dijo— tú vas conduciendo, y yo especulo acerca de qué tan lejos habrás llegado.

—He cubierto mucho terreno.

—¡Vaya que si lo has cubierto! Y créeme, más vale que tu cuento resulte cierto, o vas a verte metido en aguas muy profundas. Si crees que vas a sacarle a Holgate doscientos cincuenta dólares, te espera una sorpresa. No sabe nada acerca del aviso, y no te pagaría ni diez centavos.

—No quiero ni diez centavos.

Ella sacudió la cabeza.

—Me gustaría saber exactamente qué es lo que quieres. Estás usando muchas mañas…; estaba dispuesta a agradarte cuando te conocí, y, ¡con un demonio!, de todos modos me gustas.

—Gracias.

—No me des las gracias —dijo—. Se debe sólo al desarrollo lógico de la situación. Francamente: o me gustan, o no me gustan. Siempre he sido así. Desde que por primera vez me expuse al

magnetismo masculino, puedo decir si me gusta o no me gusta. Contigo me gustó, y aún me gusta, pero voy a asegurarme muy bien de dónde vas a poner los pies antes de que te dé el permiso para brincar.

—Me parece justo.

De nuevo nos quedamos callados.

Me salí de la carretera principal, y ella pudo ver las luces que había en el edificio.

—¡Vaya! —exclamó reclinándose contra el asiento—. Esto sí que es una sorpresa.

—¿No lo esperabas?

—No, francamente no. Yo pensé que me ibas a traer hasta aquí, y luego ibas a sugerir que entrásemos para tratar de localizar al señor Holgate por teléfono.

—Te dije que estaba todo iluminado. Lo pude ver desde la carretera.

—¡Hey! Espera un momento; aquí no hay ningún auto.

—Bueno, pero las luces están encendidas. Aquí hay alguien.

—No lo entiendo. Quienquiera que sea, debió venir en un auto. Sin embargo…

—Bueno, no se iba a ir sin apagar las luces. ¿Verdad?

—No.

—Entonces, está aquí.

Hice girar el volante y estacioné el auto frente a la puerta, tratando de colocarlo exactamente en el lugar donde lo dejara antes. Lorraine se bajó de un salto, y corrió hacia la puerta de la sala de espera. Abrió la oficina, echó una rápida ojeada a su alrededor, y preguntó sorprendida:

—¿Quién ha estado usando mi máquina de escribir?

—¿Qué sucede? —le pregunté yo.

—La máquina eléctrica. No tiene la cubierta, y el motor está andando.

Fue hacia allá, y puso las manos sobre la máquina. Yo, inmediatamente, puse también la mía y le dije:

—Ha estado conectada durante algún tiempo. Está caliente. Tal vez no desconectaste el motor esta tarde, al acabar de trabajar.

—No digas tonterías —me contestó—. Alguien ha estado aquí, y ha usado mi máquina de escribir.

Se dirigió a la oficina de Holgate, puso la mano en la perilla de la puerta, se detuvo, tocó por mera cortesía, y luego abrió la puerta. Entró.

Yo iba pegado a sus talones.

—¡Santo cielo! —exclamó.

Nos quedamos estáticos mirando la confusión.

—Aquí hay una polvera rota —comenté—, y… ¿Qué es esto? Parece maquillaje sólido.

Levanté un trozo. Ella lo tomó cuando se lo extendí. Lo olió, lo miró pensativamente, y dijo:

—Una rubia, probablemente.

Me acerqué a donde estaba el zapato.

—Aquí hay un zapato de mujer. ¿Qué querrá decir esto? No lo entiendo.

Lo levanté y se lo di.

—Probablemente una chica que necesitó un arma. Se quitó el zapato y usó el tacón.

—¿Violación?

—No se puede pensar en eso con respecto a Holgate.

—¿Y de su socio, Chris Maxton?

—¿Qué sabes tú de Maxton?

—¿Y tú?

—No sé nada de sus hábitos sexuales, si a eso te refieres.

—Bueno, evidentemente, aquí ha habido una buena lucha. Alguien debe de haber entrado por la ventana.

—¿Por qué por la ventana?

—Bueno, se me ocurrió. Veamos.

Me senté en el alféizar de la ventana. Luego salté y esperé allí unos momentos, mientras ella inspeccionaba los papeles que estaban regados en el suelo. Luego trepé a la ventana, y le dije:

—Cualquiera podría entrar fácilmente por esta ventana. ¿Pero por qué habían de hacerlo?

—No me preguntes a mí —dijo Lorraine—. Yo quiero saber qué ha sucedido aquí, y quiero saber lo que le ha sucedido al señor Holgate.

—Y a la mujer.

—Bueno, si ella perdió el pleito —dijo Lorraine—, ya te puedes imaginar lo que le sucedió. De cualquier modo, ya se han ido.

—¿Faltan algunos papeles?

—Eso es lo que trato de ver. Hay un papel, particularmente, que quiero localizar.

—¿Cuál es? —le pregunté, caminando hasta el cuarto de baño.

No contestó durante un rato, pero siguió buscando entre los sobres, hasta que encontró uno de papel manila de los que se usan en los archivos. Unos que tienen un doblez, con un cordoncito para cerrarlos.

Lo abrió, miró el interior, y luego lo alargó hacia mí.

—Mira tú —me dijo.

—Pero es que aquí no hay nada.

—Mira lo que dice por fuera.

Miré, y encontré escrito con letra de mujer: «Testimonio de Donald Lam, testigo del accidente del señor Holgate».

—Eso es lo que falta.

Lorraine alcanzó el teléfono.

—Espera —le dije.

—¿Espero qué?

—¿Qué es lo que vas a hacer?

—Llamar a la oficina del alguacil.

—¿Para qué?

—¡Para qué! —exclamó—. ¡Santo Dios, mira esta destrucción!

—Muy bien —dije—. ¿Y qué se han llevado?

—Ya te lo dije. El testimonio.

—Te daré otro.

—¿A qué conclusión quieres llegar?

—No ha desaparecido nada de valor, a menos que tú sepas de algo más. El lugar está volteado al revés; rompieron una silla, y hay muchos archivos que tendrás que poner en orden.

»Llamas a la oficina del alguacil, e inmediatamente vienen y empiezan a tomar huellas digitales. Luego notifican a los periódicos, y se desata el escándalo. Tú trabajas para la firma de “Holgate y Maxton”. ¿Crees tú que les gustaría ese tipo de publicidad?

—No lo sé.

—Bueno, antes de que des la alarma, vamos a averiguarlo.

Lo pensó un momento y dijo:

—Donald, puede ser que me estés dando un buen consejo. ¿Tienes alguna otra sugerencia?

—Tratemos de averiguar quién pudo necesitar esa declaración con tanta urgencia para entrar aquí y romperlo todo. ¿Quién supones que haya sido?

—No podría saberlo.

—Es la oficina de Holgate. Hubo una lucha.

—Eso es obvio.

—Es bastante obvio que una de las personas que intervinieron en la lucha, debió ser Holgate. Ésta es su oficina. O él ya estaba aquí cuando entraron los intrusos, o entraron los intrusos, y luego llegó él. A Holgate no le pareció necesario llamar a las autoridades. Por lo tanto, no hay razón para que nosotros lo hagamos.

—Sí. Me has convencido.

—Yo, lo que trato de averiguar, es a qué se debió la riña —le dije— y lo que tenía de importante mi testimonio para que alguien entrara a buscarlo así.

—Donald, te voy a decir algo que no le he dicho a nadie. Pero antes quiero hacerte una pregunta, y quiero que me des una respuesta franca.

—Adelante —le dije—. Dímelo, y luego haz la pregunta.

—No, primero voy a hacerte la pregunta, y luego te lo voy a decir —me aclaró.

—Bien, hazlo a tu modo.

—Donald, ¿estás absolutamente seguro acerca del accidente?

—Pues, sí —le dije—; el trece de agosto.

—¿A qué hora ocurrió?

—Como a las tres y media de la tarde, minutos más, minutos menos.

—¿Estás absolutamente seguro de la hora?

Observé su rostro.

—Yo… Bueno, podría estar ligeramente equivocado. Pero ya sabes cómo son las cosas cuando dictas un testimonio. No te atreves a decir que era alrededor de esto o aquello, o lo otro, o que puedes estar equivocada. Si haces eso, algún abogado te haría trizas en el interrogatorio.

Ella asintió.

—Entonces —le pregunté—, ¿qué hay de la hora?

Ella me explicó:

—Hay un error en alguna parte.

—¿Cómo lo sabes?

—Sucede que yo recuerdo bien el trece de agosto, porque es mi cumpleaños. Aquella tarde tuvimos una fiestecita en la oficina, y bebimos algunos cócteles.

«Ahora bien, es verdad que el señor Holgate estuvo ausente la mayor parte de la tarde, pero llegó un poco después de las cuatro, y nos acompañó bebiendo unos cócteles para luego irse apresuradamente. Debió tener alguna cita. Estuvo mirando el reloj constantemente. El problema es que yo vi su auto al irse a las cuatro y media, y no estaba chocado».

—¿Quieres decir que el accidente es falso? —le pregunté—. ¿Que el auto no fue chocado y que…?

—No, no —dijo ella—. Es el factor tiempo, solamente. No estoy muy segura de… Donald, tú viste el accidente, y quiero saber si tú has podido equivocarte.

—Puedo estar equivocado —le dije.

—Gracias. Es todo lo que quería saber.

—Será mejor que cerremos la ventana y apaguemos las luces. ¿No crees?

—Y que echemos la llave —complemento ella.

Yo afirmé con la cabeza.

—Supongo que sí —dijo. Caminó por la oficina, mirando todo lentamente—. ¡Qué confusión!

—No tiene sentido tratar de arreglarlo hoy en la noche —dije—. Creo que debemos dejar todo como lo encontramos, no sea que el señor Holgate quiera notificar mañana a las autoridades.

—Tienes razón.

—¿Y qué hay de la otra oficina? Está obscura —le dije.

—Ésa es la oficina privada del señor Maxton.

—Será mejor que echemos un vistazo ahí. ¿No lo crees?

—Creo que sí.

—¿Tienes la llave?

—Hay una llave en la caja fuerte de la oficina de afuera.

—¿Y conoces la combinación de la caja?

—Por supuesto.

—Echemos un vistazo, sólo para asegurarnos de que está todo bien. Parece que no se metieron con la caja fuerte.

Salimos de la oficina, y ella se detuvo frente a su máquina de

escribir. Se quedó mirándola detenidamente.

—No puedo entender lo que pasó —dijo—. No entiendo quién pudo haber usado mi máquina de escribir.

—¿Escribe a máquina el señor Holgate?

—Con dos dedos.

—Entonces, aquí estuvo alguien que sí sabía escribir en máquina; o Holgate intentaba redactar algún documento…

—No me imagino quién más pudo haber estado usando mi máquina.

—El zapato de mujer —le recordé.

Ella asintió.

Continué:

—Eso nos da una base más para sacar conclusiones. Holgate estuvo aquí con una mujer, probablemente una mecanógrafa. Tal vez iba a venderle un terreno, y ella haya querido algo por escrito. Tal vez Holgate le preguntó si sabía usar la máquina, y ella le contestó que sí. Entonces él le dijo que podía usar la tuya.

Lorraine frunció la boca.

—Eso parece lógico, Donald. No te apartes de ese camino. Vas muy bien.

—Ella le quitó la cubierta a la máquina, la conectó, puso el papel, empezó a escribir.

—¿Y luego qué?

—Luego, una vez que hubo terminado, llevó el papel a la oficina de Holgate para que él lo firmara; seguramente entonces fue cuando llegó el intruso y empezó a reñir con Holgate. La discusión llegó al punto en que recurrieron a los puños, y la chica se quitó el zapato y trató de golpear al intruso.

Lorraine frunció el ceño, y sacudió negativamente la cabeza.

—¿Qué tiene de malo eso?

—¿Quién ganó el pleito?

—Obviamente, la otra persona.

—Bien, ¿entonces qué pasó con el señor Holgate y la mujer, quienquiera que haya sido?

—Eso —le contesté— es algo que debemos averiguar El hombre obtuvo el papel que quería. Eso nos deja a Holgate con la chica. Él decidió que antes de notificar a las autoridades, más aún, antes de hacer nada, debía ir a algún lado a hacer algo, y la chica,

seguramente, lo acompañó.

—Muy bien —dijo Lorraine—, llevémoslo un poco más adelante. En ese caso, la lucha pudo deberse solamente a tu testimonio.

—Aparentemente, tuvo alguna relación con él. Pero no creo que quien revolvió los papeles, lo haya estado buscando.

—Bueno, pues es una de las cosas que faltan.

Yo empecé a sacar conclusiones.

—Bueno, probemos ésta, a ver si encaja… La chica entró. Holgate quería hacer algo relacionado con el testimonio. Tal vez quería que lo copiaran; tal vez quería hacer algo con él. Fue al archivero, lo sacó del sobre, y la chica salió de la oficina para copiarlo…

Lorraine chasqueó los dedos.

—¿Sonó una campanita? —le pregunté.

—Y fuerte —dijo—. Eso es lo que sucedió. Trabajaban en tu testimonio.

—Entonces, lo importante no era el testimonio —concluí—. El papel salió de la oficina. Pudo muy bien salir con Holgate y la chica. Lo que el intruso buscaba, era otra cosa.

Ella lo pensó, y me dijo:

—Si el intruso pudo llevar a cabo una búsqueda tan completa, debió de tener una oportunidad en la que sabía que no iba a ser interrumpido. Eso significaría que él ganó la lucha.

—Claro, él ganó la lucha —dije—; tuvo que ser así, si vamos a reconstruirlo de ese modo.

—Vamos, echaremos un vistazo en la oficina de Maxton, y si todo está bien, cerraremos esto e iremos a buscar al señor Holgate. ¿Puedes quedarte acompañándome un rato más, Donald?

—Un rato, sí.

—¿De qué querías hablar con él?

—Francamente, estaba preocupado por el factor tiempo. No estaba muy seguro, cuando se pone uno a precisar… No estoy absolutamente seguro de que eran las tres y media. Me puse a pensar que quizá pudo ser más tarde. Quería comentarlo con él, de manera que yo pudiera quedar absolutamente tranquilo.

—Lo de la hora está mal. Pero sé que el accidente ocurrió, porque vi su automóvil.

—¿Cuándo?

—Cuando estaba en el garaje concertado. Tardaron en componerlo…, oh, supongo que una semana. Tuvieron que ponerle un radiador nuevo, y también cambiarle algunas otras piezas.

—¿Cuándo te habló del accidente? ¿El día catorce?

—Lo mencionó casualmente… Bueno, no parecía darle mucha importancia. Le escribió a la compañía de seguros, y dio un informe. Yo le sugerí que sería mejor que notificara a la policía. Eso fue la tarde del catorce.

—No me gustaría nada empezar con el pie izquierdo. Yo fijé la hora a las tres y media, porque ésa fue la hora que me dijo Dudley Bedford que ocurrió el accidente, de acuerdo con los registros policíacos.

—¿Quién es Dudley Bedford, Donald?

—Todo lo que sé es que es el amigo de una chica que conocí.

—¿Qué tan bien la conoces?

—Sólo la he visto un par de veces.

—¿Esperas seguir viéndola?

—Probablemente.

—¿Cuántas veces?

—Eso depende.

—¿Es una chica que se llama Doris Ashley?

—Sí.

—¿Bedford es amigo tuyo?

—Creo que sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque Bedford ha estado comunicándose con el señor Holgate, y el señor Holgate no me ha dicho sobre qué han hablado. Generalmente me lo dice. Es una parte del sistema que usa para llevar el negocio. Me dice todo acerca de las diferentes personas que llegan, y la impresión que le causaron. También me dice a qué se dedican, y todo eso, de modo que yo sepa cómo tratarlos si llegan cuando él no está; si debo hacerme pedazos para tratar de localizarlo a él, o si debo deshacerme de ellos. Pero de Bedford el señor Holgate no me ha dicho nada, y yo, por supuesto, no le he preguntado.

—Bueno —le dije—, creo que será mejor ir a ver la oficina de Maxton. Luego buscaremos a Holgate. Cerremos esta oficina, apaguemos las luces, y veamos qué se puede hacer.

Sacó una llave de la caja fuerte. Abrimos la puerta de la oficina

de Maxton y encendimos la luz.

Estaba limpia y ordenada.

—Aquí no tocaron nada —dijo ella.

Se quedó en pie durante un momento, ensimismada. Luego apagó la luz y cerró la puerta. Echó llave.

Se dirigió a la caja fuerte y volvió a colocar la llave en su lugar. Cerró la puerta de la caja. Hizo girar el disco de la combinación, fue hasta la máquina, la desconectó, y le puso la cubierta de plástico.

Luego fue a la oficina de Holgate, cerró las ventanas, les puso el seguro y apagó las luces. Una vez fuera del edificio, subimos a mi auto. Me pidió que la llevara al apartamiento de Holgate.

Todo estaba obscuro, y nadie acudió a abrir la puerta.

Lo buscamos en varios clubes en los que solía jugar a las cartas, pero no hallamos ni rastro de él.

—El tipo debe estar en alguna parte —dije.

—Está bien, Donald. Está en alguna parte, pero no sabemos cuál es esa parte. Ya es tarde, y yo me voy a la cama. Lo consultaremos con la almohada, y veremos qué podemos hacer cuando amanezca.

La miré, y su cara denotaba demasiada inocencia. Yo sabía muy bien que ella no iría a acostarse, y mucho menos a dormir. También sabía que quería deshacerse de mí para buscar en alguna otra parte donde pensaba que podría encontrar a Holgate. No quería que nadie supiera qué lugar era aquél. Era una buena secretaria.

Yo le seguí la corriente, la llevé de vuelta a su apartamiento, le di las buenas noches, y me fui.

Di la vuelta a la manzana, regresé y me estacioné. No había estado allí más de dos minutos, cuando un auto salió del estacionamiento a gran velocidad.

Me acerqué lo suficiente de manera que cuando el auto pasó por la esquina iluminada pude ver que lo conducía Lorraine. Iba sola. No traté de seguirla. Regresé al hotel Perkins, y allí encontré una nota que decía que llamara a Doris; no importaba a qué hora llegara.

Me comuniqué, y un momento después oí su voz en el auricular.

—Hola —dijo cautelosamente, sin hacer comentarios.

—¿Cómo andan las cosas?

—¡Donald! —exclamó al reconocer mi voz—. Se suponía que te ibas a quedar allí, en el hotel, para que pudiéramos dar contigo.

—Bueno —dije—. Me desvié un poco. Es algo que te diré después. ¿Qué pasa? ¿Ocurre algo?

—Tenía la esperanza de que te comunicaras conmigo hoy en la noche, Donald; antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para cuidar las apariencias.

—¿Tenemos que cuidarlas?

—Yo sí…, en estos apartamientos.

—¿Por qué no te mudas?

Ella rió, y dijo:

—Hablando en serio, Donald, yo esperaba verte más a menudo.

—Yo también.

—¿Cuándo?

—¿Ahora?

—Ya es muy tarde, Donald. Cierran en este momento la puerta de la calle.

—¿Qué te parece mañana?

—Me parece muy bien. ¿A qué hora?

—Entre más temprano, mejor. Te llamé hoy en la noche, y no contestaste.

—¿Me llamaste?

—Sí.

—¿Sólo una vez?

—Sí.

—¿A qué hora?

—No estoy seguro. Fue a una hora que tú llamarías decente.

—¡Oh, Donald! Debió de ser cuando fui a la esquina a comprar unos cigarrillos. ¡Oh, lo siento! Tenía esperanzas de que llamaras. Una chica no debería admitir eso. Parece… ¡Oh, diantre! ¡Donald! ¿Es que tenemos que respetar los convencionalismos?

—No. ¿Puedo ir?

—Esta noche no, Donald. Me correrían de aquí.

—Muy bien. Hablábamos de mañana, temprano.

Ella vaciló un momento, y luego dijo:

—Mañana tengo que ir al aeropuerto a recibir a una amistad. No, no es un amigo, sino una amiga. La verdad es que no debería permitir que tú la vieras porque es una belleza despampanante; una rubia con un cuerpo de maravilla. Ha estado en el Este algún

tiempo, y llegará en el primer avión. Quiere que vaya a recibirla.

—¿La conozco yo?

—Espero que no —dijo—. Pero creo que has oído hablar de ella. Es Vivian Deshler, la chica que salió lesionada en el accidente automovilístico.

—¡Ah, sí! —dije tanteando el terreno—. El accidente que vi el trece de agosto.

—Así es.

—He estado pensando en el factor tiempo, Doris. Tu amigo pudo haberme dado la hora equivocada. Creo que el accidente ocurrió hora y media después de…

—Donald, no te dejes engañar. El accidente ocurrió a las tres y media.

—¿Cómo lo sabes?

—Un amigo y yo vimos el auto de Vivian a las cuatro. Tenía una abolladura en la parte de atrás. Vino directamente aquí después del accidente.

—¿Estás segura de la hora?

—Claro.

—Está bien, Doris. ¿Por qué no voy por ti a las ocho? Podemos desayunarnos juntos y luego ir al aeropuerto.

—¿A las ocho?

—Sí. ¿Es demasiado temprano?

—¡Cielos, sí! Ella no llegará hasta las diez cuarenta y cinco. Donald, pondré el café en la percoladora, y tomaremos una taza aquí en el apartamiento. Luego iremos al aeropuerto para ver si el avión no viene retrasado. Nos desayunaremos, y la recibiremos cuando llegue.

—Ya tienes un compromiso para desayunarte —le dije—. ¿Estás segura de que es demasiado tarde para verte hoy?

—Sí, Donald. Tal vez otra noche.

—Puedes estar segura que otra noche —le dije, y colgué.

Llamé a Bertha Cool.

—Soy Donald, Bertha —le dije—. ¿Qué hay de nuevo?

—¿Dónde estás?

—En el hotel Perkins, en Colinda.

—Conseguí un número de teléfono donde podemos localizar a Lamont Hawley por las noches. Pero yo ya le grité cuatro verdades.

El tipo está absolutamente anonadado. No tenía la menor idea de que otra agencia de investigadores estuviera trabajando en el caso. Me jura que no puso a las dos agencias en competencia, y que todos sus tratos con nosotros los ha hecho poniendo las cartas sobre la mesa. Parecía estar tremendamente preocupado, y me dijo que debes cuidarte; que había cosas que no comprendía.

—Eso —dije— es una subestimación.

—Me dijo que nos ocupó para este caso sólo cuando creyó que había en él, según sus propias palabras, algo más de lo que saltaba a la vista.

—¿Qué le dijiste tú?

—Le dije muchas cosas —contestó Bertha sarcásticamente—. Le dije que si sabía que existía algo más de lo que saltaba a la vista, no había sido honrado con nosotros cuando me hizo fijar los honorarios. Que iba a tener que aumentarlos.

—¿Y qué respondió a eso?

—Ni chistó —dijo Bertha—. Me dijo que añadiría otros mil dólares a nuestros honorarios, porque no había sido, a decir de él, absolutamente franco.

—¿Agregó mil dólares sin más trámite?

—¿Qué demonios quieres decir con «sin más trámite»? —dijo Bertha, enojada—. Deberías haber oído todo lo que le dije al hijo de perra. Lo puse de vuelta y media.

—¿Te preguntó cómo sabías que había otra agencia de investigaciones metida en el caso?

—Le dije que habíamos visto el informe.

—Y, naturalmente, quiso saber cómo fue que lo obtuvimos, ¿no es así?

—Claro.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que qué le importaba; que no teníamos por qué explicarle nuestros métodos a nadie. Que a nosotros nos contratan para obtener resultados, y que nosotros pasamos la información más adelante, pero que el modo de obtenerla es sólo asunto nuestro.

—Bueno —le dije—. Se supone que yo debo permanecer aquí en Colinda toda la noche, pero, confidencialmente, me voy a ir a casa. Quiero dormir bien.

—¿Crees que allí no podrías hacerlo?

—Creo que podría haber interrupciones y, por ahora, prefiero no tenerlas. También creo que me vendría bien dormir un poco, porque puede ser el último sueño que eche en una temporadita.

—Está, bien —dijo Bertha—, yo también me voy a dormir. Sólo esperaba tu llamada. Te tardaste bastante en hacerla. ¿Qué demonios andabas haciendo?

—Trabajaba en el caso.

—Apuesto a que te estaba ayudando alguna nena.

—¡Pero, Bertha! —exclamé—. ¡Qué modos de expresarte! —y colgué antes de que pudiera repetir su venenosa insinuación.

Salí del hotel, llevé el auto a un estacionamiento privado que quedaba cerca de mi apartamiento, cerré la puerta, subí, y me metí en la cama.

Una cosa era decirle a Bertha que iba a descansar bien esa noche, y otra muy diferente era que pudiera lograrlo.

Pasaban de las tres y media de la mañana, cuando finalmente me quedé dormido. El condenado caso carecía de sentido, no importa desde qué punto de vista se lo viera.

Holgate y alguna mujer estaban conferenciando cuando alguien se presentó ante ellos. Debieron ser dos *álguienes*. Holgate era un hombre grande y fuerte. Él y una mujer, entre los dos, podían haber vencido a cualquier individuo…, a menos, por supuesto, que ese hombre tuviera una pistola. Pero si hubiera tenido una pistola, no existiría la evidencia de una lucha escenificada por toda la oficina. Alguien hubiera resultado herido.

Estuve dando vueltas en la cama. Primero me acostaba de un lado, y luego del otro, tratando de quedarme dormido.

Me desperté a las seis, sintiéndome un poco más cansado que al acostarme, y un poco más derrotado.

capítulo ocho

ME di una ducha, bebí tres tazas de café negro muy cargado, me subí al simulacro de auto de la agencia, y me dirigí al hotel Perkins.

Había un recado para mí en el casillero. Decía que me comunicara con Lorraine Robbins a los apartamientos Miramar. Vacilé un momento antes de llamarla tan temprano, pero, por fin, concluí que una chica que trabaja ya debía de haberse levantado.

Marqué el número, y ella contestó al instante.

—¿Donald?

—Correcto.

—Mira, Donald, estoy preocupada por el señor Holgate.

—Es muy temprano para empezar a preocuparse, Lorraine. ¿Tiene él alguna cita para hoy en la mañana?

—Sí. Tiene varias con unos clientes muy importantes.

—Bueno —le dije—, espera hasta ver si acude a las citas. Puede estar en su apartamiento, durmiendo bien después de una noche alegre.

—No está. No está en ningún lado.

—¿Qué quieres decir con ningún lado?, y ¿cómo sabes que no está en su apartamiento? Tal vez no quiera contestar el teléfono.

—Ya estuve en su apartamiento, Donald. Nadie ha dormido en su cama.

—¿Cómo entraste?

—El administrador me conoce. Le dije que había allí unos papeles importantes que debía entregar, y que si me quería hacer el favor de abrirlo.

—¿Qué hubieras hecho si te lo encuentras acurrucadito con una hermosa nena?

—Nos lo sé. Pero tuve la corazonada de que no estaba en ninguna cama ni con ninguna nena. Yo sabía lo que iba a encontrar.

—¿Qué encontraste?

—Que nadie había dormido en la cama. No había nadie allí, y por supuesto que no iba a ser tan tonta para entrar a la recamara estando presente el administrador. El señor Holgate tiene un apartamiento muy bueno, de tres habitaciones.

—¿Parecía estar todo en orden? ¿Había alguna indicación de que lo hubieran saqueado?

—No. Todo estaba en orden.

—Muy bien. Ahora dime, ¿te fuiste directamente a la cama anoche, después que te fuiste?

—¿Por qué?

—Quiero saberlo.

—¿Por qué?

—Porque quiero saber lo que debo aconsejarte. Me preguntas si debes notificar a la policía. Sería muy bochornoso para tu patrón que notificaras a la policía, y después resultara que estaba cumpliendo un compromiso social.

—Muy bien, Donald; seré franca contigo. Había un lugar donde pensé que estaría. Un apartamiento.

—Y despertaste a la joven que…

—No seas tonto, buscaba su auto. Si él hubiera estado allí, el auto hubiera estado estacionado cerca de los apartamientos. Fui allá, y estudié bien todo el terreno. El auto no estaba.

—¿Y luego qué?

—Llamé a su apartamiento dos o tres veces en el transcurso de la noche y, por supuesto, nadie contestó. Estoy preocupada.

—Espera que llegue la hora de esas citas. Si falta a ellas, y son importantes, sabrás que hay que notificar a la policía.

—Bueno —dijo renuentemente—, la primera cita es a las diez. No quisiera esperar hasta entonces, pero…, bueno, supongo que es lo que debemos hacer. ¿Vas a andar aquí hoy, Donald?

—Voy a estar entrando y saliendo. ¿Estarás tú en tu oficina?

—Sí, después de las nueve.

—Pasaré a verte, o te llamaré por teléfono.

Colgué, esperé hasta las ocho y veinte, y me dirigí a los apartamientos Miramar. No tuve la menor dificultad para encontrar dónde estacionarme, y puntualmente, a las ocho y media, ya estaba tocando a la puerta de Doris Ashley. Ella llevaba un *negligé*

transparente, y al abrir la puerta, la luz del apartamiento recortó su figura a través de los dobleces diáfanos y esponjados de la prenda.

—¡Donald! —exclamó—. Llegas temprano.

—¿A las ocho y media?

—Eso es lo que dije, a las ocho y media, pero sólo son las ocho y…

—Las ocho y media —le aclaré.

—¿Qué? —exclamó—. Mi despertador acaba de sonar, y lo puse a las ocho menos cuarto.

Miré el despertador que estaba a un lado de la cama. Marcaba las ocho y dos minutos.

—¿De dónde tomaste la hora anoche?

—¿La del despertador? Lo puse a las siete cuarenta y cinco.

—No. Cuando le diste cuerda y lo pusiste a la hora, ¿de dónde la tomaste?

—Pues… de la televisión. Estaba viendo un programa…

—Lo pusiste media hora atrasado.

—¡No es posible! Déjame ver tu reloj.

Se acercó, y se colocó junto a mí. Levanté la mano para que viera mi reloj.

Ella me tomó de la muñeca, cuidándose de mantener mi brazo cerca de su *negligé*, y exclamó:

—¡Vaya! ¡Santo cielo! ¿Qué te parece? —se quedó allí un momento, y luego dijo—: Donald, tengo que ponerme algo de ropa. Hay café en la percoladora de la cocinita. ¿Quieres echarle un ojo? Yo… me vestiré de prisa. Iré al *closet* y allí me pondré la ropa.

Corrió hacia el *closet*, y al abrir la puerta se quitó el *negligé*. Se quedó en calzones y sostén. Después la vi en ropa de calle y con los pies bien calzados.

Le lancé un silbido de admiración.

—¡Donald! —exclamó—. Concéntrate en lo que estás haciendo.

Yo le contesté:

—Es un poco difícil… ¡Ésos sí que son unos bonitos zapatos! ¿De qué son? ¿De piel de cocodrilo?

—Sí. Me gusta la piel de cocodrilo. La prefiero siempre. Me gusta usar zapatos de esta piel, y medias de tonalidades obscuras — se levantó la falda, me miró y preguntó—: ¿Te gustan?

—Me gustan.

—Tengo un hambre enorme. Iba a tomar una taza de café, pero creo que también tomaría unas tostadas y un poco de tocino. ¿Crees que haya tiempo?

—¡Oh, claro que hay tiempo! Llegaremos con tiempo de sobra; y si quisieras hasta podríamos desayunarnos aquí.

—No. Me gusta comer en el aeropuerto mientras espero; pero, viéndolo bien, podríamos tomar un bocadillo aquí.

Entró apresuradamente a la cocina.

Yo fui al *closet* donde se había vestido. Había prendas femeninas colgadas. Un cajón abierto mostraba bastante ropa interior.

Encontré una percha para zapatos al otro extremo, y rápidamente tomé uno para ver el lugar donde había sido fabricado.

Era Chicago, Illinois.

Levanté otro. Ése era de Salt Lake City, de la misma zapatería cuyo sello aparecía en el zapato que encontrara en la oficina de Holgate.

—¿Dónde estás, Donald?

Salí apresuradamente.

—Ya voy —le contesté.

—¿Quieres tostar el pan mientras yo frío el tocino? Tengo un aparato eléctrico especial para freír tocino, que se supone lo deja en el punto exacto… También una tostadora eléctrica. Ahí hay un poco de pan.

Saqué el pan de la caja, dejé caer dos rebanadas en la tostadora eléctrica, y bajé la manivela que la hacía funcionar.

El asador eléctrico de tocino hizo lo suyo, y su aroma y el de la percoladora se mezclaron en el pequeño desayunador.

—Donald —me dijo—, siento lo de Dudley.

—No tiene importancia.

—Él… se aprovechó de ti. Yo no hubiera permitido que eso pasara… Ya sé que te puso en una situación en la que tuviste que decir que habías visto el accidente.

—Te tengo noticias, Doris: yo vi el accidente.

El plato que intentaba calentar en la estufa, casi se le cayó de las manos.

—¿Qué? —exclamó.

—Que en verdad vi el condenado accidente. Fue sólo una de esas coincidencias peculiares y locas que no vuelven a suceder ni en

un millón de años. Por supuesto, entonces no tenía la menor idea de que a ustedes les interesara, o que les fuera a interesar; pero, bueno…, sucedió. Yo lo vi, y eso es todo.

Ella vaciló un momento, recuperó su entereza, puso el tocino en el plato, y rió con ganas.

—Donald —dijo—, tú sí que eres una buena pieza. Está bien, no tienes que engañarme. ¿Sabes? Vivian es la chica que estuvo involucrada en el accidente y… probablemente te va a hacer algunas preguntas acerca de él.

—¿Es por eso que querías que la conociera?

—¡Cielos, no! Yo quería verte; eso es todo. Yo… Donald, ¿por qué no me llamaste más de una vez anoche?

—Lo hice, pero no estabas.

—Te dije que fui a comprar cigarrillos.

—Te volví a llamar varias veces, y no contestaste.

—Pero, Donald, debes de haber marcado un número equivocado. Yo estuve sentada aquí, junto al teléfono, toda la noche… Hasta encontré un pretexto para deshacerme de Dudley, después de mucho pensarlo.

—¿No estaba él aquí?

—No.

—¿No estaban juntos?

—No. Y te diré otra cosa, Donald. Creo que no voy a andar mucho con él en lo sucesivo. Me vi mezclada con él, y he llegado a un punto en el que me conduce a cosas que no me gustan. Dudley es… Bueno, es posesivo e inhumano. Probablemente ya lo conoces lo suficiente para saber eso.

Le miré los pies.

—¡Vaya que si tienes bonitos pies!

Ella rió, y me dio un puntapié, jugando.

—¿Es que no puedes llevar el pensamiento más arriba de mis pies?

—¿Compraste aquí estos zapatos?

—No. Me los dio una amiga. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Es tu amiga de Salt Lake City?

Se mostró sorprendida.

—Vivió allá durante algún tiempo. ¿Por qué, Donald?

—Me gustan los zapatos en general.

—¿No serás tú uno de esos maniáticos que se vuelven locos con la ropa de mujer, verdad, Donald? ¿Con los calzones de mujer, y cosas así? He oído que cuando los hombres están encerrados en prisión, su impulso sexual a veces toma desviaciones extrañas. Donald, dime cómo se siente.

—¿Qué?

—Cómo se siente vivir sin mujeres.

—Es el infierno.

—¿Se vuelven locos cuando salen? Locos por el sexo, quiero decir.

—Sí.

—No parece, al verte a ti.

—He olvidado cómo actuar.

—Tendré que darte un curso para refrescar tu memoria. Pero antes tenemos que ir a esperar un avión.

«Ahora, toma tu tocino y ponlo encima de la tostada, Donald. Luego pon otra rebanada de pan tostado arriba, y haz un emparedado. Es un desayuno fabuloso…, sólo que volveremos a desayunarnos en el aeropuerto. Esto será como una botana, como un aperitivo. ¿Te gustan los aperitivos, Donald?».

—Me encantan.

—A veces —dijo con una mirada anhelante—, yo creo que los aperitivos son mejores que…

Dudó, en un intento de encontrar la palabra adecuada.

—¿El platillo principal?

Ella rió, y dijo:

—Tú sí que eres hábil para encontrar las palabras. ¿Te gusta el café con crema y azúcar?

—Ahora no —contesté—; después, cuando nos desayunemos en el aeropuerto. Ahora lo tomaré negro.

—Te ves muy bien esta mañana, Donald. ¿Dormiste bien anoche?

—Como un lirón. ¿Y tú?

—Yo descansé de maravilla toda la noche.

—Te ves fresca, como una margarita.

—¿De veras?

—Seguro.

—Donald, me da gusto que nos hayamos conocido. Me gustaría

hacer algo por ti… Bueno, es que pienso que la suerte no ha estado de tu parte, y que has estado como… Bueno, eres tímido…

—¿Qué quieres decir con tímido?

—Hace un rato, cuando te tomé el brazo y miraba tu reloj… Bueno, en esas circunstancias, la mayoría de los hombres me hubieran abrazado y apretado.

Yo le contesté:

—Yo no trabajo así.

—¿Quieres decir que no abrazas a las mujeres impulsivamente?

—No —le dije—, no me gusta iniciar nada con un ojo en el despertador y la mente fija en el horario de un avión que está por llegar. Me gustan las luces tenues, la música ensoñadora, un ambiente de ocio y aislamiento… Y…

—¡Donald, deténte!

Miré mi reloj.

—Muy bien —le dije—. ¿Lavamos los platos antes de irnos al aeropuerto?

—Por supuesto. Aborrezco regresar a casa y encontrarme con un fregadero lleno de platos sucios, esperándome. Siempre me gusta mantener el apartamiento limpio como una tacita de plata. Pero sólo uso agua caliente y una pizca de detergente. Gracias a Dios que en estos apartamientos tienen agua bien caliente. Sale con vapor.

Abrió el grifo del fregadero, puso unas gotas de detergente y tomó un cepillo para trastos. A medida que los iba lavando, me los pasaba a mí.

—Tú los secas —me dijo.

Los sequé. Estuvimos listos para salir cuando faltaban doce minutos para las nueve. Doris echó una rápida ojeada por el apartamiento, y me comentó:

—Te va a gustar Vivian, pero no se te ocurra enamorarte de ella, Donald. No estoy dispuesta a compartirte con nadie…, al menos no por ahora.

—¿Es bonita?

—De las que tumban. Rubia, y con mucho de «esto y aquello», y de «éstas y aquéllas».

—¿Vamos a ir en mi auto?

—Sí.

—Bien. Está enfrente. Vamos.

Miró el reloj despertador y se rió.

—¿Te imaginas que pueda yo ser tan tonta?

Fue y adelantó las manecillas treinta minutos.

—¿Cómo está ahora, Donald? ¿Correcto?

—Correcto.

—Muy bien. Vámonos.

Mantuve la puerta abierta mientras salía. Pasó frente a mí levantando el mentón y me lanzó una mirada provocativa al rozarse conmigo.

Bajamos en el ascensor y subimos al auto de la agencia. Al llegar al aeropuerto verificamos la hora de llegada del avión de Vivian. Venía sin retraso.

Fuimos al restaurante y almorzamos salchichas, huevos revueltos y más café.

Encontré la sala correspondiente a la pista por donde llegaría el avión de Vivian, y Doris y yo nos encaminamos a recibirla.

El avión llegó a tiempo, y se acercó hasta donde estábamos. Luego se detuvo. Los pasajeros empezaron a bajar, y yo noté a Vivian antes de que Doris dijera una palabra.

Era una rubia hermosísima. Llevaba un traje de una pieza, recto, de seda cruda y de color rosa chillante. La blusa desabotonada se abría para revelar un bajo sostén. El mismo vestido hubiera parecido un costal en una modelo menos desarrollada, pero su cuerpo le daba al vestido lo que éste necesitaba.

—¡Ahí está Vivian! —dijo Doris, brincando una y otra vez con una ansiedad que me pareció simpática.

Vivian cruzó la entrada. Doris dio un ligero grito de gusto, y corrió a abrazarla fuertemente.

—¡Vivían! —exclamó—. ¡Te ves de maravilla!

Vivian sonrió. Su sonrisa era lenta, lánguida.

—¡Hola, mi lujuriosa amiga!

—No me digas así, Vivian. Yo… traje a alguien.

Se volvió hacia mí.

—Donald, ésta es Vivian. Vivian, te presento a Donald Lam; es un amigo mío.

—¿El último? —preguntó Vivian.

—El último.

Vivian me recorrió con la mirada y luego extendió lentamente la

mano.

—Hola, Donald —me dijo con voz profunda, de suavidad de terciopelo.

La forma en que me extendió la mano, parecía estar basada en una larga deliberación que hacía que el gesto pareciera muy significativo, parecida a la que una nudista usa para quitarse los guantes, de manera que la acción parezca cargada de dinamita, haciendo que su brazo descubierto desde el codo hasta la punta de los dedos, parezca una exposición inmoral de piel desnuda.

—Donald me trajo en su auto —explicó Doris—. ¡Cielos, Vivian, debes de haber salido de allá a una hora incomodísima!

—Hay una diferencia de tres horas —dijo—. Tuve que tomar un «brincacharcos» que hace escalas en Chicago, Denver y Salt Lake. Ahora son las dos en New York. No tengo inconveniente en decirte, querida, que salí muy de madrugada.

—¿Cómo hiciste para levantarte?

—Eso es fácil —dijo Vivian sonriendo—, no me acosté.

Abrió su bolso de mano, sacó su boleto de avión, despegó los comprobantes del equipaje, me los extendió, y me dijo:

—Donald, ¿por qué no vas tú por el auto? Yo conseguiré un cargador que recoja el equipaje. Puedes estacionarte frente al lugar donde descargan, y no te molestarán si tan sólo levantas la tapa del cofre y la dejas así. Puedes estacionarte ahí durante veinte minutos, si te ves obligado. Sólo mantén abierto el cofre, y quédate ahí como si esperaras algo —sus ojos de azul obscuro se posaron en los míos —. ¿Puedes poner cara de que esperas algo, Donald?

—No lo sé —dije—. Cuando he esperado algo, nunca me he visto al espejo.

—¡Dice las cosas más graciosas! —dijo Doris.

Vivian dejó que su mirada jugara con la mía.

—Ahora, pon cara de que me esperas a mí, Donald —dijo.

—Podría sufrir una desilusión.

—Sí, podrías…

—Donald, ve por el auto —dijo Doris.

—No te vayas tan aprisa, Donald. Les tomará diez o quince minutos bajar el equipaje, y a mí me tomará un minuto o dos recogerlo y ordenar que el cargador lo lleve a tu auto.

—Le hablaré de todo lo que hay que saber acerca de ti mientras

regresas, Donald —me dijo Doris Ashley—. No todo, quiero decir, pero casi todo. Y también le diré que no toque mi fruta.

Vivian sonrió con amabilidad.

—Puedes verla, pero no puedes tocarla, querida —agregó Doris.

—¿Dónde está la cerca? —preguntó Vivian.

Yo me fui a buscar el auto.

Estaba lejos, y tuve que caminar un buen trecho hasta que llegué a donde lo había dejado. Necesité varios minutos para atravesar el estacionamiento, y luego tuve que dar vuelta para buscar un lugar frente a la zona de descarga.

Habían actuado más rápidamente de lo que me anticipara Vivian. Me esperaban allí con el cargador, cuatro petacas y una bolsa de viaje.

Las petacas estaban amontonadas cuidadosamente en una carretilla de mano. Yo le di al cargador la llave del cofre. Me acerqué a ellas y les abrí la portezuela.

—Nos podemos ir adelante —dijo Vivian, y rápidamente se sentó en el centro del asiento delantero.

Entonces oí que el cargador gritaba algo. Me volví. El cargador estaba clavado en el suelo, con los ojos abiertos como platos, espantado. Lanzó otro grito, se volvió y empezó a correr tan aprisa como pudo.

—¡Vaya! ¡Qué demonios! ¿Qué le hiciste, Donald?

Fui a asomarme al cofre del auto.

Vi algo adentro, algo obscuro. Parecía la pierna de un pantalón. Me acerqué más y vi bien. El cuerpo de Carter Holgate estaba enroscado, con las rodillas junto al pecho. Bastaba verlo una vez para percatarse de que estaba muerto. Oí el grito de Doris Ashley en mis oídos y luego el silbato de un policía. Después de eso, la gente comenzó a apiñarse. Las mujeres gritaban, y un policía me detuvo por un brazo.

—¿Es éste su auto?

—Sí, es mi auto.

El policía dijo:

—Ustedes, manténganse atrás. No quiero a nadie cerca.

Tocó su silbato.

Un hombre uniformado, empleado del aeropuerto, vino corriendo hacia donde estábamos. Un momento después oí la

sirena, y un auto policíaco se acercó rápidamente. Luego disminuyó la velocidad para poder avanzar por entre la gente.

Dos policías uniformados bajaron de un salto, y de pronto me encontré dentro del auto policíaco. Dos minutos después estaba en la oficina del aeropuerto, y los policías comenzaron a interrogarme. Un hombre vestido de civil tomaba notas.

—¿Cómo se llama? —preguntó uno de los policías.

Se lo dije.

—Déjeme ver su permiso para conducir.

Se lo enseñé.

—¿Es éste su auto?

—Es alquilado.

—¿Qué hacía aquí?

—Vine a recibir a una chica que llegó en el último avión.

—¿Cómo se llama?

Se lo dije.

—¿Qué número de vuelo era?

Se lo dije.

—¿Quién es el hombre que está en el cofre?

—Por lo que alcancé a ver —le dije—, creo que es Carter J. Holgate; pero no estoy seguro.

—¿Quién es Carter Holgate?

—El gerente de una compañía fraccionadora.

—¿Lo conoce?

—Claro que lo conozco. De no ser así, no sabría quién era, ¿verdad?

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—La tarde de ayer.

—¿Cómo fue a dar el cuerpo al cofre de su auto?

—Ojalá lo supiera.

—¿Alguna otra cosa?

—Muchas cosas más —le dije, dando énfasis a estas palabras—. He estado en comunicación con Lorraine Robbins. Ella…

—¿Quién es ella?

—La secretaria de Carter Holgate.

—¿Dónde vive ella?

—En los apartamientos Miramar, en Colinda.

—Muy bien. ¿Y de qué ha estado hablando con ella?

—Acerca de Holgate. Ella estaba preocupada por él.

—Evidentemente, tenía muy buen motivo para estarlo. ¿Qué le dijo a usted?

—Que él no había ido a su casa en toda la noche, y que ella estaba preocupada.

—¿Vive ella con él?

—No. Ella sabía que había desaparecido.

—¿Cómo sabía que había desaparecido?

—Anoche tratamos de localizarlo.

—¿Dijo usted tratamos?

—Correcto.

—¿Estaba usted con ella?

—Estuve parte del tiempo.

—¿Y qué estaban haciendo?

—Tratábamos de localizar a Carter Holgate.

—¿Por qué?

—Porque alguien había allanado su oficina.

—¿A qué hora sucedió eso?

—¿Se refiere usted a nuestra búsqueda? No lo sé con exactitud. Sé que era tarde. Tal vez después de la medianoche.

—¿Cómo supo que alguien había allanado su oficina?

—Porque estuvimos allí.

—¿Qué buscaban en la oficina?

—A Holgate.

—¿Por qué?

—Quería discutir algo con él.

—¿Qué?

—Un accidente automovilístico.

—¿Y qué con eso?

—No quiero hacer una declaración acerca del accidente en este momento.

—Mire, amigo —dijo el policía—, usted está en un lío… Es un investigador privado. Es lo suficientemente listo para darse cuenta de la situación en que se encuentra. Será mejor que no se ande con rodeos.

—¿Qué sucedió con las chicas que estaban en el automóvil conmigo? —pregunté.

—¿Aquí en el aeropuerto?

—Sí.

—Las están interrogando.

—Una de ellas, la rubia, estuvo involucrada en el accidente —le dije.

—¿Cómo se llama?

—Vivian Deshler.

—¿Cómo se llama la otra?

—Doris Ashley.

—¿Cuándo se reunió con ella?

—Esta mañana.

—¿A qué hora?

—A las ocho y media.

—¿Dónde?

—En su apartamiento.

—¿Para qué?

—Para venir aquí, a recibir a la señorita Deshler.

—¿Y qué hay del allanamiento de la oficina del señor Holgate?

—Había un caos; parecía como si hubiera habido una lucha.

—¿Informó de eso a las autoridades?

—Creo que no.

—¿Por qué no?

—Su secretaria pensó que sería mejor esperar.

—¿Esperar qué?

—Esperar a ver qué sucedía esta mañana.

—Bueno, pues sí que ha sucedido algo esta mañana —dijo el policía—. Ahora tenemos bastante trabajo, y varias cosas que verificar. Quiero que usted se siente en este escritorio y escriba exactamente lo que me acaba de decir. Escriba todo lo que sabe acerca del caso.

—Oiga, ¿conoce usted al sargento Frank Sellers? —le pregunté.

—Claro; lo conocemos.

—Yo también lo conozco —le dije—. Consiga a Sellers, y hablaré con él. Mientras tanto, no voy a escribir nada.

—¿No va a qué?

—A escribir nada.

—Usted sabe lo que eso significa, amigo. Está exponiéndose mucho.

—Muy bien, pues me expondré mucho. Pero hablaré con Sellers

y, mientras tanto, no voy a escribir nada.

—Bien, llamaremos a Sellers. Tal vez lo llevemos con él.

Un policía tomó el teléfono y habló en voz baja durante un rato. No pude oír lo que decía. Después me quedé solo en el cuarto, cerca de veinte minutos.

Luego entraron dos policías; con ellos venían Doris Ashley y Vivian Deshler.

El policía fue al grano inmediatamente:

—Ustedes, siéntense aquí, señoritas —les dijo.

Doris me sonrió para tranquilizarme.

Vivian Deshler me miró especulativamente.

—Ahora bien, Lam —dijo el oficial—. ¿Vio usted un accidente automovilístico en Colinda, el trece de agosto?

—¿Y qué hay con eso?

—Describa el accidente.

—Bueno, fue sólo un accidente donde alguien chocó contra el automóvil que iba adelante.

—¿Quién era ese alguien?

—Carter Holgate.

—¿Quién iba en el auto de adelante?

—La señorita Deshler, aquí presente.

—¿Está usted absolutamente seguro?

—Claro; no la conocía entonces, pero ahora que la veo estoy completamente seguro.

—Muy bien. Describa el accidente.

—Bueno, eso fue casi todo.

—Adelante, descríbalo. ¿Cómo sucedió?

—Bueno —dije—, había una fila de autos.

—¿Qué tan larga?

—Creo que había dos adelante de la señorita Deshler, y luego, por supuesto, el del señor Holgate, que iba detrás de ella.

—¿Entonces eran cuatro en total?

—Correcto.

—Muy bien. ¿Y qué sucedió?

—Bueno, se acercaban a la esquina…

—¿Cuál esquina?

—La de la Séptima y Main, en Colinda.

—¿Dónde estaba usted?

—Estaba en la acera oeste de la calle Main.

—¿A qué distancia de la esquina?

—A unos veinte o treinta metros.

—¿Qué sucedió?

—Creo que Holgate había tratado de adelantarse a los autos que iban delante de él. Al darse cuenta de que no le sería posible, trató de volver a meterse en la fila. Iba bastante aprisa.

—¿Por qué no pudo lograrlo?

—Bueno, supongo que quería meterse al carril de la izquierda para poder pasar mientras la luz se lo permitía y…

—¿Y vio que no podría hacerlo?

—Creo que sí. No sé leer el pensamiento. Todo lo que puedo decir es lo que sucedió, y la manera en que conducía.

—Entonces, el motivo por el cual no logró pasar, debió ser que cambió la luz del semáforo.

—Pudo ser.

—¿Entonces, él estaba observando el semáforo?

—No lo sabría decir.

—La única otra razón pudo haber sido que hubiera autos a su izquierda y delante de él. No recuerdo que hubiera ninguno a su izquierda.

—¿Y qué pasó cuando cambió la luz?

—El auto que iba hasta adelante, al acercarse a la esquina, pudo haber pasado con la luz amarilla, pero el conductor aplicó los frenos inusitadamente. Así es que el auto que iba atrás de él se detuvo también, y estuvo a punto de golpearlo. La señorita Deshler conducía un auto más liviano. Se detuvo, y Holgate no la vio detenerse hasta el último minuto. Éste aplicó rápidamente los frenos a uno o dos metros del lugar donde chocó, pero no logró nada, sólo disminuir un poco la velocidad. Le dio un buen golpe al auto de la señorita Deshler, y pude ver cómo su cabeza se sacudió violentamente hacia atrás.

El policía la miró a ella.

Vivian Deshler me miró de arriba abajo, lenta y pensativamente. Luego dijo:

—Miente.

—¿Por qué miente? —quiso saber el policía.

—De ningún modo fue así como sucedió el choque.

—¿Cómo sucedió? —le pregunté.

—Había dos hileras de autos que se acercaban a la esquina —dijo—. Yo iba en la del lado izquierdo. El señor Holgate iba en la del lado derecho. Él trató de meterse a la fila de la izquierda, para pasar a los autos que iban en la de la derecha. Iba bastante aprisa. Viró hacia la izquierda, detrás de mí. La luz del semáforo cambió, y me pegó.

—¿Cuántos autos iban adelante de usted cuando se detuvo? —preguntó el policía.

—Ninguno —dijo—. El mío era el único auto que iba en el carril izquierdo. Iban cinco o seis autos en el de la derecha. Por eso, el señor Holgate trató de salir de la fila de la derecha y colocarse en la otra. Debió de ir aumentando la velocidad antes de pegarme. Lo vi por el espejo.

—Muy bien, Lam; usted no vio el accidente. ¿Entonces por qué dice que lo vio?

Doris Ashley intervino.

—Yo les diré por qué —dijo—. Porque Dudley Bedford lo obligó a firmar un testimonio.

—¿Qué quiere decir con «lo obligó»?

—Pueden matarme por decirle esto —dijo Doris.

—Nadie la va a matar por decirnos algo —dijo el oficial—. ¿Qué sucedió?

Ella le dijo:

—Donald Lam es un encanto. Estuvo en San Quintín. Salió, y trató de conseguir un empleo donde pudiera enderezar sus pasos, y Dudley Bedford, por razones que sólo él conoce, lo obligó a firmar el testimonio de que había presenciado el choque.

El policía la miró pensativamente.

—Ahora —dijo— yo le voy a decir algo a usted: Donald Lam es un investigador privado. Es socio de la firma «Cool y Lam». Les está tomando el pelo a todos ustedes. Nunca ha estado en San Quintín…, hasta hoy. Trataba de granjearse su simpatía, señorita Ashley, y no sé lo que intentaba hacer con usted, señorita Deshler, Pero…

Se abrió la puerta y entró Frank Sellers.

—Hola, enano —dijo Sellers—. ¿En qué lío te has metido esta vez?

—Trato de ganarme la vida.

—No deberías recurrir al asesinato —se volvió al policía—. ¿Qué sucede aquí?

El policía le explicó:

—Lo acabamos de atrapar en una mentira, sargento.

—Eso no es nada —dijo Sellers—. Lo puedes atrapar en una docena de mentiras, y luego el hijo de… comienza a escurrirse hasta que se zafa. Y si no tienes cuidado, te deja a ti con el paquete.

—Cada vez que te he dejado con el paquete —le dije a Sellers—, se ha debido a que había algo en él que te convenía.

—No ampliaremos el punto —dijo Sellers. Le hizo una seña con la cabeza al policía—. Vamos, saquemos a estas jóvenes de aquí. Podemos hablar un momento mientras me pones al corriente. Luego regresaré a interrogar a este tipo.

Salieron del cuarto.

Pasaron sus buenos veinte minutos antes de que Sellers volviera a entrar; regresó solo.

Mordisqueaba la empapada punta de un cigarro puro mientras me miraba pensativamente.

—Haces las cosas más endemoniadas, Lam —dijo.

—Me hacen las cosas más endemoniadas —le contesté.

—¿Viste el accidente automovilístico?

—No.

—¿Por qué dijiste que lo habías visto?

—Porque ese hombre, Bedford, me obligó a rendir testimonio.

—¿Cómo te obligó?

—Me dio un buen golpe, para empezar.

—¿Y luego qué?

—Bueno, él tenía la impresión de que yo había estado en San Quintín, y yo le seguí la corriente.

—¿Por qué?

—Quería saber qué tenía que ver en el asunto.

—Muy bien. Había otro tipo, uno que se llamaba Chris Maxton y que es socio de Holgate. Tú le hiciste una declaración a él, y te pagó doscientos cincuenta dólares.

—Correcto.

—¿Y por qué hiciste eso?

—Quería saber por qué ofrecían doscientos cincuenta dólares a los testigos, y quién iba a pagar el dinero.

Sellers sacudió la cabeza, y dijo:

—Me sorprende que siendo tan listo como lo eres, hayas aceptado los doscientos cincuenta dólares, Donald. Eso te hace culpable de obtener dinero bajo falsas apariencias.

—¿Y eso me hace sospechoso de asesinato? —le pregunté.

—No —dijo Sellers—. Otras cosas son las que te hacen sospechoso de asesinato.

—¿Como cuáles?

—El haber estado en la oficina de Holgate, haber saltado por la ventana, haber corrido hacia tu auto, que ya tenía el cuerpo de Holgate en la petaca, y haber huido.

—¿Quién lo dice?

—Tus huellas.

—¿De qué estás hablando?

—De las huellas digitales que dejaste en la oficina de Holgate —dijo Sellers—. Lorraine Robbins hizo lo más que pudo por encubrirte. Dijo que fue hasta allá contigo, y que entonces descubrieron lo que sucedió; pero tus huellas dicen que le mentiste a ella.

—¿Cómo que mis huellas?

Sellers sonrió, y dijo:

—Fue un truco muy hábil, Donald. Volviste a la oficina, y fingiste descubrir lo que había pasado. Fuiste muy, muy solicito con Lorraine, y pusiste tus manos en todas partes, de modo que las huellas que habías dejado primero no tuvieran significado. Pero no te fijaste en una cosa.

—¿En qué?

—En el zapato de mujer.

—¿Y qué hay con él?

—Cuando cayó el modelo de cartón que estaba en la mesa, dio con el zapato. Se puede ver la marca que indica que estaba medio metido debajo de él.

—Yo no sé nada de eso.

—Y —prosiguió Sellers— tú levantaste el modelo de cartón para sacar el zapato y verlo. Sacudí la cabeza negativamente.

—Y —dijo— cuando lo hiciste, dejaste la huella de tu dedo hecha con el polvo que te quedó cuando cogiste el maquillaje de la polvera rota, y la huella estaba en la parte de abajo del modelo de

cartón. Empezamos a investigar allí hoy, a las nueve de la mañana.

Sellers dejó de hablar moviendo el puro apagado de un lado al otro de su boca.

—Ahora, vamos a ver cómo sales de ésta, enano.

Yo no dije nada.

—¿Bueno? —dijo Sellers después de unos segundos.

—Andas muy errado, sargento. Pude haber dejado mi huella en el modelo a cualquier hora.

—No, no pudiste —dijo—. Después de sacar el zapato, y de que el modelo quedó completamente sobre el suelo, no había espacio para que metieras el dedo debajo de él. Ni siquiera hubieras podido levantarlo, a menos que usaras un destornillador, un cincel, o algo parecido para meterlo por debajo y usarlo como palanca. El modelo pesa, aproximadamente, cuarenta y cinco kilos. Nosotros no pudimos levantarlo, y tú tampoco pudiste.

—Comprendo —dije—. Soy culpable como el que más. ¿Verdad?

—No lo sabemos, estamos investigando.

—Eres un pésimo investigador. Encuentras mi huella digital en la parte de abajo de un modelo de cartón que pesa cuarenta y cinco kilos, e inmediatamente llegas a la conclusión de que me metí a la oficina de Holgate, lo golpeé hasta noquearlo, lo saqué por la ventana, lo arrastré por el jardín, lo puse en el cofre de mi automóvil y luego regresé por algo. ¿Por qué regresé?

—Tal vez querías el testimonio que habías firmado; después de enterarte de que estaba todo equivocado —dijo Sellers.

—Y si no pude levantar la orilla del modelo de cartón, ¿cómo levanté a Holgate, que pesaba más de cien kilos? ¿Cómo lo levanté, brinqué con él por la ventana, lo llevé hasta el auto y lo puse en el coche?

—No lo sabemos —dijo Sellers—. Pero intentaremos averiguarlo.

—Valdrá la pena —le dije—. Si yo pudiera cargar a un hombre de cien o ciento veinte kilos, sacarlo por la ventana y ponerlo en el cofre de un auto, entonces me parece que bien podría levantar el borde del modelo del fraccionamiento, que sólo pesaba cuarenta y cinco kilos.

—Podrías tener un cómplice, y lo sabes —dijo Sellers—. Entonces sólo habrías necesitado soportar la mitad del peso.

—Así sale muy bien ¿Y quién podría ser mi cómplice?

—Lo estamos buscando —dijo Sellers mordisqueando el puro pensativamente.

—Muy bien. ¿Y dónde quedo yo? ¿Se me acusa de asesinato?

—Aún no.

—¿Qué es lo que está sucediendo?

—Te hemos detenido para interrogarte.

Yo sacudí la cabeza negativamente.

—No me gusta eso. O me hacen cargos, o me sueltan.

—Podemos detenerte para interrogarte.

—Ya me interrogaste. Déjame hablar por teléfono.

—Adelante.

Me dirigí al aparato, llamé a la oficina y le dije a la operadora que me comunicara rápidamente con Bertha Cool. Luego oí la voz de Bertha, que decía:

—¿Bueno, ahora qué te pasa?

—Me están interrogando acerca del asesinato de Carter Holgate. Estoy en el aeropuerto. Encontraron el cadáver en el cofre de mi automóvil. Tengo trabajo que hacer. Quiero…

Bertha me interrumpió:

—¡El cadáver de Holgate! —gritó.

—Correcto —le expliqué pacientemente—. *Su cadáver, completamente asesinado*. Lo encontraron metido en el cofre del auto de la agencia.

—¡El auto de la agencia!

—Correcto —le dije—. Ahora, Sellers está aquí. Me está interrogando, y yo tengo trabajo que hacer. Ya le dije todo lo que sé. Le digo que me acuse de asesinato, o que me deje ir. Como no quiere hacer ninguna de las dos cosas, quiero que consigas al mejor abogado de la ciudad para que presente una demanda.

—Déjame hablar a mí con Frank Sellers —dijo Bertha.

Extendí a Sellers el aparato. Él me dijo:

—Dile que no es necesario. Quiero proteger mi tímpano izquierdo. Puedes decirle que te voy a soltar.

—Dice Sellers que no es necesario, que me va a soltar.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que al rato iré a la oficina.

Sellers me dijo:

—Ya no vas a usar tu auto, Donald. Permanecerá detenido como evidencia, manchas de sangre…, y todas esas cosas.

—Sellers va a detener mi auto. Me iré en taxi —le dije a Bertha.

—¿En taxi? ¡Sobre mi cadáver! Toma un autobús y ahórrate cuatro dólares.

—Esto es un asesinato —le dije—. Los minutos cuentan.

—¡Que el diablo se lleve los minutos! —exclamó Bertha—. Los dólares también cuentan.

—Haz que tu cliente vaya a la oficina. Quiero verlo allí.

—Y que me acerque una silla —dijo Sellers.

—¿Cómo dijiste? —le pregunté.

—Acérquenme una silla. Yo voy contigo. Si vas a conseguir que un hábil abogado presente una demanda, vamos a entrar de lleno en el asunto. No vamos a acusarte de asesinato antes de saber qué clase de asunto nos traemos entre manos. Porque yo voy a estar contigo, Donald, como si fuera tu hermano.

—Díselo tú a Bertha.

—No; tú —me contestó.

Se lo dije.

—Sellers va a estar conmigo. No están listos para acusarme de asesinato, pero Sellers se me va a pegar. Al menos eso es lo que dice.

Ella me preguntó:

—¿Puedes evitarlo?

—Probablemente no —le contesté—. Así es como trabaja la policía. O insisten en que alguien te acompañe, o te ponen bajo custodia y te acusan de asesinato. Pueden tenerte a la sombra durante un buen rato.

Bertha pensó un momento, y dijo:

—Haremos que ese hijo de perra pague la mitad de lo que cobre el taxi, si es que se viene contigo.

—Probablemente podamos hacer algo mejor —le dije—. Creo que él tiene un auto del departamento de policía. Tú haz que tu cliente vaya a la oficina. Quiero hablar con él allí.

—Y yo quiero escuchar —dijo Sellers con una sonrisa—. Esto se está poniendo bueno.

—¿Cuánto tardarás en llegar? —preguntó Bertha.

—Voy para allá inmediatamente —le dije—. Tú arregla la

entrevista.

Colgué.

Sellers aún sonreía.

—Les dije que harías exactamente eso —dijo.

—¿Qué?

—Amenazarme con una demanda —dijo Sellers—, para forzarnos, y que podríamos soltarte toda la cuerda que quisieras, para que nos llevaras hasta la gente que nosotros buscamos.

capítulo nueve

NOS reunimos en nuestra oficina. Frank Sellers masticaba un puro nuevecito, cómodamente satisfecho por su astucia; Bertha Cool, con la astucia reflejada en los ojos, cautelosa, parecía pensar bien lo que hacía; y Lamont Hawley, calmado, digno, reservado, trataba evidentemente de mantenerse al margen tanto como le fuera posible.

—Muy bien, enano —dijo Sellers—. Ésta es tu fiestecita; tú nos invitaste. Toma el estrado.

Le sonrió a Bertha Cool, y ella le lanzó chispas con los ojos.

—¡A quién se le ocurre tratar de achacarle un crimen a Donald Lam, Frank Sellers! —exclamó enfurecida.

—Él mismo trata de achacárselo —dijo Sellers—. Y entre más camina en el mar, más se mete a lo hondo. Pronto el agua le tapará la cabeza.

—Ya te he oído hablar así antes —dijo Bertha—, y para cuando desapareció la humareda, Donald estaba muy bien y tú ibas de su mano para obtener un prestigio que no merecías. Además, ese maldito puro que traes, apesta. Tíralo.

—Me gusta su sabor, Bertha —dijo Sellers.

—Bueno, pues a mí no me gusta su olor.

—Si quieres, lo sacaré.

—Bueno, ¡pues sácalo!

Sellers se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

—¡Hey, espera un momento! ¿Dónde lo vas a tirar? No puedes tirarlo afuera…

—¿Quién habló de tirarlo? —dijo Sellers inocentemente—. Tú dijiste que querías que lo sacara, y eso iba a hacer.

—¿Y te vas con él?

—¡Pues claro!

—¡Tú te sientas en esa silla —dijo Bertha Cool—, y escuchas un momento! Y no te hagas el listo. Ahora, Donald, ¿de qué demonios se trata todo esto?

Yo me volví hacia Lamont Hawley.

—¿No fue usted quien contrató a la agencia de investigadores «Ace High» para que trabajara en esto?

—No. Ya se lo dije a la señora Cool.

—¿Por qué me contrató usted para este caso?

—No veo ninguna razón para volver a repetirlo, particularmente en presencia de testigos, ya que cualquier cosa que diga aquí puede ser repetida a la prensa.

»No tengo inconveniente en decirles a ustedes, a ustedes dos, que mi compañía ve con muy malos ojos la inevitable publicidad que resultará de haberlos contratado para investigar el caso.

»Como podrán entender fácilmente, si lo piensan un poco, no nos halaga esta clase de publicidad, y…

—Ya es mucha palabrería —le interrumpí—. ¿Por qué nos contrató para este caso, en lugar de usar sus propios investigadores?

—Se lo he explicado una docena de veces.

—Trate de que sean trece —le dije—. Puede que le interese al sargento Sellers.

Suspiró pacientemente.

—Sargento, yo no sé qué impresión tenga usted, pero yo creo que el señor Lam está tratando de ganar tiempo.

—Déjelo que lo haga —dijo Sellers—. Tenemos mucho, y él tendrá aún más. Tal vez cadena perpetua…, si tiene suerte.

—Estamos esperando —le dije a Hawley.

—Pensamos que una agencia que no fuera la nuestra podría cubrirnos mejor.

—A ver, otra vez.

—Ya me oyó usted.

—Ya le oí —le dije—, y lo que ha dicho no tiene ningún sentido. Por alguna razón, usted necesitaba una agencia que no fuera la suya. ¿Era porque temía una demanda por difamación?

Entornó los ojos.

—¿Era eso? —le pregunté.

Hawley iba a decir algo, pero luego cambió de opinión.

Sellers, que había estado observando a Hawley con la mirada de

un policía que ha visto interrogar a mucha gente, dijo:

—A usted no le gusta la publicidad, Hawley. Creo que le han hecho una pregunta justa. ¿Por qué no contesta aquí y se evita el tener que hacerlo después en la oficina del fiscal, con periodistas en la puerta buscando información y preguntándose qué hace su compañía mezclada en todo esto?

Hawley se ruborizó, y dijo:

—Ése es uno de los aspectos molestos del caso.

Yo le dije a Sellers:

—Lo que yo creo, es que el asunto se puso demasiado peligroso para que ellos lo manejaran. Tenían que hacer contraacusaciones a Holgate, y no querían asumir la responsabilidad. Les convenía pagar algún dinero para que una agencia independiente arriesgara el pescuezo.

Sellers se volvió hacia Hawley, se sacó el puro de la boca, y apuntándolo con él, le dijo:

—¿Hay algo de verdad en eso, Hawley?

Hawley, que había estado contestando después de meditar un poco, cambió repentinamente de táctica.

—No existe nada en el sentido en que usted lo plantea, sargento —contestó al punto—. Sin embargo, le diré esto: ciertos detalles, en la manera como presentaron la demanda por lesiones en el cuello, nos dieron motivos para pensar que estábamos frente a un tramposo profesional. Bueno, los síntomas estaba detallados con gran minuciosidad; pero la lista de los diversos dolores de la demandante, de sus padecimientos y el informe de su estado nervioso; la descripción de los síntomas, y todo lo que se expone en la lista que ella misma nos entregó, nos llevan a pensar que tal vez estemos tratando con una farsante.

—¿Tan sólo porque presentaron la demanda?

—Por la manera como la hicieron. A nuestro ajustador le faltó un poco de diplomacia, e hizo una declaración frente a testigos, que nos inquietó un poco. Pudo haber sido la base para que se iniciara alguna acción en nuestra contra, a menos que él hubiera podido probar que la insinuación que había hecho tenía un sentido distinto. Y aparentemente no había muchas probabilidades de poder hacerlo con la información que teníamos entonces, o la que pudiéramos conseguir con una dosis razonable de buena suerte.

Sellers se volvió a mirarme.

—¿Contesta eso a tu pregunta, enano?

—La desvía.

—Está bien —dijo Sellers—. Sigamos desde ahí. ¿Cuál es su próxima respuesta?

Yo le dije:

—La siguiente respuesta es que no hubo ningún accidente.

—¿Qué quiere usted decir con que no hubo ningún accidente? —dijo Lamont Hawley—. ¡Claro que hubo un accidente! Verificamos que en el taller repararon el auto de Holgate, y verificamos que también, en otro taller, repararon el de la Deshler. Hasta tenían una parte de la defensa del auto de la Deshler; se la habían quitado, y la pintura que tenía era del auto de Holgate. Tiene que mejorar la ruta, Lam.

Sellers sonrió, y dijo:

—Sigue retorciéndote, Lam. Me gusta observarte. Eres como una trucha que pesqué el verano pasado; una trucha enorme. La eché en la red, y luchó como un demonio. Se retorcía, resbalaba, y golpeaba con la cola, pero no iba a ningún lado.

Sellers rió al recordarlo.

Yo insistí:

—¿Aún no te das cuenta? Las cosas sucedieron de otra manera. Carter Holgate se emborrachó. Empezó tomando cócteles porque era el cumpleaños de su secretaria. Con eso tuvo un buen comienzo. Salió a cenar a algún lado, y se puso una buena. Regresó y se vio involucrado en un accidente de «pega y huye». No se atrevió a detenerse, porque estaba borracho. Así que salió huyendo. Pero había golpeado su auto, y tenía que hacer algo para ocultar el hecho.

»Conocía a Vivian Deshler. Lo que me parece más lógico, es que Vivian debe de haberse mezclado en un caso de demanda por lesión en el cuello. De ese tipo de lesiones. Ya fuera ella la lesionada o alguien a quien ella conocía. Por lo tanto, sabía muy bien que una vez que se estableciera que había sufrido la lesión, sería casi imposible que algún médico pudiera dar un diagnóstico exacto.

»Holgate fue a verla tan pronto como estuvo suficientemente bien para razonar. Eso fue probablemente cerca de la medianoche. Le dijo: “Oye, Vivian, estoy en un aprieto. Déjame pegarle por

detrás a tu automóvil; luego fijaremos una hora y lugar ficticios para el supuesto accidente, la cual situaremos ya avanzada la tarde, pero antes de que yo tomara mi primer cóctel, Puedes hacer una reclamación por lesiones en el cuello y demandarme. Fingiré que no te conozco, que eres una extraña para mí, y avergonzado, me declararé culpable. La compañía de seguros tendrá que indemnizar. Yo saldré del aprieto verdadero por haber huido. Tú ganarás fácilmente un pleito contra la compañía de seguros por lesiones en el cuello, y…".

Lamont Hawley chasqueó los dedos.

—¿Concuerda? —preguntó Sellers.

—¡Por mi madre, que si concuerda! —dijo Hawley—. Ahora empiezo a ver todo claramente. ¡Por Dios, el tipo tiene razón!

Sellers sonrió.

—No jure —dijo—. Hay damas presentes.

—¡Con mil demonios, vaya que si tienes razón! —dijo Bertha—. Si hay damas presentes, pero dejemos a un lado los jueguecillos. ¿Qué sabe usted de eso, Hawley?

—No lo sabemos, pero las fichas empiezan a acomodarse —dijo Hawley—. Hicimos una verificación de rutina para tratar de encontrar testigos del accidente, y no encontramos ninguno. Por supuesto que el relato de Holgate había estado envuelto en un aire de sinceridad, y no prestamos mucha atención a esa fase del asunto. Lo que nos inquietaba era la manera como Vivian Deshler redactó la demanda. Había sido hecha por un abogado muy hábil, que se sabía todas las mañas, o si no… ¡Así que eso fue! ¡Vaya!

—Dile a Elsie que venga —le dije a Bertha Cool.

Ella hizo una llamada a mi oficina, y segundos después entró Elsie Brand.

—¿Cómo están tus archivos de casos sin resolver, Elsie? —le pregunté—. ¿Tienes algún caso de accidente de «pega y huye» ocurrido en los últimos tres meses?

—Muchos —dijo—. Volumen «G», clasificación doscientos. ¿Quieres verlo?

—Sí.

Me miró con aprensión durante un instante, y luego fue hacia la puerta, se volvió, me lanzó una mirada de apoyo por encima del hombro, y desapareció.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¿Una biblioteca de criminología? —me preguntó Sellers.

—Algo así.

—Está invirtiendo una buena parte de su tiempo en eso —dijo Bertha—. Más bien, el de esa secretaria suya que parece andar en la luna.

—No lo entiendo —dijo Sellers—, a menos que esté tratando de competir con el departamento de policía.

Yo no contesté.

Sellers mordió su puro y agregó:

—Por supuesto que puede ser un señuelo; cada vez que te pescamos fuera de primera base, tratas de relacionar lo que haces con algún caso en el que la policía está interesada. Te damos rienda suelta para ver si sales con algo que a nosotros nos sirva. Pero, ahora que me acuerdo, nos has salido con ese truco en los dos últimos casos.

Sus ojos se entornaron.

—¿Sabes, Lam? —dijo—, ése es el problema contigo. Eres muy chiquito, y es fácil subestimarte.

Elsie Brand estaba ya de vuelta. Le faltaba la respiración, de tan emocionada que estaba. Traía el libro bajo el brazo.

—Aquí está, Lam —dijo, y se inclinó sobre mí.

Pude sentir su aliento en la cara, y su pecho que presionaba contra mi hombro. Puso el libro sobre mis rodillas, y me dio un apretón con la mano en el brazo izquierdo, para darme confianza.

—Algo que haya ocurrido el trece de agosto —dije—. ¿Los tienes por fechas?

Sus ágiles dedos hicieron pasar rápidamente las hojas.

—Aquí lo tenemos.

—¿Hubo algún accidente el día trece de agosto en el cual el culpable haya huido?

—Sí, sí. ¡Aquí está!

Miré el recorte del periódico. Luego se lo pasé a Sellers.

—Aquí lo tienes, sargento —le dije—. Ocurrió en la carretera que va de Colinda a Los Ángeles. Un auto que iba zigzagueando, le dio un golpe a otro. Luego fue a dar contra una parada de autobuses, mató a dos personas, y siguió adelante, Todos los esfuerzos por localizarlo fueron inútiles.

Sellers dijo:

—Yo voy a hacer un par de preguntas. ¿Elsie, es usted la secretaria de este tipo?

—Sí, señor.

—¿Ensayaron esta escena?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Fue todo como sucedió? ¿Lo hizo espontáneamente, o ya la había aleccionado?

—¡Oh, no, señor! Yo ni lo había notado antes. Yo sólo guardo los libros de recortes.

—¿Tienes alguna evidencia de que eso encaja en lo nuestro, Lam, o sólo seguiste una corazonada que se ha resuelto en un golpe de suerte?

—Tengo la seguridad de que encaja muy bien —le dije—. Se suponía que el accidente había ocurrido a las tres y media, pero puedo conseguir un testigo que jurará que el auto de Holgate no estaba dañado a las cuatro y media de la tarde. Este accidente, en la parada de los autobuses, ocurrió hacia las seis y veinte.

Sellers dijo:

—Eso no es de la competencia de mi departamento, pero te apuesto que a, los muchachos de tránsito les daría un gusto enorme aclararlo. No nos gusta que esos accidentes, en los que el culpable huye, se queden sin resolver. Anima demasiado a los que conducen en estado de ebriedad.

Hawley dijo repentinamente:

—¡Hey, esperen un momento! Holgate es nuestro cliente, Lam. Está asegurado en nuestra compañía. ¡Nos saca usted de la sartén para echarnos al fuego!

—Yo no hago los datos, sólo los descubro.

—Está descubriendo algo que no nos va a ayudar.

Sellers lo miró de arriba abajo por un momento, y dijo:

—¿Querría usted convertirse en cómplice de un delito?

—No. No. Claro que no.

—Bueno, si Lam tiene razón en este asunto, será mejor que seamos nosotros quienes lo averigüemos. También será mejor que usted nos proporcione la ayuda que necesitemos.

—Sí, sargento —dijo Hawley—. Yo sólo hacía un comentario sobre los aspectos obvios del caso.

—Bueno, mejor no haga comentarios sobre lo que es obvio —dijo Sellers—. No es necesario.

Me miró, y empezó a masticar su puro.

—¿Bueno? —le pregunté.

—No sé qué pensar de ti —dijo Sellers—. Una vez que te arrancas hablando, puedes encantar a una serpiente y… ¡Demonios, no sé!

Volvió a mirar el recorte, y luego fue hacia donde estaba el teléfono de Bertha, lo levantó y marcó un número.

—Habla el sargento Sellers —dijo—. Quiero hablar con el capitán Andover, del Departamento de Tránsito.

«Bill, habla Frank Sellers. Estoy sobre la pista de algo que puede aclarar un accidente de "pega y huye" que ocurrió el trece de agosto entre Colinda y Los Ángeles. Un par de personas que murieron en una parada de autobús, a las seis veinte…, un conductor borracho. Bueno, ¿tienes algún testigo que nos pueda ayudar aquí?».

Sellers escuchó durante un rato, y luego contestó:

—¡Vamos!, me estás entendiendo mal. Sólo dije que trabajaba en algo que podría, que posiblemente podría darnos una pista para aclarar aquello. Mira, voy a ir para allá dentro de un rato. Voy a ir acompañado. Prepáralo todo.

Sellers colgó el teléfono, me miró y sacudió la cabeza.

—Cada vez que creo que te tengo con la espalda contra la pared, no sé cómo me saltas por atrás. ¡Vamos, demonios, Lam! Si me estás tomando el pelo en este asunto, yo…, bueno, haré algo que no vas a olvidar nunca.

Sellers miró su reloj de pulsera, y se volvió hacia Bertha.

—Le dije a un agente que trajera a Chris Maxton, que es el socio de Holgate —le informó—. Tendré que irme antes de que llegue, pero cuando venga, quiero que ustedes…

Sonó el teléfono.

Bertha levantó el auricular.

—Hola —escuchó un momento, y luego se volvió hacia Sellers y le dijo—: Ya están aquí.

—Háganlos pasar —dijo Sellers—. Tendremos tiempo de atar este cabo antes de seguir adelante.

—Que pasen —ordenó Bertha, y colgó.

Se abrió la puerta. Uno de los policías que habían estado en el

aeropuerto, dijo:

—Pase, señor Maxton.

El hombre que entró era el hombre robusto que había conocido en el apartamiento de Elsie Brand, el mismo que me había dado los doscientos cincuenta dólares.

Me miró, Y gritó:

—¡Pillo, ladrón! —y avanzó hacia mí.

Sellers metió su experto pie y lo hizo tropezar.

—No se altere, amigo —dijo—. ¿Qué es lo que no le gusta? ¿Qué le pasa?

—¿Qué es lo que no me gusta? —gritó Maxton—. ¡El vulgar ladrón! ¡Me sacó doscientos cincuenta dólares!

—Díganos cómo fue.

—No hay mucho que decir. Mi socio…

—¿Cómo se llama él?

—Carter Jackson Holgate.

—Muy bien. Prosiga.

—Bueno. Mi socio se vio mezclado en un accidente automovilístico, y yo quería encontrar testigos. Puse un anuncio en el periódico…

—¿Usó su nombre?

—No; sólo el número de un apartado postal.

—Muy bien, puede proseguir.

—Puse un aviso en el periódico, ofreciendo doscientos cincuenta dólares a un testigo que hubiera visto el accidente. Este vulgar ladrón me envió una carta diciendo que él lo había visto, y dándome un número telefónico. Se suponía que él era el hermano de una mujer de nombre Elsie Brand, que tiene un apartamiento en esta ciudad. También se suponía que él estaba de visita en la casa de ella; me hizo un relato convincente, y yo le di los doscientos cincuenta dólares. Luego supe que el accidente no ocurrió de esa manera, y que él es un mentiroso; que, en realidad, no lo presenció.

Sellers se volvió hacía mí. Luego hacia él.

—¿Para qué quería usted un testigo del accidente? —le pregunté yo a Maxton.

—Usted sabe por qué. Porque siempre necesita uno testigos de los accidentes.

—¿Estaba asegurado su socio?

—¡Claro que estaba asegurado! Es un seguro que paga el negocio. No conduciríamos ninguno de los automóviles si no tuviéramos un seguro sobre cada uno de ellos; daños a terceros, y daños a la propiedad, cubriendo el monto total de los riesgos hasta el límite.

—¿Y admitió su socio que el accidente fue culpa suya?

—Bueno, ¿y qué si lo hizo?

—¡Vaya! ¿Y para qué necesitaban testigos?

—No le permito que me siga haciendo preguntas.

—Como nadie respondió ante el anuncio que ofrecía cien dólares, después ofreció doscientos cincuenta.

Maxton se volvió hacia Sellers, y le dijo:

—¿Es usted agente de la policía?

—Sí.

—Muy bien, pues como usted parece estar al frente de esta situación, le diré algo: no tengo por qué permitir que este ladrón me haga toda clase de preguntas.

—Bueno, entonces yo le haré la misma pregunta —dijo Sellers —. ¿Por qué aumentó la oferta?

—Porque quería encontrar un testigo.

—¿Para qué?

—Para que no cupiera la menor duda, en cuanto a lo que había sucedido.

—¿Sabía, usted que la compañía de seguros había contratado a una agencia de investigadores?

—¡Diablos, no! Yo sólo trataba de aclarar las cosas dentro de lo posible.

—¿Y supo él que puso usted esos anuncios en el periódico?

—¡Claro!… Bueno, no estoy seguro de que lo haya sabido. Siempre nos ponemos de acuerdo; trabajamos unidos. Era una sociedad muy unida, y Carter sabía que yo le ayudaría en todo lo posible.

—¿Sabe usted dónde está Holgate ahora?

—No. No he estado en la oficina hoy, y la policía ha andado por allí inspeccionando el lugar. Anoche robaron, pero no creo que eso tenga algo que ver con esto… ¿O es así?

Maxton se volvió y me miró.

Sellers le hizo una seña con el pulgar al policía, y le dijo:

—Sácalo; no le digas nada por ahora.

—Esperen. ¿De qué se trata todo esto? —preguntó Maxton—. Pero… Yo vine hasta acá buscando a un ratero que obtuvo dinero bajo falsas apariencias. Ustedes actúan como si yo estuviera acusado de algo.

Sellers simplemente volvió a hacer la seña con el pulgar, indicando al policía que se lo llevara.

—Por aquí —le dijo el policía a Maxton, y lo tomó del brazo. Maxton empezó a resistirse.

El agente aumentó la presión, y Maxton salió.

Sellers masticaba su tabaco.

—Esto está más enredado de lo que parecía —exclamó Hawley, irritado.

Sellers dijo:

—Vamos, enano. Vamos a movilizarnos.

capítulo diez

EL capitán William Andover, de Tránsito, fue con nosotros a visitar a la señor Eloise Troy. Nos dijo que ella era la única persona cuyo testimonio podría tener algún valor en el caso del accidente ocurrido en la carretera.

Sellers le dijo a Andover:

—¿No te molestaría que yo hiciera las preguntas, Bill? Trabajo en algo más grande: en un caso de asesinato.

—Puedes hacerlo —dijo el capitán Andover—. Yo estoy trabajando en una pista fresca sobre este caso, pero aún no estoy preparado para mostrar mis cartas. Adelante.

Sellers tocó el timbre.

La señora Eloise Troy resultó ser una viuda bastante gruesa, franca, que frisaba en los cincuenta y dos o los cincuenta y tres años. Usaba anteojos, y parecía dueña de sí misma y muy sensata.

El capitán Andover se identificó, y nos presentó.

—Quisiéramos que nos hablara de ese accidente en el que el culpable huyó, el trece de agosto —dijo Sellers.

—¡Cielos! Ya he dicho todo lo que sé acerca de eso, media docena de veces.

—¿No le importaría repetirlo una vez más? —dijo Sellers—. Porque yo quiero oírlo de usted misma. Estoy siguiendo una pista que puede dar frutos.

—Bueno, de veras espero que los dé —dijo—. Fue la cosa más insensible y brutal que he visto en mi vida. Me hizo volver el estómago. No pude dormir por mucho tiempo, sin soñar pesadillas.

—¿Quisiera contárnoslo?

—Claro que puedo hacerlo —dijo—. Pasen y tomen asiento.

Su pisito era un lugar cómodo y acogedor, en el que flotaba un excitante olor a comida.

Cerró la puerta de la cocina, y dijo:

—Estoy asando un pollo, y despide un olor agradable pero muy penetrante; bueno, bastante fuerte.

Nos sentamos y la señora Troy siguió diciendo:

—Bueno, creo que eran como las seis y media de la tarde; era la hora de la salida de los empleados. Yo iba en auto hacia Los Ángeles, y aquel auto venía precisamente detrás del mío.

«Yo siempre procuro mirar con frecuencia el espejo, para estar al tanto de lo que hay detrás de mí. Cuando conduce una, si hay que detenerse, siempre tiene mucha importancia el auto que viene detrás. Hay que saber si es un conductor que controla bien el vehículo, o si es del tipo de los que pueden pegarle a una por atrás. Dios sabe que ya me ha pasado eso».

Sellers hizo un ademán de comprensión.

—Bueno, pues yo vi el auto que venía atrás de mí, y que el conductor estaba borracho. De eso no hay duda; el hombre estaba absolutamente borracho.

—¿Puede describir el auto?

—Bueno, eso es algo que no puedo hacer —dijo—. Puedo decirles que era un auto grande, moderno y flamante…; ustedes saben, no era un modelo viejo y maltratado, sino nuevo y bastante grande.

—¿Iba haciendo eses por la carretera?

—Ya lo creo. Casi rozó de lado contra un auto, al tratar de pasarlo, y luego se le cerró por enfrente a otro haciéndolo salirse de la carretera. Yo me dije: «¡Cielos, ese hombre viene borracho, y sólo Dios sabe lo que vaya a hacer! Tengo que disminuir la velocidad y acercarme a la orilla de la carretera».

»Así es que bajé la velocidad y me hice a un lado. Lo vi venir detrás de mí a toda velocidad. Creí que iba a chocarme por atrás. Luego viró repentinamente, se fue demasiado hacia el otro lado de la carretera, y luego volvió al carril. La parte trasera de su auto rozó al mío, y eso lo desconcertó completamente. Viró hacia su izquierda, regresó a la derecha, y se fue de frente contra un grupo de personas que esperaban el autobús.

—¿Se fijó usted en el número de sus placas, o en algún detalle característico?

—¡Cielos, no! Estaba demasiado ocupada con mi propio auto,

tratando de dominarlo. Me pegó en el frente y me salí del pavimento. Cuando traté de volver a la carretera, la cuneta hizo que el volante se torciera, y tuve que detenerme… Para entonces creo que ya estaba toda temblorosa.

—No necesita decir nada de eso —dijo el capitán Andover—. En caso de que tenga que rendir testimonio, señora Troy, no diga nada acerca de que estaba alterada, porque algunos abogados se podrían coger de eso y decir que usted estaba demasiado histérica para saber de qué habla.

—No estaba histérica —dijo—; sólo un poco alterada, y bastante molesta… Bueno, ciertamente que no estaba histérica… Yo no lo llamaría histeria.

—¿No sabe usted nada acerca de ese auto? Aparte de que era grande, ¿no sabe de qué marca era?

—Eso es todo.

—¿Y le dio de lado al suyo?

—Sí.

El capitán Andover dijo:

—Tomamos una muestra de la pintura que quedó adherida a su defensa, y la examinamos con el microscopio y con el espectroscopio. Seguramente era un *Buick* último modelo.

Sellers entornó los ojos.

—¿No se fijó en nada que nos pueda dar una pista? Piénselo cuidadosamente. ¿Había algo en el auto…, algo que fuera notorio?

—No —dijo—. No puedo recordar mucho acerca del auto; pero, en cambio, vi bien al conductor.

Sellers se incorporó en su asiento.

—¿Lo vio bien a él?

—Sí.

—¿Qué puede decirnos de él?

—Bueno, parecía… Era un hombre fornido; llevaba un sombrero al estilo del Oeste, y usaba bigote. Recuerdo bien eso; el suyo era de esos bigotes recortados, y llevaba uno de esos trajes de…, usted sabe, del tipo que usan los agentes y los vaqueros, y algunos guardabosques, así como la gente que trabaja al aire libre.

Sellers y Andover intercambiaron miradas.

—¿Cree que podría reconocerlo por medio de una fotografía? —le preguntó Sellers.

—Bueno, pues no sé. Ya sabe usted que es muy difícil identificar a las personas por medio de fotografías. Tal vez si viera uno de perfil, podría…

—Y suponiendo que viera al hombre, ¿cree que podría identificarlo?

—Creo que sí. Tengo su imagen grabada en la cabeza.

Sellers dijo:

—Esto puede asustarla un poco, señora Troy, pero quisiéramos que viera usted a un hombre. Ahora bien, este hombre está…, bueno, francamente, está en el nosocomio. Puede que sea difícil para usted, pero sería en favor de la justicia.

—A mí no me afectan los muertos —dijo—. Lo veré.

Sellers sacó una foto de su bolsillo, y dijo:

—Ahora voy a mostrarle una fotografía del perfil de un hombre. No quiero que se deje influenciar. Si puede identificarlo, muy bien; si no puede, no quiero que al ver al hombre muerto, tan sólo porque vio esta fotografía, crea que ése es el hombre que usted vio.

—Entiendo.

Sellers le dio la fotografía en la que Holgate aparecía de perfil.

Ella la miró y dijo:

—Pues… pues, sí… Creo que éste es el hombre. Se le parece.

Sellers le quitó la foto, la volvió a guardar en su bolsillo y dijo:

—Creo que va a tener que acompañarnos al nosocomio, señora Troy, si no tiene inconveniente. La dejaremos de molestar inmediatamente. La llevaremos allá y luego haremos que un policía la vuelva a traer a su casa.

—No me importa. ¿Cuándo quiere que vaya?

—Ahora. Quiero decir, tan pronto como le sea posible.

—Bueno, caray; tengo un pollo en el asador, y…

—¿No tiene alguna vecina que se lo cuide mientras regresa? —preguntó Sellers.

—Oh —dijo—, no es tan importante. Lo apagaré. Eso no afectará demasiado el sabor. Sólo desconectaré el aparato, y volveré a conectarlo cuando regrese. No nos tardaremos mucho, ¿verdad?

—No demasiado —dijo Sellers.

—Espérenme un minuto.

Fue a la cocina apresuradamente, y Andover y Sellers se miraron.

—¡Vaya que si quisiera liquidar este caso! —dijo Andover.

Sellers me miró.

—¡Eres un afortunado hijo de…! Si puedes escaparte de ésta, será porque verdaderamente tienes mucha suerte.

—Yo no me escapo de nada —le dije—. Simplemente te paso las oportunidades; eso es todo.

—¡Tú me das a mí las oportunidades! —exclamó Sellers sacudiendo la cabeza—. Eso es más típico de tu modo de ser, que cualquiera de las otras cosas que has dicho hoy. ¡Tú nos das las oportunidades a nosotros!

Fuimos al nosocomio. Los dos policías se sentaron en el asiento delantero. La señora Troy iba atrás, conmigo.

—¿Cuál es su interés en esto, señor Lam? —me preguntó.

—Lam es un investigador privado —dijo Sellers por encima del hombro—, y aunque le agradece todo lo que usted hace, no quiere discutir lo que piensa.

—¡Oh!, entiendo, entiendo —dijo la señora Troy—. Sólo preguntaba por cortesía.

—Bueno, ya sabe cómo son las cosas en estos asuntos —dijo Sellers—. Debemos ser bastante reservados.

—Oh, por supuesto que lo entiendo. No tiene que explicarme nada.

Y no hizo más preguntas.

Llegamos al nosocomio, y Sellers dijo:

—Tú espera aquí afuera en el auto, Lam. Haremos esto sin que metas la mano en la sopa y lo eches todo a perder. Permanecieron adentro cerca de quince minutos. Cuando salieron, Sellers sacudía la cabeza.

—Bueno —dije—, ¿qué sucedió?

—¿Qué sucedió? —repitió Sellers—. Ya sabes lo que sucedió. Lo identificó…; no fue una identificación ciento por ciento positiva, pero fue una identificación.

»Le miró el bigote una sola vez, de lado, y dijo que sabía que ése era el hombre… Por supuesto, ya sabes lo que haría un abogado hábil al interrogarla. Aseguraría que ella no había identificado al hombre, sino al bigote. Sin embargo, fue una identificación.

»Dice ella que el hombre estaba borracho, y que poco le faltaba para que se le cerraran los ojos; que tenía los párpados pesados y

estaba como encorvado sobre el volante. Pero pudo verle bien la cara, y se acuerda del bigote. Por supuesto, enano, que tú y yo sabemos que un maldito bigote ha sido responsable de más identificaciones equivocadas que cualquier otro factor que el mundo haya conocido. Sin embargo, ella hizo una identificación…, y fue una identificación bastante positiva.

—¿La llevaremos de vuelta a su casa? —pregunté.

—No —dijo Sellers—. La mandaremos a su casa con un policía, y te juro que si te pesco hablando con ella o tratando de influir en su testimonio en cualquier sentido, te meto a un calabozo donde no sepas si es de día o de noche, y donde estarás a pan y agua durante un mes. Ya estoy hasta la coronilla de que te metas en mis asuntos con tus brillantes ideas. Ya me es bastante difícil no ponerte la mano encima.

«Nosotros desarrollamos nuestro trabajo metódicamente, empleando todo el tiempo que sea necesario; solucionamos nuestros casos por medio de una labor buena e intensiva, y tú vienes con tus malabarismos y sacas un conejo del sombrero».

—Quiero suponer —le dije— que ahora iremos a buscar a Vivian Deshler.

—¡Qué genio eres! —exclamó Sellers con sarcasmo—. ¡Vamos! ¿A quién se le hubiera ocurrido semejante idea? Esto sí que es absolutamente genial, Lam. Henos aquí, con dos partes que atestiguan sobre el mismo accidente automovilístico, y tú vienes con la brillante idea de que ese accidente no ocurrió nunca; que fue un pretexto para encubrir otro accidente en el que el culpable huyó; y luego sale un testigo que opina que tienes razón.

«Luego deduces que vamos a ver a la otra persona que tomó parte en el supuesto accidente. Ahora bien. ¿No te parece que eres demasiado astuto?».

—No tienes que usar tu condenado sarcasmo —le dije—. Como dijera la señora Troy, «sólo lo hice por cortesía».

—Bueno, pues no tienes que molestarte —dijo Sellers mordisqueando su empapado puro.

—Sí; veo que tú no te molestas en lo más mínimo —le dije.

—¿En qué no me molesto?

—En ser cortés.

—¡Con un demonio, ya lo creo que no! —dijo Sellers—. No te

me despegues, enano. Vamos a entrevistarnos con Vivian Deshler, antes de que algún hijo de… que se ponga a cooperar con ella le pase el aviso y ella cierre el pico o consulte a un abogado.

capítulo once

VIVIAN Deshler acudió a abrir en respuesta a nuestra llamada. Abrió la puerta una pulgada, se asomó, y vio a Frank Sellers.

—¡Oh! ¿Cómo está usted, sargento? —preguntó—. ¡Santo cielo! Me estoy vistiendo y… ¡Vaya, también Donald! ¿Se aclaró todo ya?

—Nos gustaría pasar y hablar con usted un momento —dijo Sellers.

—Bueno, pues lo siento. Es que no estoy presentable; yo… me estaba vistiendo.

—¿No tiene una bata? —preguntó Sellers.

—La traigo puesta.

—Bueno, ¿entonces qué es lo que la detiene? —preguntó Sellers —. Abra la puerta; sólo queremos hablar con usted un minuto.

—No se puede decir que estoy presentable.

—No somos jueces de un concurso de belleza —le dijo Sellers—. Tratamos de aclarar un caso de asesinato.

Ella hizo un puchero, y dijo:

—Me gusta verme lo mejor que pueda cuando me visitan hombres apuestos, pero… Bueno, pasen.

Abrió la puerta.

Entramos, y Sellers señaló una silla con su viejo puro.

—Siéntese —le dijo—. Sólo estaremos un minuto.

Se sentó, y la bata se le deslizó por la pierna. Hizo un gesto de gatita, y volvió a cubrirse.

—¿Ve lo que quiero decir?

—¿Qué? —preguntó Sellers.

—Acerca de que no estaba vestida.

—No lo entiendo —dijo Sellers.

Iba a contestarle algo, pero no lo hizo. Luego me miró y dijo:

—Donald sí entendió.

—Bueno —dijo Sellers—, dejemos de andarnos por las ramas. Quiero ahora que me hable del accidente automovilístico.

—¡Por Dios! ¡Otra vez no! Lo he hecho ya tantas veces…

—¿A qué hora ocurrió?

—Bueno, no estoy absolutamente segura —dijo bajando la mirada. Contó con los dedos, y prosiguió—: Fue en la tarde, y pudo muy bien ser… Bueno, pues no estoy segura. He tratado de repasar lo que sucedió aquella tarde, y no puedo acordarme exactamente de la hora. Es que, sargento, estaba bastante asustada, y entonces no me di cuenta de que había sido lesionada gravemente. Me dirigí a mi apartamiento, y supongo que en el camino se me fue la cabeza. Lo que supe después fue que ya estaba en mi apartamiento, y todo se obscureció y… Bueno, por supuesto que para entonces ya sabía que estaba mal, y lastimada, pero ciertamente no creí que fuera nada grave. Pensé que era sólo la excitación y… Bueno, he leído acerca de desvanecimientos, y lo que puede acarrear un choque emocional, y pensé que eso era lo que me estaba pasando.

Sellers dijo:

—Muy bien. Entonces se lo voy a plantear a la brava. ¿Ocurrió el accidente automovilístico?

—¿Ocurrió el accidente automovilístico? —repitió ella como un eco—. Pero… ¿Qué está tratando de decirme? ¡Claro que ocurrió!

—Sólo quiero saber esto —dijo Sellers—. ¿Le pegó Holgate por atrás a su auto, o inventaron eso para encubrir algo?

—¿Qué quiere decir con para encubrir algo?

Sellers le explicó:

—Existe la hipótesis de que Holgate estuvo mezclado en un accidente de «pega y huye», y de que después abolló la parte delantera de su auto; se piensa que usted y Holgate planearon una trampa mediante la cual él podría explicar el golpe, ayudado por usted, que a su vez podría presentar una demanda a la compañía de seguros por…

—¿De qué demonios está usted hablando? El accidente ocurrió exactamente como lo he descrito. ¡Yo no trataría de engañar a una compañía de seguros! Nunca antes había visto al señor Holgate, hasta que chocó contra la parte posterior de mi auto, e intercambiamos los nombres anotados en nuestros permisos para conducir.

Sellers la miró pensativamente.

—¿Quieres hacer alguna pregunta, enano?

—Sí. ¿Quién redactó la demanda que usted presentó ante la compañía de seguros, señorita Deshler?

Ella me miró de pies a cabeza, y su actitud cambió repentinamente.

—Eso —dijo— no tiene nada que ver con el accidente ni con ninguna otra cosa. En pocas palabras, no le importa a usted, señor Lam.

—Le haré otra pregunta. ¿Había sufrido antes algún otro accidente automovilístico?

Ella miró a Frank Sellers, y le preguntó:

—¿Tengo que quedarme aquí sentada, y someterme a esta clase de preguntas? Después de todo, usted está tratando de solucionar un caso de asesinato. ¿Qué importancia tiene que yo haya sufrido antes mil accidentes automovilísticos?

—Sólo le hacía una pregunta.

—Bueno, pues yo sólo doy una respuesta —contestó enojada—. A él no le importa. Y ahora, señores, debo decirles que no tengo toda la tarde para quedarme sentada en ropa interior, e intercambiar palabras con ustedes. Tengo que vestirme, porque voy a salir esta noche. He tenido un día muy pesado y quiero verme lo mejor posible cuando salga.

Sellers dijo:

—No vamos a hacerle ninguna acusación, pero usted sabe que las cosas podrían ponerse bastante difíciles si usted empezara a jugar a las escondidas. Se trata de un caso de asesinato. Ahora, le voy a preguntar esto. ¿Contrató usted a alguna agencia de investigadores para algo?

—¡Cielos, no!

—¿Para seguir a Lamont Hawley, el empleado de la compañía de seguros «Consolidated»?

—No, ya se lo dije. ¡No, no, no! ¡Mil veces no! Yo no contraté a ninguna agencia de investigadores, punto. Ahora, ¿me quieren hacer ustedes el favor de salirse de aquí?

Sonó el teléfono.

Ella cruzó la habitación para levantar el auricular, y contestó. No se ocupó de su bata, que se abrió para dejarnos ver que sólo

llevaba sostén y calzones.

Sellers la miró, se volvió hacia mí, y me dijo:

—¿Quieres hacerle alguna otra pregunta?

—Por supuesto —le dije—. No hemos pasado aún de la superficie. ¿Creías que se iba a desbaratar inmediatamente y a decirte: «Sí, urdí toda esta trama para defraudar a la compañía de seguros, y terminó en un asesinato»? ¿Es que generalmente consigues confesiones con esa facilidad?

Sellers contestó:

—Hay algo en esto que no está claro, y eso no me gusta. Me parece que navegamos en aguas peligrosas.

—Esta llamada es para usted, sargento Sellers. Es de un capitán Andover, de Tránsito. Dice que tiene que hablar con usted sobre un asunto de la mayor importancia.

Sellers se aproximó, tomó el auricular, se llevó el puro al otro extremo de la boca, y dijo:

—¿Sí? Habla Sellers… Dime.

Estuvo un momento escuchando, y luego exclamó:

—¡Qué diablos!

Nuevamente hubo una larga explicación al otro lado de la línea.

Vivian Deshler comenzó a mirarme, recorriéndome con los ojos como para calcular algo. Luego logró sonreír, y dijo:

—Espero que salgas bien de ésta, Donald.

Cambió de postura, y nuevamente la bata se deslizó por su pierna desnuda. La alcanzó tímidamente, la volvió a colocar en su lugar, volvió a hablarme:

—Puedo compadecerte. Si hay algo que yo pueda hacer… legalmente…

El sargento Sellers colgó violentamente el teléfono, y dijo:

—Bien, enano. Ponte en camino.

Yo le contesté:

—Me gustaría terminar…

—Vámonos —Sellers se volvió hacia Vivian Deshler, y le dijo—: Siento mucho haber tenido que interrumpirla en esta forma, señorita Deshler, pero se trata de un asunto de mucha importancia, y quería verificar… Ya tenemos bastantes dificultades; estamos jugando una carrera contra el tiempo, y cosas así.

—Está bien, sargento —dijo ella—. Ha sido un placer. Si quieren

volver en otra ocasión, cuando yo no esté completamente desprevenida, les invitaré una copa.

Yo insistí:

—Quiero hacerle unas dos preguntas más, y después…

El sargento Sellers me tomó del brazo y me empujó literalmente hacia la puerta. Ella nos lanzó una sonrisa de despedida, y cerró.

—Tú y tus teorías —dijo Sellers.

—¿Ahora qué sucede? —le pregunté.

—Ya te había dicho algo acerca de los bigotes. Demonios, si yo llevara bigote, me lo afeitaría antes de subirme a un automóvil. Si fuera necesario, me lo cortaría con un cuchillo. No me iba a quedar esperando el momento en que me encontrara con un barbero.

—¿Qué tienes ahora?

—Una identificación equivocada.

—¿De quién?

—De esa tal señora Troy Andover me dijo que había estado siguiendo una pista que era más bien secreta. ¿Te acuerdas de eso? Dijo que no quería exponerse a estropearla mostrando sus cartas antes de tiempo; pero, después de esa identificación de la señora Troy, decidió que lo mejor sería activarlo todo, y empezó a seguir la nueva pista. ¿Y qué crees?

—Yo no creo nada —le contesté irritado—. ¿Qué es lo que sabes?

—Bueno —dijo Sellers—, para tu información, enano, el automóvil que mató a aquellas dos personas no lo conducía Holgate. Lo conducía un hombre llamado Swanton, y era un *Buick* grande, último modelo. Su dueño había pescado una buena borrachera en una fiesta. Su auto no quedó muy dañado, y él creyó que había ocultado bien las cosas. Estaba muy tranquilo, pero cuando la señora Troy identificó a Holgate, Andover pensó que sería bueno ir a hablar con este tipo, y poner las cartas sobre la mesa.

—¿Y qué sucedió?

—¿Qué sucedió? —repitió Sellers—. Que el tipo se acobardó. La conciencia lo había estado martirizando durante un buen rato, y en el momento en que Andover le tendió un lazo, se doblegó por completo y admitió todo el condenado asunto. Empezó a retorcerse las manos y a decir que lo sentía mucho; que esto significaría algo

muy grave para su familia, y que no sabía cómo había podido hacer una cosa así; que era contrario a su modo de ser; que no se dio cuenta cuán borracho estaba, y que no pudo pensar sensatamente; que… ¡Diablos! Todo lo que puede decirse en esos casos…

—¿Y se parece algo a Holgate?

—Sorprendentemente —dijo Andover—, ambos son hombres corpulentos que usan bigote, y este tipo usa sombrero y trajes texanos. Así es que ahí tienes tu maravillosa teoría, por la que me traías a las carreras. Se fue al demonio.

»¿Sabes, Donald?, si ustedes los genios precoces se metieran en sus condenados asuntos y dejaran a la policía manejar el departamento de policía de acuerdo con las teorías aceptadas de la investigación sistemática, se ahorrarían muchos problemas. Tal vez, después de un tiempo, pudiera yo aprender a sobreponerme a esta irritación que me invade cada vez que asomas el pescuezo con alguna de tus teorías. Ahora, vayamos a la oficina central de policía.

—¿Puedo hacer una sugerencia más?

—No —me dijo, y su voz llevaba una inflexión de dureza—. Ya terminé de oírte con todas tus teorías. Tú eres el principal sospechoso en este caso. Vamos a la oficina, y si el fiscal de distrito dice que está bien, vas a ir a dar tras de las rejas. No te va a servir de nada tu palabrería.

—Yo no se qué influencia tienen sobre ti los de la «Ace High», pero me gustaría averiguarlo. ¿Qué hay que hacer para lograrlo? ¿Mandarte una caja de puros todas las Navidades?

—¿De qué demonios me estás hablando?

—La agencia de investigadores «Ace High» estaba investigando a Holgate. Sólo Dios sabe lo que haya averiguado y, por supuesto, no van a llamarte por teléfono para decírtelo.

—Tú sigue adelante, y pórtate muy bien con ellos. Si quieres. La próxima vez que quieras información…

Sellers mordió fuertemente su puro, y luego me dijo:

—Escucha, enano. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que no va a haber una próxima ocasión? Porque te vamos a acusar de asesinato antes de veintiocho horas, y vas a sudar bastante para librarte de los cargos.

«Admito que hay algunas cosas en el caso que están un poco turbias, pero las esclareceremos. En lo personal, no creo que tú lo

hayas matado, pero te has expuesto de tal manera, que ahora todas las sospechas recaen sobre ti. No creo que puedas convencer al jurado de que eres un dulce e inocente corderito».

Sellers pensó en algo durante un minuto; luego sonrió y me dijo:

—Y, en caso de que te interese, no es mala la comparación.

—Por mí, no hay inconveniente. Sólo recuerda lo que te he dicho: los de «Ace High» han estado investigando a Holgate y el accidente; tú, en cambio, no has hecho nada al respecto.

—Vamos, espera un momento. ¿Y por qué me sales con eso?

—Ya te he hecho la advertencia —le contesté—. Cuando yo salga en mi propia defensa, voy a utilizar eso. Nada me va a detener.

—En otras palabras, ¿vas a tratar de volver importante el hecho de que yo no…? ¡Demonios! Por mí, está perfectamente bien. El gobierno paga la gasolina. Si quieres hacer el viaje para ver al agente de «Ace High», haremos el viaje para ver al agente de «Ace High». Así no tendrás sobre qué cacarear.

Me acomodé en el asiento, y le dije:

—Sólo me gustaría ver qué tan bueno eres frente a las demás agencias.

—Ya verás —dijo ominosamente.

capítulo doce

MORLEY Patton, gerente de la «Ace High», agencia de investigadores, nos miró un punto menos que cordialmente.

—Éste es un asunto oficial —dijo Sellers.

—¿Y trae con usted a uno de mis competidores para que escuche? —preguntó Patton.

—Vamos, no se ponga así —le dijo Sellers—. Yo dirijo este asunto, y tengo que tener aquí a Lam, porque en el caso hay ciertas cosas que él sabe.

—Y tal vez haya muchas otras cosas que le gustaría saber —contestó Patton.

—Muy bien, ustedes le pusieron una «cola» a Donald Lam, —dijo Sellers—. ¿Cómo sucedió?

—No creo que tengamos que discutir eso, y no estoy admitiendo que hayamos estado vigilando a Lam.

—Digámoslo de otro modo, Patton. Ustedes vigilaban a Doris Ashley, en los apartamientos Miramar, en Colinda, y cuando yo entré en escena y trabé amistad con ella, me pusieron una «cola». ¿No es así?

—No tengo por qué contestar a su pregunta, y no porque no pueda hacerlo —me dijo Patton.

—Muy bien —dijo Sellers, con el rostro ensombrecido—, pero va a tener que contestar las mías. ¿Andaban siguiendo a Doris Ashley, o no?

—Depende de lo que usted quiera decir por…

—Sabe muy bien lo que quiero decir —dijo Sellers—. Ahora, ya puede contestar la pregunta. ¿Sí, o no? Y prefiero que sea aprisa.

—Sí —dijo Patton.

—¿Mantenían ustedes bajo vigilancia su auto, frente a los apartamientos? —le pregunté yo.

—Por ese oído no oigo nada —dijo Patton.

—¿Lo vigilaban? —preguntó Sellers—. Haré mía la pregunta, y conste que se la estoy dirigiendo al otro oído.

—Sí —contestó Patton.

—Muy bien. ¿Quién era su cliente?

—No tenemos por qué decirle eso.

—Creo que sí.

—Yo creo que no.

—Para su información —dijo Sellers—, esto ya está mezclado con un caso de asesinato.

—¡Asesinato! —exclamó Patton.

—Ya me oyó.

—¿A quién asesinaron?

—A Carter Holgate. ¿Sabía algo acerca de él?

—Él…, él entra en esto de un modo general —dijo Patton, escogiendo sus palabras con cautela.

Sus modales demostraban que sentía cierta aprensión.

—Muy bien —dijo Sellers—. Creo que su cliente tiene algo que ver en el caso. Sólo quiero saber quién lo empleaba a usted.

—Espere un minuto —dijo Patton—. Déjeme buscar el informe.

Fue hacia un gabinete, sacó un sobre, .lo abrió, miró algunos papeles, volvió a dejar el sobre allí, y se quedó parado, con el ceño fruncido.

—Estamos esperando —dijo Sellers—. Y para su información, a la policía le gusta contar con un poco de cooperación por parte de las agencias privadas de investigadores, cuando se trata de un caso de asesinato.

—¿Qué tanta cooperación recibe de «Cool y Lam»? —preguntó Patton.

—Toda la que les pido —contestó Sellers. Luego agregó, acompañando sus palabras con una sonrisa—: Más de la que les pido.

—Bueno, pues les diré esto —informó Patton—: nuestro cliente era sólo un número telefónico de Salt Lake City. El pago por nuestros servicios lo recibimos en efectivo, y se nos dieron instrucciones de informar constantemente sobre el desarrollo de nuestras investigaciones a quien contestara ese teléfono.

—¿Y no investigaron el número? —preguntó Sellers.

—Claro —dijo Patton—. No somos tan ingenuos. Era el número de un apartamiento que fue rentado a un hombre llamado Oscar Bowman. Era un apartamiento de hotel. Nadie sabía nada de Bowman. Había pagado por adelantado el alquiler de un mes, y eso era todo. A veces contestaba un hombre, cuando llamábamos para pedir instrucciones, y a veces una mujer.

»Vigilamos a Doris Ashley aproximadamente durante una semana, Quiero decir, que vigilamos su apartamiento, o más bien su auto, en el edificio de apartamientos. Cuando llegaba o salía, nosotros anotábamos la hora.

»Cuando Lam mostró interés en el asunto, lo informamos, y cuando estableció el contacto personal y subió al apartamiento con ella, también telefoneamos para dar el informe, y nos giraron instrucciones de suspender la investigación. Nos ordenaron que enviáramos un informe por correo, y que cerráramos el caso.

—¿Enviaron el informe al apartamiento de Salt Lake? —preguntó Sellers.

—No, no lo hicimos así. Lo mandamos a Oscar Bowman, Lista de Correos, Colinda.

—¡Al diablo! —dijo Sellers—. ¿Y qué pasó con sus honorarios?

—Habíamos recibido un pago inicial en efectivo, enviado por correo. Quedó dinero a favor del cliente, pero recibimos instrucciones de quedarnos con él y abandonar el caso.

—En otras palabras —dijo Sellers—, cuando Lam entró en escena, hizo que sintieran pánico y dejaran el caso…

—No lo sé —dijo Patton—. Todo lo que sé es lo que ocurrió. Lo que les estoy diciendo.

—¿Quién le dijo que cerrara el caso cuando llamaron por teléfono? ¿Mujer, u hombre?

—Eso lo recuerdo muy bien; era una mujer.

Yo intervine, diciendo:

—Ante un asunto de esa magnitud, sargento, ellos habrán tratado de protegerse.

—¿Qué quieres decir?

—Él le habrá dicho a ella que no cortara la comunicación, y luego habrá, hecho una grabación. Aquí deben de tener esa grabación.

Sellers miró a Patton; éste se volvió y me dijo:

—¡Que te parta un rayo!

—Algún día lo partirá —dijo Sellers—, pero ahora me interesa averiguar si tiene esa grabación.

—Escuchémosla.

—Usted podrá escucharla —dijo Patton—, si se pone difícil. Lam no. No tenemos obligación de enseñar los materiales de nuestro trabajo a una agencia competidora, especialmente cuando ese hombre tiene algo que ver en el caso y…

—Tiene razón —dijo Sellers—. Me voy a poner difícil. Ya empiezo a sacar mis propias conclusiones.

»Donald, puedes irte ya. Yo sé dónde localizarte cuando te necesite. No trates de hacer trampas. No trates de salir de la ciudad.

La cara de Patton se iluminó.

—¿Quiere decir que es sospechoso?

—Sí —dijo Sellers—. Y antes de que termine de curiosear entre sus archivos, cabe muy bien la posibilidad de que este pequeño enano se encuentre mezclado más que nunca en el asesinato.

Patton se puso muy cordial.

—Si quiere usted pasar por aquí, sargento —dijo—. Sacaré las cintas de la conversación que fue grabada completamente. Es decir, nosotros telefoneamos para informar que Donald Lam había aparecido en el caso. Inmediatamente nos ordenaron que suspendiéramos la vigilancia, que cerráramos el caso y que mandáramos un informe final a Oscar Bowman, a cargo de Lista de Correos de Colinda. También nos dijeron que nos quedáramos con el dinero sobrante, que no importaba la cantidad… Todo está grabado en cinta magnetofónica.

Sellers se sacó el puro de la boca.

—Piérdete, enano —me dijo—. Ya me comunicaré contigo cuando te necesite, y ten en cuenta que puede ser muy pronto. Si tienes algún asunto que quieras liquidar, será mejor que lo hagas.

Tomé un taxi y me dirigí a las oficinas de «Cool y Lam». Subí en el ascensor, empujé la gran puerta de vidrio, entré al vestíbulo, saludé a la chica del conmutador, y le dije:

—No se moleste en avisar a Bertha que estoy aquí, Quiero…

—Pero es que ella quiere verlo, señor Lam. Me dijo que le avisara cuando llegara usted.

—Muy bien —le contesté—. Dígale que allá voy.

Pasé frente a la puerta marcada B.

COOL

.

PRIVADO

. Bertha acababa de colgar el teléfono.

—Muy bien, Donald. ¿Qué sucedió?

—Me sacaron el tapete por debajo de los pies. Me quitaron el piso.

—¿Qué pasó con tu teoría?

—Se salió por la ventana, o se fue por la cañería. Mientras estuvo conmigo, fue muy hermosa…

—¿No sirve?

—No sirve.

—¿Y dónde quedas tú?

—En un aprieto.

—¿Qué hace Sellers?

—Le están llenando la oreja los de la agencia «Ace High».

—¿La oreja, o el ojo?

—Las dos cosas. Tienen una conversación grabada que él está escuchando. Quienquiera que los haya contratado, se asustó al saber que otra agencia de detectives estaba interesada, y ordenó que suspendieran la investigación y que cerraran el caso.

—¿Por qué?

—Eso —le contesté— es lo que tengo que deducir.

—Ya has estado haciendo demasiadas condenadas deducciones —dijo Bertha—. Tú tenías una teoría y trataste de que Sellers se convenciera de ella. Cuando a la teoría se la llevó el diablo, tú quedaste en un aprieto. Si te hubieras quedado callado y le hubieras dicho que la policía estaba obligada a dilucidar el caso, no parecerías ahora tan culpable.

»¿Cómo demonios llegaron a la conclusión de que pudiste levantar el cuerpo de Holgate y meterlo en el cofre del automóvil?

—Piensan que tuve un cómplice —le dije—. Suele suceder.

—¡Calabazas! —dijo Bertha—. Se necesitaría un cómplice que tuviera la fuerza de un toro y… ¿Quién, con un demonio, hubiera estado tan mezclado contigo para enredarse en un asesinato?

La miré de frente, a los ojos.

—Tú —le contesté.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Estoy hablando del proceso que sigue el pensamiento de la policía. Después que terminen de tejer el caso alrededor de mi persona, y de pensar en un cómplice que no me abandonaría en un aprieto, alguien que tuviera suficiente interés para meterse hasta las manitas en el asunto, pensarán en ti.

—¡Que me hiervan viva!

—Puede ser que lo hagan.

—¿Cómo sabes que la señora Troy no está mintiendo? Puedo…

—No ha mentido —le dije—. Ya tienen al que mató a aquellas dos personas en la parada del autobús. No fue Holgate. La señora Troy hizo una identificación equivocada, porque no identificó a un hombre sino un bigote y un traje del Oeste.

Los diamantes de Bertha brillaron cuando sus dedos gordos y chatos empezaron a tamborilear sobre su escritorio.

—¡De todos los condenados casos…!

Aquello me hizo sonreír, y le dije:

—Éste es uno que tú escogiste. ¿Recuerdas? Tú querías uno de esos casos tranquilos y honorables. Ya estabas cansada de los casos en que yo escapaba espectacularmente por una rendija.

—¿Dónde está Sellers ahora?

—En la «Ace High».

—Tú te me vas a tu oficina —dijo—, y me dejas hablar a mí con Sellers. Si viene a meterse aquí, con alguna de sus teorías de complicidad, le voy a romper la crisma, y bien rota.

—Recuerda —le dije— que lo que digas puede ser usado en tu contra.

Miré hacia atrás al salir. Estaba sentada con la boca abierta, tan absolutamente enojada, que de momento no pudo articular ninguna palabra. Elsie Brand me esperaba en mi oficina.

—¿Resultó, Donald? —me preguntó ansiosamente.

Sacudí la cabeza.

—No resultó —le dije—. ¡Con un demonio! Debería haber resultado. Todo había encajado muy bien…

—¿Por qué no resultó? Yo pensé…

—No resultó porque un tipo de nombre Swanton tenía la conciencia intranquila, y en el momento en que la policía lo señaló con un dedo, empezó a hacer toda clase de confesiones.

—¿Quieres decir del asesinato?

—No, no. Del accidente ocurrido en la carretera. Ya puedes sacarlo del archivo. Ya está resuelto.

—¡Oh, Donald! ¡Cuánto lo siento!

Su mirada era compasiva. Parecía estar a punto de echarse a llorar.

—Bueno, no tiene caso desperdiciar compasión en este momento, Elsie. Tenemos que pensar constructivamente.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó.

Su voz demostraba que me quería ayudar desesperadamente.

—No lo sé —le dije.

—Claro, Donald. Tú me pediste que buscara los accidentes automovilísticos del día trece de agosto, en los que hubiera huido el culpable. Cuando viste ése, me lo arrebataste; pero la verdad es que hubo dos…

La miré un momento, y luego, de repente, la saqué de si silla, la abracé y empecé a bailar con ella por toda la oficina.

—¡Donald! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo?

—Corazoncito —le dije—. Te adoro. Te…

—¡Oh, Donald! —¿Por qué demonios no cogiste una silla y me diste con ella en la cabeza, al ver que me dejaba llevar a lo tonto?

—¿Cómo a lo tonto?

—Tomando ese caso sin preguntar si había otros. ¡Rápido, Elsie! ¿Dónde está el otro?

—La nota relacionada con él parece haber sido redactada en broma —dijo ella—. No es muy importante, pero el culpable huyó…

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —le pregunté—. Vamos, rápido. Dámela.

Ella me dijo:

—¿Qué te parece? Le sucedió al jefe de la policía de Colinda. Alguien le pegó, lo lanzó a la cuneta y siguió su camino.

—¡El jefe de la policía de Colinda! —repetí—. ¡Qué bonito! ¿Cómo se llama?

—Déjame ver… Es un nombre curioso para un jefe de policía. Más parece el nombre de un actor de cine. Es…, espera un momento. Es Montague A. Dale. ¿Comprendes, Donald? No fue su auto particular, sino el del departamento de policía; el que le dan al jefe para su uso y… Bueno… Pues parece que todo fue tan

repentino que el jefe Dale estaba muy ocupado tratando de que no se volcara el auto, y no pudo ver al que le había pegado. Sólo vio que era un *Buick*. No vio el número de la placa y los del ayuntamiento hicieron algunos comentarios sarcásticos acerca de…

—Cielito —le dije—, no te importe lo que sigue. ¿Sucedió el día trece?

—El trece —me dijo.

—¿A qué horas?

—A las cinco y media.

Yo le atraje hacia mí y le di un beso.

—Elsie —le dije—, eres un encanto. Eres un salvavidas. Eres la cosita más dulce que hayan inventado. Eres una combinación de melaza, azúcar, sacarina y miel. Si alguien quiere verme, dile que se vaya al demonio.

Y salí corriendo de la oficina.

capítulo trece

ENCONTRÉ a Montague Dale en el momento en que iba a cerrar su oficina. Había terminado su trabajo de la tarde, y no estaba de muy buen humor que digamos.

—Tendrá que ser breve, Lam —me dijo cuando le di mi tarjeta —. Ya se me ha hecho tarde. He estado trabajando en relación con ese caso de Holgate, y mi esposa tiene invitados a cenar. Voy a llegar tarde, y ya sabe usted lo que sucede cuando uno llega tarde a uno de esos convivios.

«De otra parte, entiendo, por informes de la oficina del alguacil de la policía de Los Ángeles, que usted está involucrado en este caso y que está metido en él hasta el cuello. Creo que es mi deber advertirle que lo que diga puede ser usado en su contra. Vamos, yo no tengo ningún motivo personal para molestarlo. Gracias a Dios, el caso Holgate no es de mi competencia, ya que el homicidio ocurrió fuera de los límites territoriales de Colinda. Está en manos del alguacil y de la policía metropolitana de Los Ángeles. Debido a las condiciones en que encontraron el cadáver…, parece que nadie sabe exactamente dónde fue asesinado el individuo. Y bien, ¿qué desea de mí?».

—No tiene nada que ver con el caso Holgate…, al menos no directamente —le dije.

—Muy bien. ¿De qué se trata?

—Hace un tiempo le pegaron a su auto en un costado, y usted fue a dar a la cuneta y…

Su cara se encendió.

—¡Vamos, Lam! —dijo—. Ya he discutido eso más de lo que quisiera, y no tiene caso venir a molestarme…

—Creo que tal vez pueda ayudarlo a resolver ese problema.

Me miró detenidamente.

—¿Pretende usted saber quién fue el culpable?

—Yo creo que usted podrá descubrir quién fue. Yo le daré la pista.

Sus facciones perdieron la tensión repentinamente. Fue hacia el teléfono, levantó el auricular, marcó un número y dijo:

—Hola, querida. Acaba de presentarse una emergencia… Sí, sí, ya lo sé… Tú sigue adelante. Puede que llegue un poco tarde… Muy bien, linda; así están las cosas…

Colgó, señaló una silla y dijo:

—Siéntese, Lam. Siéntese y póngase cómodo. Ahora, dígame de qué se trata.

Yo empecé:

—Voy a poner todas mis cartas sobre la mesa con usted, jefe.

—Es lo mejor que puede hacer. Adelante.

—Tengo una buena idea de lo que ocurrió el trece de agosto. He tratado de convencer a la policía de Los Ángeles. El sargento Sellers comenzó a investigar junto conmigo, y creímos toparnos con algo bueno. Luego el asunto se desbarató en nuestras narices, y él ya no quiere nada conmigo. Ya no está de acuerdo con mi teoría.

—Bueno, si se les desbarató en las narices, no lo puede culpar.

—Sólo una parte se desbarató. Es que nos basamos en la parte equivocada de la teoría. Nos fuimos por el camino que no era.

—Bien. ¿Cuál es el camino correcto?

—Es usted.

—No hable con rodeos, Lam. Sáquelo todo.

—Muy bien. Holgate tuvo un accidente automovilístico el trece de agosto. Informó a la compañía de seguros que había chocado contra la parte trasera de un automóvil que conducía Vivian Deshler, que vive en los apartamientos Miramar. Dijo que la culpa había sido suya. La parte delantera de su auto quedó abollada, pero no tanto como para que no pudiera seguir adelante. Sin embargo, estaba abollada, y los daños sufridos por el auto de Vivian Deshler fueron escasos.

Los ojos del jefe Dale se entornaron.

—Adelante —dijo.

—Vivian Deshler declaró que había sufrido una lesión en el cuello a causa de la sacudida, y presentó una demanda a la compañía de seguros. Pero, por la manera en que plantearon la

demanda, la compañía de seguros pensó que había una mano profesional metida en el asunto.

—¿Un abogado hábil?

—Pudo ser.

—Siga, Lam.

—Bueno, lo extraño del caso es que no hubo testigos; que la parte delantera del auto de Holgate quedó bastante abollada y que, sin embargo, la parte posterior del auto de Vivian Deshler, que es un auto liviano y debería haber sufrido daños mayores, no presenta más que un golpe leve.

»Hubo otras cosas acerca del accidente, que parecieron un tanto extrañas. Luego averigüé que el auto de Holgate, aparentemente, estaba en buenas condiciones a las cuatro y media de la tarde del trece de agosto. Sin embargo, se supone que el accidente ocurrió hacia las tres y media. Doris Ashley, amiga de Vivian, vio el auto a esas horas, y la parte posterior estaba abollada…, no mucho, pero sí lo suficiente para que se notara.

—Prosiga —dijo Dale.

—Los archivos muestran que nadie dijo nada acerca de ese accidente hasta un día después.

«Ahora bien, después de meditar en todas estas circunstancias, se me ocurrió que tal vez Holgate había tenido un accidente esa misma tarde, y que había huido; que, después de ello, se encontró en un dilema en cuanto a lo que debía hacer. Tal vez le dijo a su amiga Vivian Deshler lo que sucedió, y ella le dijo: “Bueno, a mí me chocaron el auto esta tarde. ¿Por qué no declaramos que tu auto se golpeó contra el mío? ¿Por qué no hacemos aparecer todo como un accidente ocurrido entre tú y yo? Eso explicaría los daños de tu auto. Puedes llevarlo luego a reparar, y presentar un informe a la compañía de seguros. Harán que vaya un perito a ver tu auto, y luego llegará el agente de reclamaciones y yo le diré mi versión. Eso explicará los daños sufridos por tu auto y al mismo tiempo te librarás de toda sospecha en el accidente del cual huiste”».

En la cara del jefe de policía empezó a esbozarse una sonrisa.

—¿Tiene algo con que comprobarlo?

—Creo que podemos obtener bastante si logramos comprobar que el auto de Holgate no estaba chocado a las cuatro y media de la tarde, y que el auto de Vivian Deshler sí estaba chocado a las tres y

media. Eso demostrará que el supuesto accidente fue sólo una farsa.

—¿Habrán matado a Holgate por eso?

—No lo sé —le dije—. No creo que Holgate haya pensado en el hecho de que su amiguita Vivian Deshler podría presentar una demanda con todas las de la ley en contra de la compañía de seguros, por lesiones sufridas en el cuello a causa de la sacudida. Creo que en el momento en que se dio cuenta de que estaba mezclado en una conspiración criminal que trataba de obtener dinero bajo falsas apariencias, por la que tal vez iría a prisión, se acobardó y trató de zafarse.

»Más aún, cuando Holgate vio que la compañía de seguros no estaba satisfecha con su explicación, sintió miedo, y puesto que una cadena no es más fuerte que el más débil de sus eslabones, la gente con quien se vio mezclado…

—¿Quiere decir que Vivian Deshler lo asesinó para que no hablara?

—No sé quién lo haya matado —le dije—. El asesinato puede no tener relación alguna con el accidente. Pero, por otra parte, puede que todo esté conectado entre sí.

«Lo que yo hago es atar todos los cabos sueltos, y lo que a usted le interesa es solucionar el problema relacionado con el golpe que le dieron a su auto».

—¡Que si estoy interesado! —exclamó—. Ésa es la subestimación del año. Ese condenado accidente puede costarme el empleo, si no logro solucionarlo.

—¿Le molestaría hablarme de él?

—¡Por supuesto que no! —dijo—. Iba yo de regreso a casa cuando vi que aquel auto venía detrás de mí y que el conductor no podía dominarlo bien. Me acerqué a la orilla, y cuando estuvo cerca, saqué la mano y le hice señas para que se detuviera. Lo iba a detener, tomar su número de placas, mirar su permiso para conducir y darle un buen susto. Tal vez le hubiera impuesto una multa.

»En lugar de detenerse, se dirigió directamente hacia mí, me pegó en la parte posterior del auto y me empujó hasta que fui a dar a la cuneta. Luego siguió adelante.

»Me sacó de la carretera de tal manera, que estuve a punto de volcarme. Estuve lidiando con el volante durante unos segundos. El

neumático posterior izquierdo se reventó debido al golpe. No podía seguirlo, y debido a las circunstancias, no pude fijarme en sus características.

»Fue uno de esos accidentes complicados en los que nadie puede fijarse en las características del culpable, pero como yo soy el jefe de la policía y siempre ando gritando que se mantenga la serenidad y que se anoten esas características… Bueno, no necesito decirle más. Ésa es la situación.

—Muy bien —le dije—. Usted desea resolverlo. Ya tiene la evidencia.

—¡Ya lo creo que tengo la evidencia!

—¿Y qué tan buena es?

—Bastante. Cuando el auto me pegó, su faro delantero derecho se hizo añicos. Tenemos parte del cristal. Quedó un poco de pintura en mi auto, y tenemos un trozo de la parrilla del radiador… Todo era de un *Buick*. ¡Ah!, si lo hubiéramos encontrado… Pero no dimos con él.

—¿Lo buscaron en los talleres de reparación?

—¡Claro que lo buscamos en todos los talleres de reparación! ¡Qué demonios! Hice que todos los que hubieran reparado un auto, particularmente un *Buick* de ese modelo, hicieran un informe detallado por escrito.

—Bueno —le dije—; entonces, el accidente fue investigado.

—Correcto.

—Veamos si tiene el informe del auto de Holgate.

Me estudió un momento, y luego sonrió.

—Lam —dijo—. Hay una posibilidad…, sólo una, óigame bien, de que usted se convierta en mi salvavidas. No sé si pensara igual en el caso de no encontrarme involucrado en esto personalmente. Es una hipótesis muy tirada de los cabellos, y no sé. Parece que quiere usted un pedazo de torta y al mismo tiempo librarse de la acusación de asesinato.

»Antes de seguir adelante, voy a hacerle una pregunta. Quiero una respuesta sincera. La policía cree que usted estuvo en la oficina de Holgate antes de ir allí con su secretaria y descubrir aparentemente la destrucción. ¿Estuvo allí antes, o no?

Lo miré a los ojos, y le dije:

—Sí, estuve allí antes.

—Entonces, ¿fue una segunda vez para dejar huellas intencionalmente?

—Correcto.

—¿Por qué?

—Porque ignoraba qué podía haber sucedido, pero existía un testimonio en el que aseguraba haber presenciado el accidente de Holgate…

—¿Por qué?

—Porque —le dije— quería que saliera todo a relucir. Creí que si firmaba el testimonio de que había visto el accidente, con eso se ejercería un poco de presión. Es que alguien había puesto un aviso en el periódico solicitando un testigo del accidente. En él se ofrecían, primero, cien dólares; luego aumentaron la oferta a doscientos cincuenta.

—¿Lo habrá puesto Holgate, desesperado por comprar un testigo perjuro? —preguntó.

—Eso creí en un principio —le dije—; pero después del testimonio, me enteré de que era alguien que deseaba proteger a Holgate.

—¿Quién lo querría? —preguntó.

—Dos personas —le dije—. Una de ellas, su socio; la otra, Vivian Deshler.

—¿Su socio? ¿Quiere decir Maxton?

—Eso es.

—¿Y cree que él haya sido?

—Hay pruebas que indican que él lo hizo. Me pagó doscientos cincuenta dólares cuando lo convencí de que había visto el accidente.

Dale se sentó en el escritorio y pensó las cosas detenidamente.

—Usted es poco convencional y, en cambio, bastante arriesgado —me dijo—. Ha metido el cuello en muchos lazos para ayudar a un cliente.

—Si mi hipótesis acerca de lo que sucedió es probada, sacaré el cuello del lazo —le dije.

—¿Y si no es así?

—Entonces, me ahorcarán.

—Ya lo creo —me dijo.

Se levantó para ir al archivero. Sacó un sobre de papel manila,

lo llevó a su escritorio y sacó de él unos papeles.

—¡Diablos, aquí está! Se nos informó sobre el accidente de Holgate, pero nuestro departamento de tránsito no lo investigó.

—¿Por qué?

—Las reparaciones se hicieron en un taller de Los Ángeles, y la investigación se llevó a cabo por teléfono. El taller informó que era un automóvil *Buick*, cierto, pero ya habían encontrado una explicación a los daños. Los dos autos estaban allí, y los representantes de la compañía de seguros los estaban revisando. Todos los pormenores del accidente habían sido verificados, y la compañía de seguros, asumiendo la responsabilidad, los había mandado a reparar.

—¿No fueron descritos los daños?

—Sí, por supuesto —dijo—. Todo el frente del *Buick* estaba abollado. Ambos faros estaban rotos, y no tenía parrilla.

—¡Claro! Si se quiere que nadie identifique un agujero en una prenda, todo lo que debe hacerse es tomar unas tijeras y hacerlo más grande. Todo lo que Holgate tuvo que hacer fue tomar un martillo y aumentar los daños.

—Lam, usted me divierte. No va a convencerme de esa loca hipótesis suya. ¡Pero, como un demonio! Voy a seguirla. ¡Y cómo quisiera poder probarla!

—Ya sabe usted que hay algo encubierto, ¿cuándo va a empezar a investigar?

—¿Que cuándo voy a empezar a investigar? —repitió—. ¡Ahora mismo! —marcó un número en el teléfono, y dijo—: Perdona, querida, pero no voy a poder ir a casa. No. Esto es importante. No puedo decírtelo por teléfono… Perdóname, lo siento. Tendrás que disculparme con los invitados. Ellos saben que debo estar dispuesto a trabajar las veinticuatro horas del día, y éste es uno de esos casos… Eso es, linda; sabía que cooperarías… Adelante, y que todo salga bien —colgó el auricular, y dijo—. ¿Qué hacemos primero?

—Chris Maxton —le dije—. Él fue quien puso el aviso en el periódico, ofreciendo doscientos cincuenta dólares de recompensa.

—Bueno. ¿Pero qué tiene de malo eso? Estaba tratando de darle la mano a Holgate.

—¿Por qué había de ayudar a Holgate? —le pregunté.

—Porque Holgate era su socio.

—¿Qué quiere decir con eso? Holgate había admitido su culpabilidad ante la compañía de seguros, y ésta había aceptado su responsabilidad ante Vivian Deshler. Cualquier testigo del accidente hubiera testificado que Holgate fue el responsable. ¿Por qué diablos iba él a querer ayudar a Holgate buscando un testigo?

«La única razón posible tal vez fuera que el accidente nunca había ocurrido, y estaba dispuesto a ofrecer una buena cantidad porque alguien cometiera perjurio…».

—Vamos a buscarlo —interrumpió Dale.

—¿Sabe dónde vive Chris Maxton?

—Claro que lo sé. Tiene un apartamiento aquí, en Colinda.

—¿Es casado?

—Es un hombre de mundo —dijo Dale—. Vive la buena vida, y tiene a varias chicas bastante guapas pendientes de un hilo.

—¿Incluyendo a Vivian Deshler?

—¡Demonios! Eso no lo sé. Nunca me ha interesado lo suficiente para averiguarlo; pero desde ahora ése será mi mayor interés. Vamos, Lam. Empecemos.

Subimos al auto del jefe. Condujo a una velocidad prudente unas tres cuadras. Se notaba que iba meditando sobre mi hipótesis, y que entre más la meditaba, más se convencía de ella.

Al llegar a la tercera cuadra, encendió la luz roja; a las cinco cuadras, ya había puesto a funcionar la sirena.

El jefe Dale iba de prisa.

Llegamos a un edificio de apartamientos bastante lujoso, y el jefe estacionó su auto frente a una toma de agua. Luego dijo:

—Vamos, Lam.

Subimos en el ascensor, y él mismo oprimió el timbre de concha nácar. Se oyeron unas notas musicales, y poco después Chris Maxton acudió a abrir. De momento no se fijó en mí; sólo vio al jefe.

—Vaya. ¿Cómo está, jefe?

—Quiero hablar con usted.

Maxton se puso nervioso.

—Yo… no estoy solo… Yo…

—Quiero hablar con usted —repitió Dale.

—Tengo aquí a una joven. Yo…

—Quiero hablarle.

—Mire —contestó—, deme sólo diez segundos para…

Dale entró.

—Vete a la recámara, linda —gritó Maxton por encima del hombro—. Está bien, jefe, pero… ¡Qué demonios! ¿Quién es ese que viene con usted?

—Donald Lam —le contestó—. ¿Lo conoce?

—¡Que si lo conozco! ¡El muy bandido, sucio, tramposo y ladrón! ¿Por qué no me dijo que esto tenía que ver con el proceso contra Donald Lam? Haría cualquier cosa por hacer que el muy…

—Tómelo con calma —dijo Dale entrando en la habitación—. Limítese a contestar las preguntas que voy a hacerle.

—Bueno, pues yo voy a presentar una queja. Voy a pedir que arresto usted a Donald Lam, por obtener dinero bajo falsas apariencias… y…

—Guárdesela, Chris —dijo el jefe—. Usted sólo conteste las preguntas. ¿Qué demonios sucede aquí?

—Nada —dijo Chris—. Sólo una fiestecita amistosa.

El jefe miró a su alrededor. En una mesa había, una botella de *whisky*, algunos cubitos de hielo, unas botellas de agua mineral y dos vasos; en el suelo, un par de zapatos de mujer. Un sostén colgaba del respaldo de una silla, y había una falda tirada en un rincón.

Maxton dijo:

—Acababa de apagar el aparato de alta fidelidad cuando oí sonar el timbre.

—No; no es cierto —le dijo Dale acercándose a la ventana para asomarse a la calle—. Lo apagó cuando oyó la sirena. ¿Qué clase de antro tiene aquí?

—Vamos, jefe. Cálmese.

Me di cuenta de que el jefe estaba poniéndolo en el estado mental que deseaba. A la defensiva, lo suficientemente nervioso para que echara fuera todo lo que supiera. Fue un buen trabajo.

El jefe se dirigió al rincón donde estaba la falda de la chica, la levantó y la miró. Fue hacia donde estaba el sostén, se volvió hacia el sofá, caminó otro poco y levantó una caja cuadrada que acababan de desenvolver. El papel de la envoltura estaba en el suelo.

El jefe metió la mano en la caja y sacó unos calzones de seda. Había palabras escritas en la tela. Abajo, decía:

«
YA
ES DEMASIADO… ¡
VAMOS,
DETÉNTE…!
TE
DARÉ UNA BOFETADA».

Luego, más arriba, se podía leer:

«
BUENO,
TAL VEZ… ¡
SÍ
! ¡
SÍ
! ¡
SÍ
!».

—¿Qué demonios es esto? —gritó Dale.

—Los encargué por correo. Los anunciaban en una revista para hombres, como el regalo ideal para la amiga.

—Ya veo. Y usted estaba convenciendo a la joven que se los probara para ver cómo le quedan…

Maxton sonrió avergonzado.

El inspector Dale lo miró enfurecido, y dijo acusadoramente:

—¿Por qué diablos puso el aviso buscando testigos de ese accidente?

—Yo…, yo quería…, bueno, yo quería ayudar a mi socio.

—Déjese de tonterías —le dijo Dale—, o abro esa puerta y me los llevo a los dos por tener una fiesta inmoral.

Maxton se deshizo en palabras.

—Bueno, usted sabe cómo son las cosas, jefe. Mi socio se vio mezclado en un accidente y… Pero mire, jefe, no puede meter a la chica en esto…; y éste es mi apartamiento. Yo pago la renta y…

—¡Al diablo con eso! —dijo Dale—. Vuelva al tema. ¿Por qué trató de localizar testigos?

Maxton respiró profundamente, y dijo:

—Muy bien. Creí que el accidente era sólo un invento.

El jefe Dale se sentó. Sus facciones se suavizaron.

—Ahora ya empieza a hablar —dijo—. ¿Qué le hizo pensar en eso?

—Sabía perfectamente bien que era falso. El auto de Holgate estaba en buenas condiciones a las cuatro y media de la tarde. Si sucedió algo, fue después de esa hora.

«Mi socio había estado bebiendo. Se había visto involucrado en algún accidente automovilístico, y se iba a buscar serias dificultades si no lo ocultaba».

—¿Qué hizo usted entonces?

—Quise averiguar lo que pasaba.

—¿Tratando de sobornar a un testigo para que declarara que lo había presenciado? —dijo Dale agresivamente.

—No me ha entendido —dijo Maxton—. Quería probar que no había testigos. Así podría probar que el accidente era un invento. Pensaba ofrecer hasta cinco mil dólares a alguien que dijera que había visto el accidente. Pero no iba a arriesgarlo todo a la primera. Quería ir sobre seguro y llevar las cosas a un punto en que de veras perjudicaran a Holgate.

«Decidí empezar la oferta con cien dólares, y luego, cuando no aparecieran testigos, la aumentaría a doscientos cincuenta; después a quinientos, y después a mil. Luego, aún sin testigos, la aumentaría a dos mil. Para entonces ya estaría yo seguro del terreno que pisaba, y los avisos atraerían tanto la atención que la compañía de seguros y todos sospecharían».

—Eso ya está mejor —dijo Dale—. ¿Por qué quería que todos sospecharan?

—Porque —dijo Maxton— Holgate me tenía arrinconado, y quería que le vendiera mi parte de la sociedad por menos de su valor. Se me ocurrió que así tendría un arma en contra de ese jactancioso hijo de perra, para que no me manejara a su antojo. Bueno, ésa es la verdad.

—¿Cómo sabe que su auto estaba en buenas condiciones a las cuatro y media de la tarde? —le preguntó Dale.

—Prefiero no hablar de eso.

—Pero yo quiero que lo haga.

—Bueno. Su secretaria me lo dijo.

—¿Cómo lo supo ella?

—Era su cumpleaños. Había una especie de fiestecita en las oficinas y…

—¿Cócteles? —preguntó Dale.

—Sí, cócteles.

—Siga —dijo Dale—. ¿Qué sucedió allí?

—Luego, este vulgar y tramposo ladrón, hijo de perra de a dos por cinco, Donald Lam, entró en escena y me dijo una mentira tan convincente que llegué a la conclusión de que mis sospechas eran infundadas. Metí mis uñas, lancé las manos al cielo, acepté que me habían vencido y, para rematar, le pagué doscientos cincuenta dólares en efectivo.

Dale repasó todo durante unos minutos, y luego empezó a reír muy quedo.

Se levantó y me hizo una seña con la cabeza.

—Siga con su fiestecita —le dijo a Maxton—; siento haberlo interrumpido. Deseo que le queden bien los calzones a su amiga.

capítulo catorce

VOLVIMOS al auto, y el jefe puso en marcha el motor. Su mirada indicaba que sus pensamientos eran complicados.

Encendió la radio.

—Habla el jefe Dale, en el auto uno. Trabajo en un caso. ¿Hay algo nuevo en el caso Holgate? Conteste.

La voz dijo:

—Un boletín de la policía de Los Ángeles que acaba de llegar hace unos minutos. En él se ordena la captura de Donald Lam. Ya han dictaminado en su contra, y están listos para acusarlo del asesinato de Carter Holgate. Conteste.

—Gracias. Manténganme informado.

Apagó la radio y me sonrió.

—Su amigo de la policía de Los Ángeles no tiene mucha fe en usted, ¿verdad?

—No mucha —le contesté—. ¿Me permite hacer una llamada telefónica?

—Claro. Lo que usted quiera, Lam. Tendrá cualquier cosa que pida.

Luego empezó a reír.

—¿Hay alguna razón por la que Holgate no haya querido hacerse responsable del golpe que le dio a usted? —le pregunté.

—¡Vaya que sí la hay! —dijo Dale—. Es una larga historia. Holgate era un vendedor muy ambicioso. Un tipo bueno, pero ambicioso. Una amiga mía tenía un terreno en la montaña. Holgate le ofreció cambiárselo por unos terrenos del fraccionamiento. Ella se entusiasmó mucho.

«Después de sesenta días de efectuado el trueque, resultó que una nueva carretera iba a pasar por las montañas, y justamente atravesaba la antigua propiedad de esta chica. No sé cuánto se

habrá ganado Holgate, pero fue bastante».

—¿Hizo ella algo al respecto?

—Ella, no —contestó Dale—. Pero yo fui a hablar con Holgate.

—¿Y qué hizo él?

—Se rió de mí.

—Así es que —le dije—, en el caso de que usted hubiera tenido una oportunidad de encarcelarlo por conducir en estado de ebriedad, pegar y huir… Empiezo a ver una luz.

—Y *yo* empiezo a ver una gran luz —dijo el jefe Dale—. Para su información, Lam, hoy habrá una junta especial a las nueve y media de la noche. Uno de los temas que ahí se tratarán, será el de conseguir un nuevo jefe de policía. Cuando usted llegó a mi oficina, fue como maná caído del cielo. No le había dicho a mi esposa porque no quiero preocuparla. Me iba a ir a la casa, tomar unos cócteles y cenar. Y había hecho arreglos para que cuando me llamaran por teléfono para que me presentara ante la junta, estuviera yo dispuesto. Pero no me invitaron a estar presente. Van a tener una «sesión directiva», y supongo que, bajo consigna, ya tienen escogido a mi sucesor… Ahí hay una buena cabina telefónica, solitaria. Haga su llamada. ¿Tiene todo el dinero que necesita para hacerla?

—Tengo una tarjeta de crédito —contesté muy serio.

—Bien, esperaré aquí.

El jefe se acomodó en su asiento y encendió un puro. Sonreía; tenía la apariencia de un gato contento.

Marqué el número de la oficina, y contestó Bertha Cool.

—¿Dónde demonios andas? —dijo—. ¡Dios mío! ¿Sabes lo que ha pasado? Ese hijo de perra, Frank Sellers, dejó que el otro hijo de perra de la «Ace High» lo convenciera de que ahorrara tiempo. Sólo Dios sabe qué clase de argumentos maquinaron, el caso es que Sellers me llamó y me dijo que te conminara a entregarte cuanto antes.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije la verdad; que habías salido y que ignoraba dónde estabas. Me dijo que tenía quince minutos de plazo para localizarte, y que si no lo hacía en ese tiempo, iba a lanzar un boletín general. Que estaba cansado de que lo trajeras como marioneta.

—¿Algo más?

—Eso es… ¡Oh, espera un minuto! Elsie quería hablarte… ¿Dónde diablos está? Dijo que tenía algo que podía interesarte. Creo que ha salido.

—Está bien. Quiero que hagas algo, Bertha. Sube a tu auto y ve lo más rápido que puedas a los apartamientos Miramar, en Colinda. Localiza antes a Elsie. Si no logras hacerlo, déjale un recado en su apartamiento. Nos veremos en los apartamientos Miramar.

—¿En cuánto tiempo?

—En lo que tardes en llegar.

—¿Puedo cenar primero?

—¡Diablos, no! Ve allá tan pronto como puedas. Y haz que te acompañe Elsie.

Colgué el auricular y empecé a fingir hábilmente. Hacía como que echaba una moneda y luego marcaba un número. Repetí esta operación varias veces durante diez minutos, simulando que hablaba y que me hablaban.

El jefe Dale esperaba sentado en su auto, sonriendo. Cuando mostró señales de impaciencia, salí de la cabina.

—Se tardó bastante —dijo.

—Tuve que hacer varias llamadas.

—¿Terminó?

—Terminé, jefe.

—Bueno, Donald, no quiero que se me vayan a echar encima por proteger a un criminal. Lo acusan de homicidio. Extienda las manos.

Las extendí, y él me puso las esposas.

—Queda usted arrestado —dijo—. Es mi prisionero. Quiero que sepa que, si mientras es mi huésped en la cárcel de Colinda quiere alguna condenada cosa, todo lo que tiene que hacer es mencionarla. Podrá comer los alimentos que desee, y recibirá otras atenciones especiales; tendrá un teléfono en su celda y podrá ver a quien le dé la gana. En fin, tendrá todo lo que quiera, excepto una mujer. Eso no puedo permitírselo.

—Gracias —le dije.

—No me lo agradezca.

—¿Me va a llevar a la cárcel antes de…?

—¿Antes de ver a Vivian Deshler? —preguntó—. ¡Demonios, no! No crea que soy tan tonto, y no sea usted mismo tan tonto. Sólo le

he dejado esas esposas en prenda. Usted es mi prisionero… y es demasiado listo para tratar de escapar. Puede que sea inocente, pero después de que un policía lo ha detenido, escaparse es un delito y…, bueno, eso no me gustaría, Donald. Podría irle mal si sucediera algo que no me gustara.

—Ya le entiendo. Me quedaré aquí sentado.

—¿Le aprietan las esposas?

—No. Son bastante cómodas.

—Bueno. Vámonos.

Fuimos a los apartamientos Miramar, y el jefe me llevó con él en el ascensor, con esposas y todo.

Fuimos al apartamiento de Vivian Deshler. El jefe oprimió el dedo sobre el timbre de concha nácar y lo mantuvo allí hasta que Vivian Deshler apareció en el marco de la puerta.

Dale se abrió la chaqueta.

—Soy de la policía, señorita Deshler. Soy el jefe de la policía de Colinda.

—¡Ah, sí! —dijo—. ¿Qué se le ofrece?

—Quisiera hablar con usted.

—Pase y siéntese, jefe Dale —dijo ella—. Es usted bien venido. Voy a salir al rato, pero…

El jefe entró al apartamiento y yo lo seguí.

Ella me vio y dijo:

—Bueno, espere un momento. No sabía que traía un invitado.

—No es mi invitado —le contestó Dale—. Es mi prisionero. Está detenido por el asesinato de Carter Holgate.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¡Está detenido! Vaya. Yo sabía que estaban investigando y…

—Está detenido —dijo Dale.

—Donald, ¡cuánto lo siento! No quise humillarte; yo… Bueno, tú me entiendes.

—Está bien —le dije.

Me senté poniendo los codos sobre las piernas, de manera que la fuerte luz de una lámpara de mesa brillara sobre las esposas.

—Estoy investigando el accidente que le ocurrió —dijo el jefe Dale—; ése en el que se supone que Carter Holgate le chocó su auto por atrás y…

Ella se incorporó y dijo:

—¡Ya no me harán otro interrogatorio sobre ese accidente, jefe Dale! Ya he hablado de él hasta el cansancio, y estoy harta. He presentado una demanda contra la compañía de seguros, y ya tengo un abogado. He decidido llevar la demanda a juicio. Mi abogado me ha aconsejado que no comente nada al respecto.

Dale se armó de paciencia y dijo:

—Ya entiendo. Eso es desde el punto de vista de un delito de orden civil; pero ahora yo lo veo desde el punto de vista de un delito de orden penal.

—¿Qué quiere usted decir?

Dale le dijo:

—Ahora tengo una buena prueba de que Carter Holgate chocó contra mi auto la tarde del trece de agosto. Conducía en estado de ebriedad.

—¡Por Dios!

—Ahora bien, el accidente ocurrió poco después de las cinco y media de la tarde.

—Vaya, ¿pues qué le parece?

—Ése es exactamente el punto que quiero tratarle. Me parece que sé tanto, que quiero saber un poco más. Hablando claro, quiero saber bastante más.

Ella pensaba rápidamente.

—Debió de ser su día de accidentes.

—Veamos, quiero saber acerca de su accidente. Quiero saber a qué hora le pegó Holgate a su auto.

—Bueno, para ser perfectamente franca con usted, jefe, no estoy segura. Lo estoy de la fecha, pero…

—¿Fue después de que había obscurecido?

—No, no. Fue en la tarde. Eran… No puedo retroceder mentalmente, a estas alturas, y señalar la hora exacta.

—Su amiga Doris Ashley —dije yo— vio el auto de la señorita Deshler como a las tres y media o tres cuarenta y cinco, y a esas horas ya estaba chocado; por lo tanto, el accidente debió ocurrir antes de esa hora, jefe.

Vivian me lanzó una mirada llena de veneno.

—¿Es correcto eso? —le preguntó Dale.

—No podría decirlo. Cualquier cosa que diga Doris… Es una chica que dice siempre la verdad; es muy observadora.

—Bueno, ahora voy a ser franco con usted, señorita Deshler —dijo Dale—, si Holgate le pegó a mi auto, lo echó a la cuneta, y luego siguió adelante, cometió un delito grave. Es pegar y correr. ¿Me entiende?

—Pues sí, claro.

—Y —prosiguió Dale— si alguien colabora con él para encubrir ese delito o lo ayudara a escapar de la pena, esa persona sería su cómplice y sobre ella recaería la culpabilidad de muchas cosas… No sólo sería culpable del delito de complicidad, sino culpable de asociación delictuosa. ¿Entiende también esto?

—Sí —dijo Vivian después de un momento.

—Ahora que sabe eso —dijo Dale—, ¿no tiene usted alguna declaración que hacer, señorita Deshler?

—Yo… ya lo sé… Vamos, espere un minuto, déjeme pensar… Perdone. ¿Quiere disculparme un momento, por favor? No me he sentido bien últimamente; tengo que ir al baño.

Se levantó y desapareció por una puerta.

Dale me hizo un guiño y se puso de pie. Luego avanzó de puntillas hasta la puerta cerrada. Sacó un pequeño aparato de su bolsillo y lo puso contra la puerta. Se colocó unos auriculares, oprimió un botón y se puso a escuchar. Después de unos segundos, esbozó una sonrisa.

Me miró y volvió a guiñar un ojo. Luego siguió escuchando durante lo que debieron de ser dos o tres minutos.

Repentinamente se quitó los auriculares y separó el aparato de la puerta, se lo metió al bolsillo, regresó a su lugar, de puntillas, y se sentó simulando tranquilidad.

La puerta de la recámara se abrió, y Vivian Deshler dijo:

—Siento haber sido tan poco cortés, pero tengo un desarreglo intestinal y… Bueno, espero que no crean que lo he hecho por molestarlos…

—De ninguna manera —dijo el jefe Dale.

—Ahora, ¿qué es exactamente lo que quiere saber, jefe?

—Acerca del accidente.

—¡Ah, sí! Bueno, pues ya di un informe a la compañía de seguros. He hecho declaraciones a la policía, a los investigadores; he…, he hecho tantas declaraciones que ya estoy harta de ese accidente.

«Le diré lo que voy a hacer, jefe Dale. Salí lesionada en el accidente. Tuve lo que se llama una contusión en el cuello, y tengo entendido que puede ser una cosa muy grave; pero estoy harta de todo este asunto, y estoy dispuesta a absorber yo misma los gastos que me ocasione. Voy a retirar la demanda contra la compañía de seguros y a olvidar todo este asunto. Me voy a ir de aquí y a tratar de descansar. El doctor cree que un reposo absoluto, sin ninguna preocupación, puede devolverme la salud».

Dirigió su vista hacia mí. Yo ladeé los brazos para que la luz diera sobre las esposas. Ella, entonces, las miró como hipnotizada.

—Bueno, todo eso está muy bien —dijo Dale—. Espero que recupere la salud. Podría decirle, señorita Deshler, que resolver este caso significa mucho para mí, porque, como usted sabe, mi auto fue lanzado a la cuneta por otro que huyó. Ahora tengo motivos para creer que aquel conductor era Carter Holgate, y que fingió tener otro accidente con el auto de usted para cubrirse…

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella con un tono de fría dignidad—. No hay razón para que no haya podido tener dos accidentes; iba borracho…

—Quiero decir exactamente lo que dije —la interrumpió Dale—; ese accidente es completamente imaginario.

—¡Vaya, pues me gusta eso! —exclamó—. ¿Me acusa usted de mentirosa?

—Francamente —dijo Dale—, la estoy acusando de mentirosa, señorita Deshler. La estoy acusando de haberse arreglado con Holgate para involucrarlo en un accidente mutuo. Fue con la intención de sacarlo de un apuro. Y en caso de que le interese, usé un aparato para escucharla cuando se suponía que estaba usted en el baño, ocupada en su desarreglo intestinal. Usted llamó a alguien y le pidió que la aconsejara sobre lo que debía hacer. Vamos, ¿no es así?

—Ése —dijo ella— era mi abogado, y usted no tiene absolutamente ningún derecho a escuchar mis conversaciones privadas. Le suplico que salga de mi apartamiento.

—Me iré, si usted insiste —dijo Dale—. Pero será una declaración de guerra. Le estoy dando una oportunidad de decir la verdad.

—¿Qué quiere decir con la verdad?

—Que me diga la verdad.

—¿Y qué quiere decir con…, con que me da una oportunidad?

—Si usted me dice la verdad ahora —dijo Dale—, le haré concesiones; si no lo hace, le ajustaré las cuentas.

Ella se mordió el labio, dudó un momento, y luego sacudió la cabeza.

—No hay nada que decir.

—Yo creo que sí.

Dudó un instante, y luego dijo:

—Muy bien. Si quiere la verdad, le diré la verdad.

—Eso ya está mejor.

Ella empezó:

—Bueno, todo viene a caer en ese hombre que viene con usted. En Donald Lam.

—¿Y cómo encaja él en el asunto?

—De esta manera: él trata de proteger a la compañía de seguros que lo contrató. Sobornó a Lorraine Robbins, la secretaria del señor Holgate, para que dijera que ella vio el auto de su jefe después de las cuatro, y que no estaba chocado. Ha dejado una sucia huella de corrupción en todo el caso. Ha tratado de intimidar a los testigos, ha recurrido al soborno y ha cometido perjurio.

»Ha jurado que fue testigo del accidente, y no fue testigo… El accidente ocurrió justamente como yo lo describí, y si usted quiere imponer su autoridad y maltratar a alguien, vaya por Lorraine Robbins, interróguela y averiguará que Donald Lam y ella han estado tramando esto juntos desde el principio.

»Y si quiere saberlo, Donald Lam estuvo en la oficina de Holgate antes de comunicarse con Lorraine Robbins y de engañarla para que fuera allá con la excusa de que debía buscar a Carter Holgate. Creo que él tiene un cómplice. No sé quién será, pero eso dicen las apariencias, y no me voy a dejar acobardar por un asesino que trata de lavarse las manos a costa mía.

»Ahora, me va a perdonar, jefe Dale, pero ésta ha sido mi última declaración. No haré una más. No pensaba llegar tan lejos, porque no tenía la intención de acusar a nadie de asesinato. Mi lema es vivir y dejar vivir, pero ya me han arrinconado demasiado. No voy a consultar nuevamente con mi abogado, y no voy a hacer ninguna otra declaración, ni a usted ni a ninguna otra persona, si no está él

presente.

Se levantó y agregó:

—Siento mucho ser tan descortés, jefe Dale; esta entrevista ha terminado.

—No se acalore tanto, señorita Deshler; yo sólo…

—Lo siento, pero ha puesto en duda mi palabra, y ya estoy convencida de que todo este caso ha sido tergiversado por el señor Lam, quien ha obtenido dinero bajo falsas apariencias, ha firmado testimonios falsos y ha intentado todos los trucos sucios y rastreros de que ha podido echar mano para desacreditarme y para ver que la compañía de seguros que lo contrató se quede sin pagar.

«Me sorprende que un policía de su experiencia se haya dejado engañar por él. Ciertamente que debió considerar su interés en el caso, y averiguar lo que se proponía, eso lo entiendo. Él es un asesino que trata de obtener pistas falsas para cubrir las suyas, y usted ha caído en uno de los más viejos trucos en la historia del trabajo de investigación. Y ahora, si usted me perdona, yo…, yo voy otra vez al baño».

Corrió hasta la puerta, la cerró de golpe y echó la llave.

Dale me miró. Pude ver la duda en su mirada.

—¿Va a dejarla que se salga con esto?

—¡Diantre! ¿Qué se puede hacer? —dijo Dale—. Dijo que iba al baño. Esta vez es lo suficientemente lista para ir allá. Echó la llave a la puerta. No puedo tumbarla y sacarla a rastras de ahí. No tengo orden de detención; ni siquiera una base para actuar, excepto su palabra.

Me miró nuevamente y agregó:

—Vámonos, Lam. Iremos a la delegación. Tengo que notificar que está usted bajo mi custodia.

Avanzó y abrió la puerta.

—Vamos.

Lo seguí hasta el corredor.

—Cuando se pone uno a pensarlo —dijo—, su versión no tiene sentido.

—¿Por qué?

—¿Qué razón podía tener Vivian Deshler para fingir un choque con Carter Holgate?

—Una lesión en el cuello —le dije—. Investigue su pasado, y no

dudo de que encontrará que ya ha estado envuelta antes en un accidente automovilístico, que ya ha presentado antes una demanda igual a ésta, por lesiones en el cuello, y que ha obtenido de la compañía de seguros una suma muy respetable.

—Podría ser —dijo Dale.

Su voz no indicaba que estuviera muy interesado en mis palabras.

Él llegó primero al ascensor:

—Voy a repasar su hipótesis acerca de este asunto, Lam, y voy a hablar con esa Lorraine Robbins.

—Ella está aquí, en este mismo edificio de apartamientos —le dije—. De una vez puede hacer el trabajo completo, ya que está aquí.

—¿Vive en este edificio?

—Así es.

—Bien —dijo Dale—. Hablaré con ella. Pero no tengo inconveniente en decírselo desde ahora, Donald: siento haber puesto el coche delante del caballo en este asunto. Debería haber hablado con ella primero. Antes de entrar y ponerme mal con Vivian Deshler.

»Ahora ella está en posibilidad de armar una buena, si le ayuda un abogado. La acusé de fingir un accidente, todo sobre la base de una hipótesis que usted tenía, y que se basaba en el testimonio de Lorraine Robbins.

»Creo que mi interés personal afectó un poco mi buen juicio.

»Usted, Lam, se va a quedar en mi automóvil; lo voy a esposar al volante. No quiero que salga con algún truco. Para su información, sus bonos han sufrido una brusca baja durante los últimos quince minutos.

Pasaron los minutos. Diez minutos llegaron a convertirse en quince. Un auto se aproximó, buscó un lugar para estacionarse, y finalmente lo encontró. Me volví tanto como me lo permitieron las esposas. Bertha Cool y Elsie Brand bajaron del auto. Elsie llevaba su libro de recortes.

—¡Bertha! —grité, pero no me oyó—. ¡Elsie! —grité entonces.

Elsie levantó la mirada y miró a su alrededor.

—¡Acá, Élsie!

Ella me vio entonces y se acercó rápidamente.

—Pero, Donald… ¿Qué pasa? ¿Qué te ha sucedido?

Bertha se acercó detrás de ella, con su andar de pato. Le echó una mirada a las esposas, y dijo:

—¡Conque te encontraron!

—Me encontraron —le dije—. ¿De qué me querías hablar? Elsie, ¿qué hay de nuevo?

—Hay algo en uno de los libros de recortes, Donald. ¡Oh, ojalá te ayude en algo!

—Bueno. ¿De qué se trata?

—Es sobre el asalto al banco de North Hollywood, donde se escaparon con cuarenta mil dólares. El auto que usaron para huir era un auto deportivo, y nadie lo vio bien; pero uno de los testigos dijo que en la parte de atrás tenía un golpe, una abolladura grande, y…

—¿Cuándo fue, Elsie? ¿Cuándo fue? —le pregunté interrumpiéndola.

—Un poco antes de la hora de cerrar; el día trece.

Me volví hacia Bertha.

—Tú te me vas como alma que lleva el diablo al número seis uno nueve de los apartamientos Miramar. Allí está Vivian Deshler. O ella estuvo mezclada en el asalto, o utilizaron su auto. Eso explica el misterio. Por eso es que ella estuvo de acuerdo con seguirle la corriente a Holgate. Ahora, recuerda: debe haber una relación. Alguien que supiera que el auto de Holgate estaba golpeado, tuvo que saber que la parte posterior del auto de ella también lo estaba. Ella habrá necesitado urgentemente una explicación. De otro modo, la hubieran relacionado con el asalto al banco, y si no a ella, a su auto.

Bertha parpadeó varias veces, y después se dirigió a los apartamientos.

—¿Quieres que Elsie vaya contigo? —le pregunté.

—¡Diablos, no! No necesito que me ayuden, y no quiero ningún mirón.

Elsie se compadeció de mí, y exclamó:

—¡Pobrecito!

Luego subió al auto y se sentó a mi lado. Después de cinco minutos, el jefe Dale salió del edificio y se dirigió a nosotros pensativamente.

—Hola —dijo, Dejó caer la mano, y preguntó—: ¿Qué es esto?

—Esto, jefe —le dije—, es mi secretaria Elsie Brand. Colecciona recortes interesantes de casos sin resolver.

—Muy bien —dijo—. ¿Y de qué se trata? Pero, un momento, señorita Brand; este hombre es mi prisionero. No trate de darle nada, ni de abrir las esposas.

—¡Es usted bastante torpe! —le dijo Elsie—. ¡La sola idea de sospechar de…!

—Cálmate, Elsie —le dije—. Muéstrale al jefe Dale los recortes de que me hablabas.

Elsie bajó del auto, abrió su libro de recortes y se lo enseñó al jefe Dale. Él se inclinó para leerlo, levantó la vista; entornó los ojos pensativamente y luego volvió a leer.

—¡Que me lleve la…!

Hubo un largo silencio.

—¿Cómo salieron las cosas allá adentro, con Lorraine Robbins? —le pregunté.

—Lam —dijo—, ella es sincera, Es una buena chica. Hay algo ilógico en el accidente. De eso estoy tan seguro como de que me llamo Dale. El auto de Holgate estaba bien a las cuatro y media del día trece.

—Y —agregué— la parte posterior del auto de Vivian Deshler estaba abollada el día trece a las tres y media.

—¡Por Dios, todo encaja muy bien! Si Holgate fue quien me pegó, y si el auto de la Deshler fue el que usaron los asaltantes del banco… ¡Dios Todopoderoso! Lo que eso podría significar…

—Sería estupendo arreglar todo este enredo y presentarse a esa junta a las nueve y media. ¿No lo cree, jefe? Podría demostrarles que había aclarado el misterio del que le pegó y huyó, y que había resuelto el asalto del banco, y que…

—Muy bien —dijo—. Ya caí una vez, y volveré a caer. Voy a regresar allá arriba.

—Será mejor que me lleve con usted le dije.

Sacudió la cabeza.

—Puede necesitar un testigo.

Lo pensó un momento.

—Dos testigos —dijo Elsie Brand.

—¿Escribe usted en taquigrafía?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Muy bien. Vamos.

Abrió la esposa que estaba en el volante, dudó un momento y me la puso en la otra muñeca.

—Recuerde —me advirtió—, aún está detenido. Voy a investigar esta condenada historia; aún no me convenzo. Aún no. Sólo estoy curioseando.

Nos dirigimos hacia la puerta de entrada de los apartamientos Miramar. Traté de hacer tiempo, pero finalmente subimos en el ascensor hasta el sexto piso. Al caminar por el corredor oímos ruidos de golpes y sacudidas. Una mujer gritó.

—¿Qué es eso? —preguntó el jefe Dale.

Yo hice mi último intento de ganar tiempo.

—Vino de ese apartamiento —le dije.

—Creí que venía de más lejos —contestó.

—No. Estoy casi seguro de que vino de ese apartamiento —reafirmé, mirando significativamente a Elsie.

—Sí —dijo ella—, ahí fue.

Dale vaciló un momento, y luego golpeó en la puerta del apartamiento. Nadie acudió, y volvió a golpear.

Después de un momento una mujer que traía una especie de bata echada sobre los hombros, y que parecía estar completamente desnuda, excepto por la bata, abrió un poco la puerta.

—Bueno —dijo de mal humor—. ¿Qué pasa?

—La policía —dijo Dale—. Estamos investigando unos ruidos.

—Aquí no hay ruido.

—¿No gritó usted?

—Claro que no.

Dale le dijo:

—Le suplico me per…

Le dio con la puerta en las narices. Dale se volvió hacia mí, y me dijo:

—Ya empiezo a explicarme los sentimientos que guardan hacia usted los de la policía de Los Ángeles, Lam. Usted sabía perfectamente que los ruidos no venían de este apartamiento. ¿Por qué quiere hacer tiempo?

—Pude haberme equivocado.

—Y pudo haberme hecho una jugarreta.

Caminó hasta el 519 y oprimió el timbre.

No sucedió nada.

Después de un momento golpeó la puerta con los nudillos. Dio un golpe duro, autoritario, de policía.

—¡Abran! —gritó.

Hubo un momento de silencio, y luego abrieron la puerta de golpe. Bertha Cool tenía la cara roja.

—Bueno, pasen —dijo—. No se queden ahí en la puerta, con la boca abierta.

Vivian Deshler estaba de pie en un rincón, llorando histéricamente. Le habían arrancado por completo la falda, y estaba en sostén y calzones. Los calzones estaban bordados con las siguientes frases:

YA ES DEMASIADO… ¡
VAMOS,
DETÉNTE…!
TE
DARÉ UNA BOFETADA…
BUENO,
TAL VEZ… ¡
SÍ
! ¡
SÍ
! ¡
SÍ
!

—¿Quién es usted? —le preguntó Dale a Bertha Cool.

—Soy Bertha Cool, la socia de Donald Lam —contestó—, y esta golfa va a hacerle una confesión de cómo se mezcló con un hombre llamado Dudley Bedford en un robo en North Hollywood. Robaron cerca de cuarenta mil dólares en efectivo, y él está escondido en algún lugar de este apartamiento. ¿Dónde está, queridita?

Vivian Deshler se cubrió los ojos con las manos.

—¡Deténgase! —le dijo.

Bertha Cool se le aproximó, repitiendo:

—¿Dónde está, queridita?

—En una maleta, en el *closet* —gritó—. ¡Ya no me toque! ¡No se atreva!

—Busquen la maleta —dijo Bertha Cool tranquilamente.

Caminó hacia el *closet*, sacó un abrigo y lo lanzó hacia Vivian Deshler.

—Póngase esto en caso de que se sienta cohibida —dijo.

Dale miró a Bertha, miró a Vivian Deshler y luego me miró a mí.

—¿Y quién asesinó a Holgate? —preguntó.

—¿Necesita preguntarle? —le dije—. Ya ha visto usted antes esos calzones. Ella podía obtener bastante información de Maxton…; la fiesta en la oficina, y toda la clase de información que necesitaba…

Dale le dijo a Bertha Cool:

—¿Puede sujetarla para que no trate de escapar?

—Puedo hacer que no mueva ni una pestaña —dijo Bertha—. Si trata de escurrirse, le doy una que la mando al hospital.

—La nombro mi asistente —le gritó Dale—. Voy a echarle un ojo a la maleta.

Regresó en dos minutos, con la maleta abierta que dejaba ver todo el dinero acomodado en paquetitos, muy ordenadamente.

En aquel momento se oyó una llave en la puerta del apartamiento.

Vivian Deshler tomó aire para gritar una advertencia, pero Bertha Cool le dio un golpe en el estómago que le sacó el aire. Vivian se dobló como acordeón.

La puerta se abrió, y un Dudley Bedford sonriente y elegante entró lleno de alegría.

Nos recorrió con la mirada y echó mano a la pistola.

Dale le ganó la partida.

—Queda usted detenido —le dijo secamente—. ¡Arriba las manos!

Bedford obedeció lentamente.

—Póngase de cara a la pared —ordenó Dale—. Ahora, ponga las manos en la espalda.

Bedford obedeció las instrucciones, y Dale se acercó a mí. Me quitó las esposas de las muñecas, las puso en las manos de Bedford, me miró, sonrió, miró su reloj y le dijo a Bertha:

—La nombro miembro de la policía. Póngale algo de ropa a la

detenida y llévela a la delegación. Estoy de prisa. Quiero una confesión completa de esta gente para las nueve y media.

—Saca ropa, queridita, y será mejor que te quites esos calzones tan adornados. A donde vamos, a nadie le importa un comino los lemas que están bordados en él —dijo Bertha.

capítulo quince

ERAN las diez y quince cuando el jefe Dale salió de la junta de concejales. Se dirigió a un teléfono, levantó el auricular, y dijo:

—Comuníqueme con la Delegación de Policía de Los Ángeles. Quiero hablar con el sargento Frank Sellers.

Me miró y guiño un ojo.

La contestación tardó aproximadamente dos minutos. Dale dijo:

—Hola. ¿Sellers? Habla Montague Dale. Soy el jefe de policía de Colinda. Tengo a Donald Lam. Entiendo que lanzaron un boletín general ordenando su captura.

Dale escuchó y sonrió. Después dijo:

—Bueno, antes de que exponga usted el pescuezo, sargento, debe saber que no hubo ningún accidente automovilístico entre Vivian Deshler y Holgate. Todo fue un truco. Holgate le pegó a un auto de la policía cuando conducía ebrio, y quiso exculparse. Un hombre llamado Bedford, que era amigo de Holgate, supo lo que había pasado y le aconsejó a Holgate que fingiera un accidente con su amiga, para que pudiera justificar la parte rota del frente de su automóvil. La Deshler también era amiga de Maxton, el socio de Holgate.

»A Holgate le pareció una buena idea, pero no sabía en la que se estaba metiendo. Vivian Deshler, que con anterioridad ya había presentado demandas contra otras compañías de seguros por lesiones en el cuello, trató de sacarle treinta mil dólares a la compañía.

»Había chocado su auto más temprano ese día, cuando echó marcha atrás y fue a dar contra un poste de alumbrado en North Hollywood. En esa ocasión, había asaltado un banco con su amigo Dudley Bedford. Se llevaron cuarenta mil dólares.

»Gracias a la cooperación de Donald Lam, que me dio algunas

pistas muy importantes, ya recuperé el dinero y obtuve confesiones de todos los involucrados.

»Yo creo que Holgate nunca supo que lo engañaron mezclándolo con el asalto al banco, pero en cambio sabía que la chica estaba presentando una demanda contra la compañía de seguros por lesiones en el cuello, y eso lo asustó. Cuando Lam se presentó a testificar que había presenciado el accidente, Holgate sabía, por supuesto, que Lam estaba mintiendo. Llegó a la conclusión de que Bedford había conseguido a Lam, y que el testimonio de Lam lo ponía a él en la situación de quien soborna a un testigo. Por lo tanto, Holgate decidió hacer una confesión completa de todo el asunto. Se fue a su oficina, conectó la máquina eléctrica, telefoneó a Lam para que viniera, y empezó a redactar una declaración.

»Ya antes Dudley Bedford se había dado cuenta de lo que pasaba. Tan pronto como su agencia de investigadores averiguó que Donald Lam no era ex presidiario, se dio cuenta de que el pastel sería descubierto… Así que hizo que Vivian Deshler viniera en avión desde Lake City. Juntos fueron a la oficina de Holgate, y lo encontraron escribiendo su confesión.

»Hubo una fuerte lucha y noquearon a Holgate. Luego leyeron la confesión y la destruyeron. Arrastraron a Holgate hasta el auto. Buscaron el testimonio de Lam hasta encontrarlo. Buscaron un poco más para ver si Holgate había hecho alguna otra confesión por escrito, y luego se fueron. La chica conducía el auto de Holgate. Bedford llevaba su auto, y en él iba Holgate, inconsciente. Lo ataron de pies y manos, y luego Bedford lo dejó con la chica, mientras él regresaba a la oficina para recuperar el informe de su agencia de investigadores, que se había salido del bolso roto de la chica.

»Bedford encontró a Donald curioseando en la oficina, Lam brincó por la ventana y escapó.

»Ya sabían que estaban comprometidos fuertemente. No les quedaba otra cosa por hacer que matar a Holgate y meter su cuerpo en el auto de Lam.

»Creo que no se le puede culpar a usted por haber caído en la trampa, porque estuvo muy bien puesta; pero Lam vino conmigo y me ayudó mucho para solucionarlo todo.

»Vivian Deshler, por supuesto, quería estar libre de toda sospecha. Tomó un avión a Salt Lake City, y allí tomó el

transcontinental. Aquí fingió que acababa de llegar procedente de New York, jugando en esa forma una última carta.

»Tengo las confesiones completas.

»Doris Ashley, que sabía que el auto de Vivian Deshler estaba ya abollado desde las tres y media del trece de agosto, ya que lo vio de inmediato después del asalto al banco, fue una testigo que nos dio guerra. Contrataron a una agencia de investigadores para que la siguieran y que vieran si iba a la policía. Hicieron que Dudley Bedford intimara con ella, para que se enterara si sospechaba algo. Bueno, yo tengo aquí a Donald Lam, y si insiste en que lo detenga, lo haré; pero…

El jefe Dale escuchó durante dos o tres minutos.

Luego, el auricular dejó de hacer ruidos agudos. Dale rió, y dijo:

—Bueno, por supuesto que ésa es su mala suerte, sargento. Pero sucede que un golpe de suerte me hacía falta a mí. Yo andaba en dificultades aquí, con el ayuntamiento… No, no es nada para preocuparse. De hecho, ya está todo arreglado. Acaban de retener mis servicios con un aumento considerable de sueldo, y me han dado a entender que me van a dar los cinco nuevos agentes que les había pedido, los dos nuevos autos policíacos que quería, y otras cosas que necesito. Y puedo quedarme con los diez mil dólares que ofrecían de recompensa por esclarecer el asalto al banco. Me ha ido muy bien. ¿Quiere que le diga a Donald Lam algo de parte suya?

Dale escuchó nuevamente y sonrió de oreja a oreja.

—Muy bien —dijo. Y colgó.

Se volvió a mí y estrechó mi mano para saludarme efusivamente.

—¿Le dio algún recado para mí el sargento? —le pregunté.

—Cinco palabras —dijo—: «Que lo parta un rayo».

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.

Notas

[1] Estar prófugo. < <